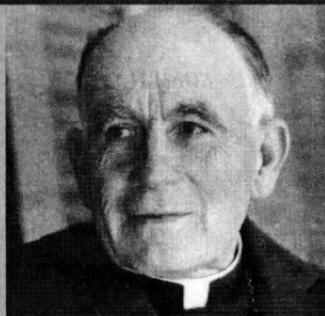


Tomo I
1962 - 1971

**EL
CARDENAL
RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
NOS DIJO**



P. Miguel Ortega Riquelme

Distribuye:

EDITORIAL TIBERIADES

Arzobispado de Santiago

Moneda 1845 - Tel 6712996 - Fax 6985581

Cienfuegos 51 - Tel 6961750

Av. Presidente Errázuriz 3838 - Tel 2076877

Email: tiberia @ iglesia. cl

WEB: <http://www.tiberiades.cl>

El Cardenal Raúl Silva Henríquez Nos Dijo

© *Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez/Fundación
Tiberiades
Santiago - Chile*

Primera Edición

Inscripción : 124.666

I.S.B.N. : 956-7488-97-5

Diseño y Diagramación : Paulina Montalva R.

Impresión : LOM Ediciones

Fono : 672 22 36

Impreso en Chile - Printed in Chile

Marzo de 2002

Prohibida su reproducción total o parcial

**Raúl Silva Henríquez
Nos Dijo**

P. Miguel Ortega R.



 **UNIVERSIDAD CATOLICA**
Cardenal Raúl Silva Henríquez

*Fundación
Cardenal Raúl Silva Henríquez*

068477



PRESENTACIÓN

Tengo la grata tarea de presentar el libro “El Cardenal Raúl Silva Henríquez nos dijo”, cuidado con sabiduría y mucho cariño, por el R.P. Miguel Ortega R. y publicado por tres instituciones: la Fundación que lleva su nombre, la Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez y Editorial Tiberíades.

Sin duda muchos saben de la amistad y la confianza con la que el Cardenal Silva rodeó al entonces joven sacerdote Miguel Ortega R., que eligió como su Vicario Episcopal para la Pastoral Juvenil y colaborador cercano, en momentos delicados de su pastoreo como Arzobispo de Santiago. Saben también que el Padre Ortega correspondió a la confianza de su Obispo, con veneración filial y con una colaboración inteligente y dócil a la vez.

A él, entonces, al Padre Miguel, va el agradecimiento sincero de la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez por la recolección de textos significativos del magisterio episcopal y del pensamiento social de don Raúl, los que reflejan las preocupaciones, las claras orientaciones y los caminos visionarios señalados por el Arzobispo y

Cardenal de Santiago. Las palabras del Cardenal marcaron a la Iglesia y al País, en una década particularmente significativa de la historia nacional. Los escritos recolectados abarcan, en efecto, el decenio que va desde su nombramiento como Arzobispo de Santiago y la elevación a la púrpura cardenalicia; la experiencia del Concilio y la conducción de la Arquidiócesis de Santiago; la vida del país y la participación en la vida social y política por parte de los cristianos; la preocupación por el mundo de la cultura y del trabajo; la defensa de la vida y de la dignidad de las personas; el anhelo por una patria reconciliada y sin odio.

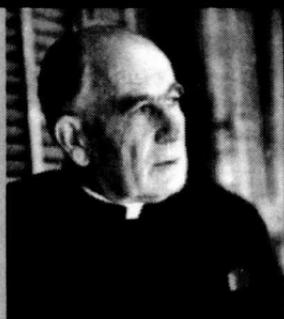
En cada texto se transparenta un rasgo del alma del Pastor, urgido por la caridad de Cristo, sensible ante el dolor humano, apasionado por el Reino y constructor infatigable de un Chile en Justicia y Paz.

Los profetas son un regalo de Dios para un pueblo: indican los caminos que conducen a la vida y a la felicidad. Desde las páginas de este libro, sigue resonando la voz, fuerte y apasionada del profeta, para indicar la senda que lleva a edificar “ la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile”. El Cardenal Silva, un profeta. Vale la pena escuchar nuevamente su voz.

+ Ricardo Ezzati A.,sdb
Obispo Auxiliar de Santiago y
Presidente de la Fundación
Cardenal Raúl Silva Henríquez

Cardenal
Raúl Silva Henríquez

**UN HOMBRE
PROVIDENCIAL**



Un Hombre Providencial

DESPUÉS DE LA MUERTE DEL CARDENAL JOSÉ MARÍA CARO,

dos figuras eclesiásticas se postulaban en Chile para suceder al Arzobispo de Santiago. Ellos eran: Monseñor Alfredo Silva Santiago, Arzobispo de Concepción y Rector de la Universidad Católica, y el Obispo de Talca, fundador del CELAM y Asesor de la Acción Católica, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz. Ambos con una amplia trayectoria y representativos de dos líneas de Iglesia: la una más “conservadora” y, la otra, más “progresista”.

Sin embargo, el cable trajo una noticia sorpresiva. El Papa Juan XXIII había nombrado como Arzobispo de Santiago al Padre Salesiano Raúl Silva Henríquez quien, desde fines de 1959, era Obispo de Valparaíso.

Muy conocido en su congregación. De familia talquina. Educado en Turín. Profesor de Derecho y Moral en el Teologado Salesiano. Director de colegios y Presidente de Cáritas-Chile.

Su nombramiento produjo comentarios. Nadie lo había imaginado para el cargo. Las opiniones se

dividieron. Tradicionalmente, el Arzobispo de Santiago había pertenecido al clero secular. La presencia de un religioso como cabeza de la más importante diócesis del país producía inquietudes. Y así llegó a Santiago.

Durante más de veinte años, lo que hizo el Cardenal, lo que dijo, su opinión o su figura, estuvieron siempre en el comentario, en la crítica o en el aplauso entusiasmado.

Para algunos era un hombre polémico. Otros lo consideraron providencial para ese momento de la historia de Chile. Algunos vieron en él la fuerza profética de una Iglesia servidora de los hombres, mientras que para determinados sectores, era un hombre ambicioso, con más vocación de político que de pastor.

Fascinante personalidad la de este hombre. Dirigió la Iglesia de Santiago y fue presidente de la Conferencia Episcopal bajo cuatro gobiernos con ideologías y características muy distintas: don Jorge Alessandri, don Eduardo Frei Montalva, don Salvador Allende y el General Augusto Pinochet. Frente a todos ellos, mantuvo una sola línea consecuente con su fe, y entregó con claridad su pensamiento inspirado en los Pontífices. Sin embargo, las críticas fueron implacables y, la mayoría de las veces, extraordinariamente duras e injustas. Las recibió siempre con tranquilidad. Su único temor fue dañar u ofender a sus detractores, ya que se sabía también Pastor de ellos.

Muchas veces, en la intimidad de la conversación, le preguntamos “¿cómo hace usted para resistir tantos ataques?” Su respuesta, con una sonrisa, fue siempre igual: “No se preocupen. Al Señor le pasó lo mismo. ¿Cómo no me iba a tocar algo a mí?”. Y continuaba su tarea con mayor convencimiento y con más tesón.

El Cardenal tenía “un lejos y un cerca”. Muchas veces, para quienes no lo conocieron, aparecía terco, insensible, calculador y apasionado. Sin embargo, “de cerca”, desplegaba su hermosa humanidad: acogía con especial simpatía en su casa, procuraba que su visita se sintiera cómoda, creaba con ella un clima grato y de confianza. Muchas veces ofrecía un aperitivo, preparado con sus propias manos.

Gozaba compartiendo su mesa y se alegraba cuando sus comensales sabían apreciar lo que les había preparado. En ocasiones, él mismo iba al mercado a comprar los alimentos con que honraría a sus huéspedes. No le gustaba comer solo. El mismo llamaba por teléfono a sus amigos y los invitaba a tener un simpático momento de tertulia. Era capaz de los gestos más delicados y tiernos con quienes lo rodeaban. Jamás olvidaba traer de sus viajes un regalo para el personal que lo atendía en su casa. Muy pocos saben, por ejemplo, que la noche de Navidad ellos estaban a la mesa y el propio Cardenal les servía la comida.

Sabía reír con el último chiste conocido y seguía con preocupación el acontecer nacional y

mundial. Normalmente, cada día conocía las opiniones o noticias más importantes sobre la marcha de la Iglesia, sobre economía, política o cultura. En sus afectos hubo, sin duda, quienes se llevaron de él una parte mejor: su familia, el Seminario, los vicarios, los jóvenes y los pobres. Hemos sido testigos de cómo el Cardenal amaba y defendía a sus amigos. Más de una vez lo vimos llorar al conocer el sufrimiento de los humildes, o defender acaloradamente la formación de sus seminaristas, o compartiendo su mesa con jóvenes de distintos sectores, o celebrando un aniversario o el Año Nuevo con sus colaboradores más cercanos.

Tuvo, eso sí, unos amigos preferidos. Ellos fueron los niños de la Aldea de Punta de Tralca. Ante ellos el Cardenal se transfiguraba. Era el "tío Cardenal" para los niños. Y ellos lo amaban, lo besaban, le mostraban sus notas y sus progresos. Por eso, él tampoco los olvidaba. Y salía de Santiago con un cargamento de dulces, galletas o alimentos. De estos niños era también su Catequista. En forma genial les explicaba el Evangelio, lo representaba, lo vivía y lo actuaba. Ellos no le despegaban los ojos en cada celebración. Al verlo rodeado de estos niños, comprendí muy bien su vocación de seguidor de Don Bosco, y cómo, gracias a Dios, el ser salesiano lo llevaba muy adentro de su alma.

Muchas veces el Cardenal resultaba desconcertante. Era tímido y era extraordinariamente audaz. Era humilde y al mismo

tiempo era capaz de una dureza increíble. Se sabía “personaje” de la Iglesia, pero no pudo nunca borrar su amor al campo y sus dichos pintorescos aprendidos en Loncomilla, cerca de San Javier. Defendía apasionadamente sus ideas. No le gustaba imponerlas. Dialogaba. Discutía. Argumentaba. A pesar de que se recibió de abogado en el lejano año 1929, en realidad nunca dejó de serlo. No perdía jamás sus discusiones sino que hábilmente sabía incorporar a sus argumentos las razones de su interlocutor.

El Cardenal tenía un gran apego a su familia. Guardó siempre un hermoso recuerdo de su madre, y él mismo afirmaba que de ella recibió el amor, la bondad y la ternura para darse a los demás. Admiró la figura de su padre, hombre enérgico, emprendedor, demócrata, que arriesgó su vida luchando por sus ideales. De él también recibió como herencia la firmeza en sus principios, su coraje y su amor a la libertad y a la democracia.

El Cardenal era un hombre de contrastes. Impresionaba verlo visitar una población, abrazar a una viuda o dialogar con un dirigente sindical. Allí se sentía cómodo, acogido y amado como Pastor. Al mismo tiempo era solemne, serio, adusto y trascendente. Caminando hacia el altar de su catedral, raras veces se le escapaba una sonrisa. Podía al mismo tiempo entrevistarse con reyes, presidentes, pontífices o autoridades con la misma simpatía y sencillez con que escuchaba a los humildes. Su pasado talquino lo dejó

marcado. Era campechano, cazarro y penetrante. No decía todo lo que sentía, pero registraba con exactitud todo lo que veía y lo que oía. Esto le daba un cierto aspecto misterioso. Nadie podía exactamente prever sus reacciones o decisiones. Menos aún podía pretender ejercer influencia sobre él. Admitía y escuchaba todas las opiniones. Pero la última decisión era exclusivamente suya. Y no se equivocaba con facilidad.

Es necesario hacer una mención aparte de lo que para el Cardenal significaba Chile. Desde la casa paterna, vecindada en el país desde hacía 400 años, los problemas de los pobres, sus angustias y sus triunfos, fueron vividos por él cercanamente. Aprendió a amar a Chile : su tierra, su campo, su gente, su historia y su paisaje. El Cardenal intuía muy bien y muy certeramente lo que el pueblo pensaba y lo que quería. Por eso, se produjo siempre una corriente de simpatía muy grande entre las masas y él. No era un afán publicitario —del que careció totalmente— lo que hacía que predicando en la Catedral o celebrando la Misa en una Población obrera, fuera recibido con aplausos calurosos por los fieles.

Sus homilías, en especial las de los 18 de Septiembre, expresaban y recogían muy bien su amor por esta tierra y por eso que él llamó tantas veces “el alma de Chile”. El Cardenal se hizo intérprete de los valores espirituales y morales de nuestro pueblo. Para él, las palabras “participar,

“respetar”, “dialogar”, “ser libres”, “elegir”, “convivir en paz y en derecho”, significaban algo muy profundo: era lo que a lo largo de toda su vida vio y practicó. Por eso para defender estos valores, el Cardenal no ahorró esfuerzos ni sacrificios. Se jugó entero, aunque eso le significara mil incomprendimientos.

Son muchas las cosas que se podrían mencionar del Cardenal Silva Henríquez y lo que su ministerio significó para Chile. Pero lo que destaca, me parece, muy nítidamente en este tiempo, es su gigantesca obra de Iglesia.

Inició su episcopado en momentos muy difíciles para la Iglesia Universal. El Papa Juan invitaba recién al Concilio Ecuménico para renovar la Iglesia y permitir que un aire fresco entrara por sus ventanas. El Cardenal participó activamente en el Concilio y se destacó en él apoyando esta renovación eclesial. El Concilio lo marcó definitivamente. Eran tiempos en que se daban los primeros pasos para adaptar la Liturgia, o se buscaba urgentemente una “identidad sacerdotal”. Se quería adaptar mejor la Iglesia a las necesidades y tareas del mundo. Muchos sacerdotes abandonaban su ministerio y un cierto pesimismo invadía a la Iglesia posconciliar. Era difícil ser Pastor en esas circunstancias.

El Cardenal sintió el desafío. Convocó a la Iglesia de Santiago a una Gran Misión General, probablemente la iniciativa pastoral más

importante de la Arquidiócesis en el siglo XX. Cada casa, cada cuadra, cada manzana o población fue visitada con el mensaje de la Misión. Miles de reuniones se realizaron en las casas, en el campo y en la ciudad. A través de la radio llegaba el Mensaje de la Iglesia como una Buena Noticia. Así surgieron dirigentes, comunidades, compromisos laicales, deseos de participar, y el rostro de la Iglesia apareció más atrayente para los hombres y mujeres de Santiago.

El Cardenal invitó también a realizar un Sínodo de la Iglesia. Representantes de las Parroquias, Colegios, Universidades, Religiosas, Sacerdotes y Laicos se preguntaron en varias etapas: "Iglesia de Santiago, ¿qué dices de ti misma?". Y fueron naciendo en la comunión eclesial acuerdos, orientaciones y decisiones compartidas, que marcaron decisivamente el futuro de esta Iglesia.

Abrió y construyó un nuevo Seminario para la formación de los futuros sacerdotes. Impulsó la Catequesis Familiar, en la que miles de laicos se hicieron responsables de la educación de la fe de niños y de jóvenes.

Una de las características del Cardenal Silva Henríquez fue la capacidad de actuar con imaginación frente a las necesidades pastorales que se presentaban. Esta actitud, atenta a los requerimientos del momento para responder a ellos, le infundió un rostro de auténtico profeta.

Cuando vio que muchos no sabían leer ni escribir, él organizó la primera Campaña de Alfabetización en el país, lo que hizo acceder a la lectura a miles de personas.

Cuando vio a los campesinos que trabajaban las tierras de la Iglesia, sin ser propietarios de ellas, hizo, con el Obispo de Talca, la Reforma Agraria, lo que le costó muchas críticas y sinsabores. Después creó para ellos Inproa (Instituto de Promoción Agraria), para que apoyara a los campesinos con asesoría técnica y crediticia.

Cuando vio el hambre en las poblaciones, organizó la distribución de alimentos más grande que se ha hecho en toda la historia de Chile.

Cuando la situación política hacía que muchos sufrieran la represión, el Cardenal creó primero el Comité Pro Paz, en conjunto con otras Iglesias y confesiones. Y posteriormente, creó la Vicaría de la Solidaridad, que tanto bien hizo en nuestra Patria y que fue un testimonio para creyentes y no creyentes.

Cuando la situación de los obreros y de los dirigentes sindicales pasaba momentos de aguda crisis, el Cardenal creó la Vicaría de la Pastoral Obrera, para que apoyara sus organizaciones y formara líderes del mundo popular.

Preocupado de que una serie de profesionales de gran valor no tenían dónde investigar y por eso

pensaban en emigrar del país, el Cardenal creó la Academia de Humanismo Cristiano, para que ellos tuvieran un espacio donde pensar y no se perdieran esos talentos para Chile.

Al ver la necesidad urgente de formación juvenil, el Cardenal creó la Vicaría para la Educación, la Vicaría de la Pastoral Juvenil Extraescolar y la Vicaría de la Pastoral Universitaria. Entre sus últimas medidas, estuvo la convocación a la Misión Joven destinada a anunciar al Señor Jesucristo a los jóvenes de la Arquidiócesis.

Y así, muchas y muchas iniciativas del Cardenal que, por desgracia, permanecen silenciosas o silenciadas en la ciudad. No se muestran. No se conocen. Su permanente apoyo a las familias sin casa para que logran construir a través de sistemas cooperativos, el apoyo que prestara a empresas de autogestión, o a una mejor atención de la salud de los pobres, o a la previsión de los sacerdotes, y tantas otras acciones concretas, haría esta lista interminable.

No es una exageración decir que la mayor pasión del Cardenal, a lo largo de su vida, fue servir a los débiles y postergados. No siempre sus actividades en este sentido encontraron todo el apoyo que él requería o deseaba. Incluso, se puede decir que no todas ellas han tenido el éxito que suponía. Pero la intención permanente fue siempre una: servir con desinterés a los que sufren.

Lo que destaca muy especialmente en su ministerio episcopal es, precisamente, su amor y su trabajo con los jóvenes y los pobres. El tiempo y la historia nos harán mirar y valorar con mayor perspectiva la transformación enorme que esto significó en la Iglesia de América Latina. Los jóvenes y los pobres sintieron la Iglesia como un espacio propio. Desde entonces aman a sus Pastores, escuchan sus palabras y mantienen la esperanza en ella.

“Usted le ha devuelto credibilidad a la Iglesia”, le expresó al Cardenal Silva el Cardenal Secretario de Estado del Vaticano. Y así ha sido. No olvidemos que, hasta hace algunas décadas, se señalaba como el “escándalo del siglo XX” el que las masas populares hubieran abandonado a la Iglesia. Hoy podemos decir que el gran “milagro” de este tiempo es que los pobres se sientan a gusto en la Iglesia y crean en ella.

En la recuperación de esta credibilidad es importante valorar la permanente defensa que el Cardenal hizo de los Derechos Humanos y de la dignidad del trabajador, a través de la Vicaría de la Solidaridad. Durante su período hubo una verdadera pastoral de los Derechos del Hombre, para entenderlos como parte integral de la evangelización. Se puede decir que esos Derechos y Deberes han logrado encarnarse armoniosamente en la catequesis, en la liturgia, en la oración y en la conciencia cristiana.

Es importante igualmente, apreciar la nueva organización de la Arquidiócesis que implementó el Cardenal en Santiago. Creó numerosas Parroquias. Organizó los Decanatos (conjunto de Parroquias que se complementan y apoyan en su trabajo, reflexión y servicio a la comunidad). Creó las Zonas Pastorales y, a cargo de cada una de ellas, nombró a un Vicario Episcopal para que en su nombre orientara la evangelización, se preocupara de la formación del personal apostólico y animara la fe de los creyentes. Creó, igualmente, Vicarías especializadas que apoyaran a las Vicarías territoriales en su labor. Los Vicarios formaron un estrecho equipo con él y sintieron en todo momento el apoyo y la confianza del Pastor en este servicio al Pueblo de Dios.

Para lograr este rostro nuevo de la Arquidiócesis, el Cardenal supo también poner su confianza en el Laicado. Una de las cosas que más impresiona a los extranjeros que nos visitan, es el rol activo y dinámico que los laicos tienen en nuestra Iglesia. La gran mayoría de servicios y de atención en la Catequesis, Liturgia, Animación Comunitaria, Formación de Jóvenes, Administración de Bienes, Organismos Asistenciales, de Promoción y Desarrollo, lo realizan laicos de gran valor. Incluso, en labores de Asistencia Jurídica o de Promoción Comunitaria se han incorporado algunos que no profesan nuestra misma fe, pero desean aportar profesional o técnicamente al trabajo que la Iglesia realiza.

Hemos dejado para el último, el aspecto más importante de la personalidad del Cardenal y tal vez el menos conocido. El Cardenal era un hombre de Dios. No cabe duda que Él es quien orientó su vida y sus actos. Diariamente hacía oración en su capilla y celebraba la Eucaristía. “No puedo pasar el día —decía— sin rezar la Santa Misa”. Tuvo con Dios una relación directa, cálida y espontánea. Se puede decir de él que amó al “Buen Dios” entrañablemente. A veces dialogó con Él con la fe profunda de un campesino. O lo interpeló o le discutió amistosamente. Dios fue parte de su vida.

La figura de Jesucristo dio sentido e inspiración a todo lo que hizo el Cardenal. “A Él lo conocí desde niño en el seno de mi familia. A Él le consagré mi vida en mis años de juventud y a Él también he procurado servir como Pastor de la Iglesia”, decía en Pentecostés, inaugurando el Tiempo de Anunciar de la Misión Joven. Su amor a Jesucristo se manifestaba cada vez que hablaba de Él. Se emocionaba vivamente. Volcaba todo su ser en anunciar sus palabras.

Es imposible comprender las actuaciones y las palabras del Cardenal Silva sin entender esta relación con el Señor. En Jesús veía al Hijo del Carpintero y a los obreros de su país. En el Niño de Belén veía también a todos los niños abandonados de la ciudad. En la cruz de Jerusalén veía al crucificado y resucitado de nuestros días con mil rostros diferentes.

Igual cariño tenía a la Virgen María. En todas sus homilias la invocaba o la mencionaba. La llamaba “Virgen Morena”, “Madre de los pobres”, “Madre del amor hermoso”, “Virgen Santa”, “Esperanza de Chile”, o “Señora de América Latina”. Como sacerdote y como obispo, a María Auxiliadora le había confiado su ministerio. Ella fue siempre su apoyo y su consuelo. A ella la invocaba diariamente.

Muchísimas cosas se han dicho ya y se pueden decir del Cardenal Silva Henríquez. Muchas se dirán también en el futuro. Los que tuvimos el privilegio de trabajar cerca de él y de gozar de su amistad, bendecimos a Dios por habernos dado la oportunidad de conocerlo y de amarlo. Ha sido para nosotros ejemplo de hombre, de padre, de cristiano, de sacerdote y de pastor.

El lema que escogió para su escudo episcopal marcó profundamente su vida. “La caridad de Cristo nos urge”. Eso vimos en él.

Por eso, las páginas que aquí presentamos son un testimonio claro de que ese lema en el Cardenal se hizo vida. Es lo que él mismo nos dijo.

P. MIGUEL ORTEGA RIQUELME

Biografía del Cardenal

**RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
NACIÓ EN LA CIUDAD DE
TALCA EL 27 DE
SEPTIEMBRE DEL
AÑO 1907.**

Su padre fue don Ricardo Silva Silva, y su madre Mercedes Henríquez Encina. Fueron 19 hermanos.

Sus primeros estudios los hizo en el Liceo Blanco Encalada, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Talca, y posteriormente en el Liceo Alemán de Santiago, de los Padres del Verbo Divino.

Se recibió de Bachiller en 1923 e ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile. Se recibió de Abogado en diciembre de 1929. Su tesis versó acerca de las Asignaciones modales.

En enero de 1930, ingresó al Noviciado de la Congregación Salesiana en Macul. Estudió Filosofía en Chile y posteriormente se doctoró en Teología y Derecho Canónico en el Estudiantado

Internacional de Turín de la Congregación Salesiana.

Fue ordenado sacerdote el día 4 de julio de 1938, por el Cardenal Maurilio Fossatti, Arzobispo de Turín.

Volvió a Chile a fines de 1938 y pasó a desempeñar las cátedras de Derecho Canónico, Teología Moral e Historia Eclesiástica en el Teologado Salesiano de Santiago.

En 1943 fue nombrado primer Rector del Liceo Manuel Arriarán Barros y, estando allí, construyó el Templo San Juan Bosco de La Cisterna. En 1948 fue nombrado Rector del Patrocinio San José, en Santiago.

Fue fundador y Presidente Nacional de la Federación de Colegios Particulares (FIDE). Fundó la Revista Rumbos y presidió dos congresos nacionales de la FIDE.

En 1950 fue designado Director del Estudiantado Teológico Salesiano, cargo que desempeñó por seis años. En ese tiempo fundó el nuevo Teologado internacional en La Florida, Santiago, para estudiantes del Cono Sur de América de la Congregación Salesiana.

Durante este tiempo preparó y dirigió el primer Congreso de Religiosos de Santiago, que fue convocado por la Santa Sede, y en 1956 presidió la Delegación Chilena al Congreso Internacional de Religiosos que tuvo lugar en Buenos Aires. En 1957 fue nombrado Director de las Escuelas

Profesionales de la Gratitude Nacional y del Liceo San Juan Bosco.

Se le confió también la organización del Instituto Católico Chileno de Migraciones (INCAMI) y también de la Federación de todas las obras asistenciales y caritativas de la Iglesia, conocida con el nombre de Cáritas-Chile. En ambas ha sido Primer Director y Presidente Nacional, respectivamente. Fue Vicepresidente mundial de Cáritas-Internacional y en 1962, ya como Cardenal, fue nombrado Presidente de la misma institución, en Roma, por representantes de 62 países.

El 24 de octubre de 1959 fue nombrado Obispo de Valparaíso, por el Papa Juan XXIII. Fue consagrado en la Catedral de esa ciudad, el 29 de noviembre de ese mismo año. El 25 de mayo de 1961 fue nombrado Arzobispo de Santiago, tomando posesión de su nuevo cargo el día 24 de junio.

En febrero de 1962 fue nombrado Cardenal por el Papa Juan XXIII, recibiendo el Capelo Cardenalicio de sus manos, el día 19 de marzo de ese mismo año.

En su calidad de Arzobispo de Santiago tuvo activa participación en el Concilio Ecueménico Vaticano II, en sus cuatro sesiones, destacándose como una de las figuras más preclaras de la Iglesia de América Latina.

Fue legado Papal al Congreso Mariano de Santo Domingo en el año 1965. También participó en el Primer Sínodo Mundial de Obispos convocado por el Papa Paulo VI, en septiembre-octubre de 1967.

Le tocó participar en los Cónclaves que eligieron al Papa Paulo VI, al Papa Juan Pablo I y al Papa Juan Pablo II.

Fue miembro de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, la Sagrada Congregación para el Culto Divino y la Comisión para la Reforma del Código de Derecho Canónico.

Desempeñó en numerosas oportunidades el cargo de Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, del Comité Permanente del Episcopado de Chile, y, por ser Arzobispo de Santiago, fue también Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

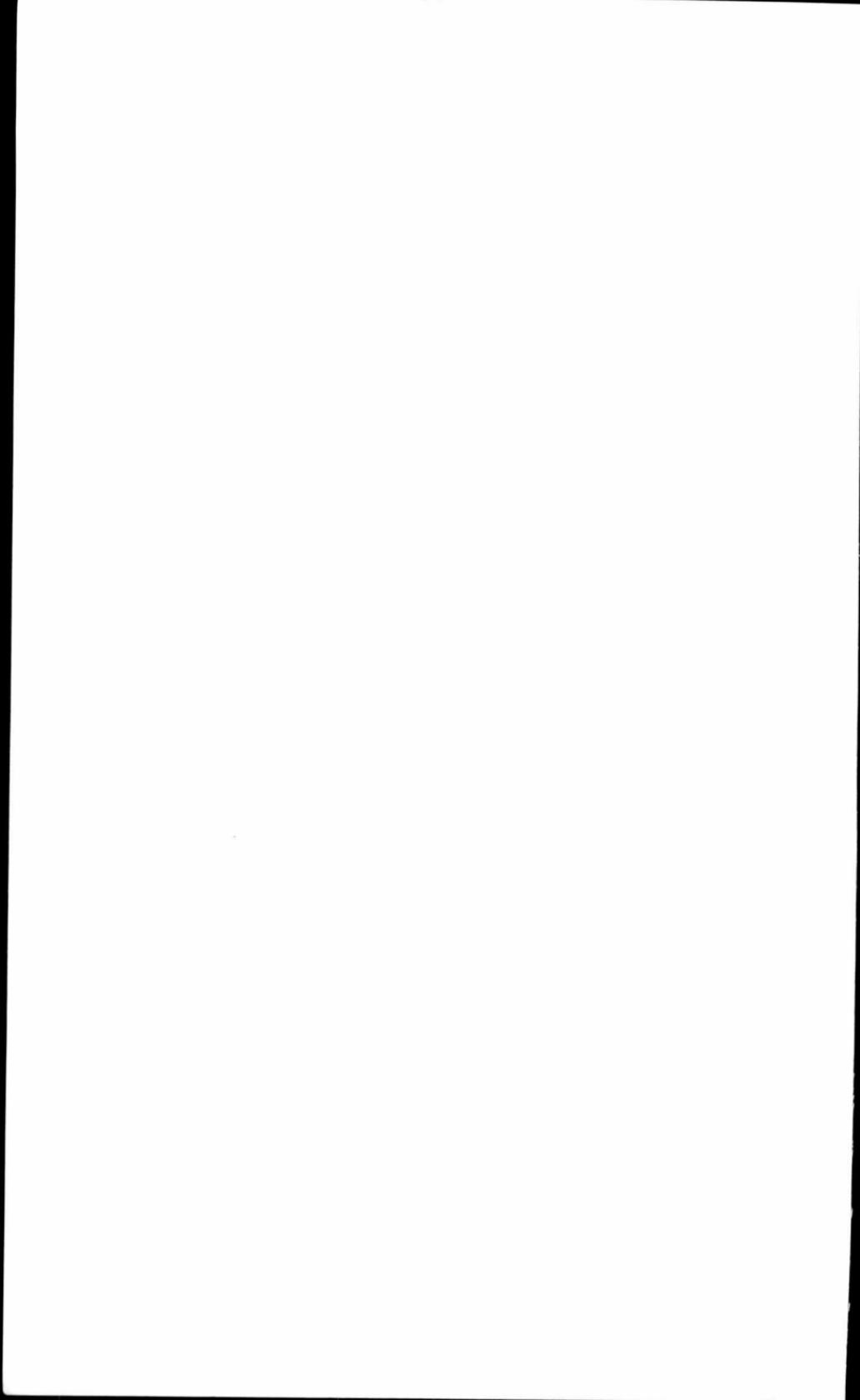
Durante estos años fue condecorado por los siguientes países: Alemania, Portugal, Perú, Santo Domingo y Panamá. Recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Católica de Chile (1962), del Iona College (U.S.A. 1962), de la Universidad de Georgetown (U.S.A. 1963), de la Universidad de Panamá (1977), del Williams College (U.S.A. 1977), y de las Universidades de Dale y Notre Dame, en Estados Unidos.

Su labor en defensa de los derechos humanos le valió el reconocimiento del Congreso Judío

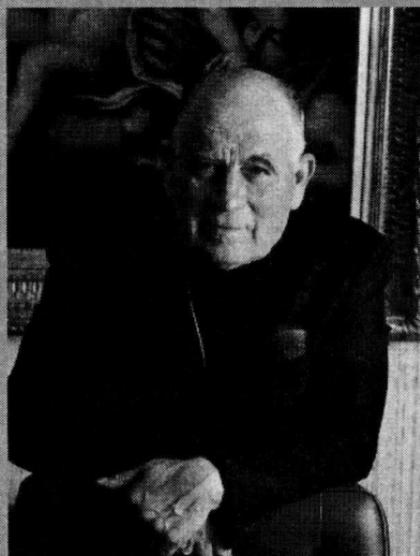
Latinoamericano que, el 26 de febrero de 1972, le confirió el Premio Derechos Humanos 1971. Las Naciones Unidas reconoció la acción destacada de la Vicaría de la Solidaridad confiriéndole el Premio Derechos Humanos el 10 de diciembre de 1978 y, posteriormente, por la misma razón, recibió el Premio Fundación Bruno Kreisky, en Viena, el 19 de octubre de 1979.

Renunció al Arzobispado de Santiago el año 1982, después de lo cual el Cardenal Silva Henríquez asumió como Director Espiritual en el Seminario Pontificio Menor, en el Colegio San Gaspar y en el Instituto de Humanidades Luis Campino, durante más de diez años.

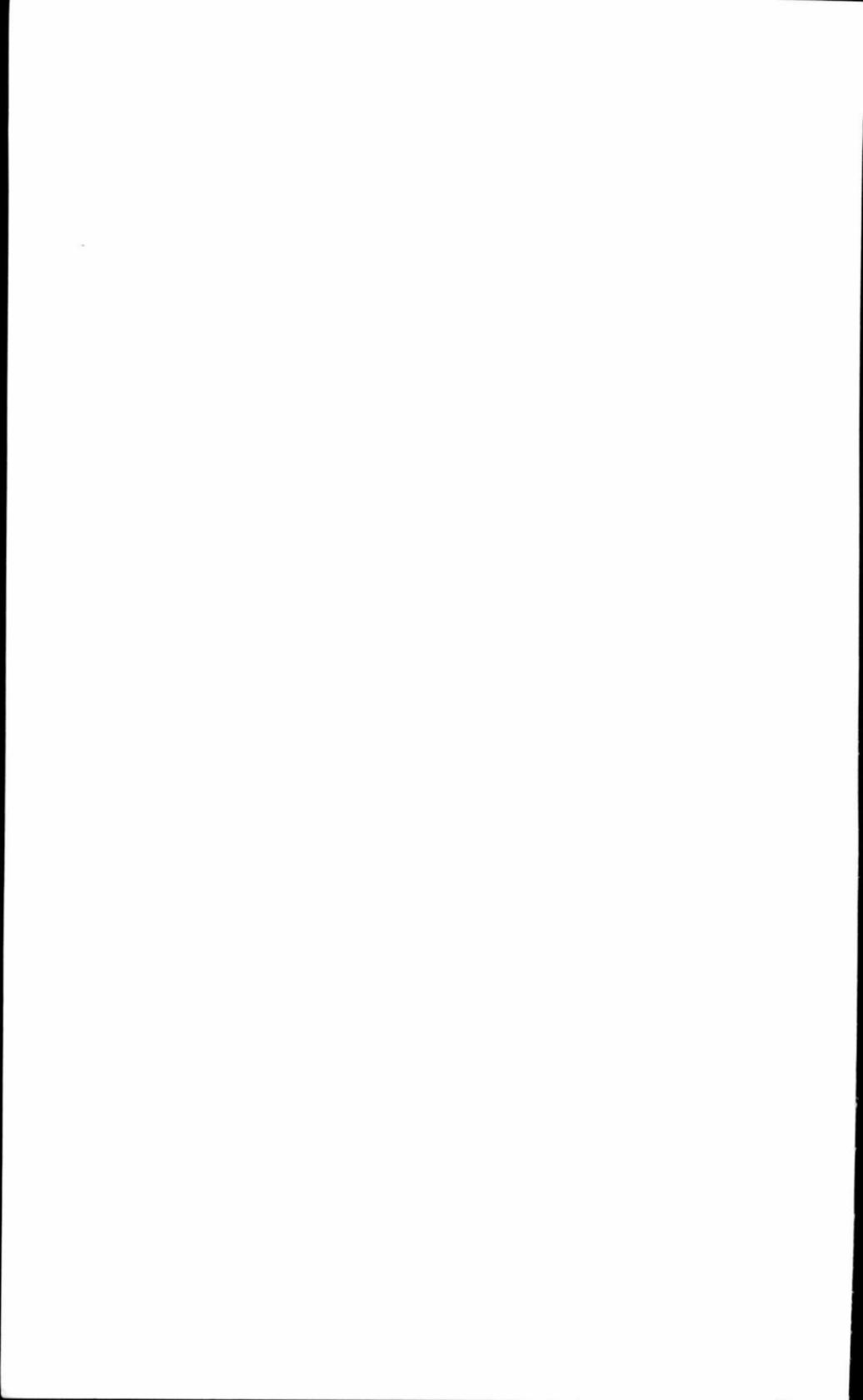
Murió en Santiago, el 9 de Abril de 1999.



**MENSAJES
DEL ARZOBISPO DE
SANTIAGO**



1962 - 1971



Primer mensaje del
Arzobispo de Santiago.

APACIENTA MIS OVEJAS

Este es el primer mensaje que el Arzobispo de Santiago dirigió a sus fieles, el día 24 de junio de 1961, en que fue recibido en la ciudad de Santiago.

Amados hijos:

El día 25 de mayo, la prensa y la radio publicaron el nombramiento, hecho por el Santo Padre, del nuevo Arzobispo de Santiago. Al conocer que la designación había recaído en mi persona y que la fecha coincidía con la fiesta de un gran Pontífice, San Gregorio VII, las palabras del Introito de su Misa adquirieron para mí, en esa hora de gravísimas responsabilidades, una actualidad, una viveza y una fuerza inusitadas. Nos parecían dichas para estas circunstancias y en este momento por el Maestro Divino: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". Era a Pedro a quien se le había exigido un testimonio de amor y a quien se le confiaba el rebaño quien, usando sus poderes divinos y declarando por siempre su adhesión al Maestro, había hecho un nuevo acto de su jurisdicción y entregaba el cayado del Pastor para apacentar a una porción electa de su grey, a

un hombre que desde el fondo de su alma reconocía su incapacidad y no tenía otras palabras más sinceras que las que le dictaba su conciencia: “Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”.

La figura tan humilde y bondadosa de nuestro grande antecesor, el Cardenal José María Caro, nos conforta en esta hora; su personalidad tan sacerdotal y tan nuestra, encarnación viviente de las virtudes de nuestra raza, su amor al pueblo tan ampliamente correspondido, su prudencia y caridad son los rasgos más sobresalientes de su vida, que esperamos iluminen nuestros pasos y guíen nuestra actuación pastoral.

Excmo. y Rvdmo. Monseñor, don Emilio Tagle Covarrubias, Administrador Apostólico de esta Arquidiócesis de Santiago: más que agradecer sus cariñosas palabras y los nobles conceptos que me ha dedicado, quiero agradecerle los desvelos, trabajos y sinsabores que durante estos dos años de su gestión ha soportado con tanta generosidad por el bien de esta querida porción de la Iglesia de Cristo, que le estuvo confiada. Deja un recuerdo imborrable de su paso por ella. Su celo, su labor tesonera e inteligente y sobre todo su desprendimiento y gran humildad, revelan en usted, señor, al Sacerdote de Cristo, cuyo único ideal es servirlo en la realidad de su Cuerpo Místico. Que Dios le pague y lo premie, queridísimo hermano, por todo el bien que nos ha hecho y por el ejemplo sacerdotal que nos ha dado.

Quiero dirigir una palabra a nuestro amado clero y a los fieles todos de nuestra y su Arquidiócesis. El obispo que llega hasta ustedes no tiene otra ambición que servirlos. El hermano que en este momento toma la dirección de la labor pastoral de nuestra Iglesia desea compartir con ustedes todos los riesgos y todos los trabajos; desea estar al lado de ustedes, en toda circunstancia; y en una unión íntima e inquebrantable de caridad, irradiar la belleza cautivadora del Mensaje de Cristo, para bien de nuestra patria.

La hora en que vivimos es una hora extremadamente grave. Al decir de Su Santidad Pío XII, “nuestro mundo está abocado a la ruina, camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos”, nuestra patria no está exenta de este malestar general; a cada instante se puede decir que estamos percibiendo la agonía de una época que termina.

Nadie de nosotros, los católicos, puede dejar de ver u ocultar esta dolorosa realidad de la hora presente. Nos incumbe la tarea de ayudar a “reconstruir un mundo desde sus cimientos; hay que transformarlo de salvaje en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios”.

Y por eso “el que representa los intereses de los demás, el que lucha por ellos, debe estar dominado por la voluntad de servir. Debe creer

en la nobleza de su propia causa y entregarse sin límites a una gran obra”. Y estamos convencidos también de “que no es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objetivos; es la hora de la acción”, es el momento en que todos los buenos, “todos los que se preocupan de los destinos del mundo se unan y aprieten sus filas; es la hora de despertarnos del sueño en que hemos vivido, porque está cerca nuestra salvación o nuestra ruina. Y este despertar debe obligarnos a todos, sin distinción de estado, al clero y al pueblo, autoridades, familias y asociaciones, a todas y cada una de las personas, a una renovación total de la vida cristiana, a la batalla de la defensa de los valores morales, en la realización de la justicia social, en la reconstrucción del orden cristiano”.

No nos habríamos atrevido a proferir palabras tan serias si no vinieran de tan alta Cátedra. Al hacerlas nuestras, no puedo menos que hacer presente a todos los cristianos la gravedad de la hora en que vivimos y la enorme responsabilidad que nos incumbe. No es con la desunión ni con el odio con lo que podremos remediar los grandes males que afligen a nuestra patria; ni tampoco es con la inercia con la que lograremos la solución de los apremiantes problemas de nuestros días. “No fue con la desunión ni con la inercia como logró la Iglesia en sus principios cambiar la faz del mundo”, sino con la caridad, la unión, el trabajo apostólico y el sacrificio.

Queridos hijos: ésta es la inmensa tarea que el Señor echa sobre nuestros hombros. Esta es la divina tarea de todos. A esta tarea debemos consagrarnos por entero, entregando a ella todo lo que tenemos y todo lo que somos. El bienestar y la paz que esperamos para todos nuestros hermanos bien valen los sacrificios que por ellos debemos hacer.

La generación actual no puede mostrarse indigna de los hombres y mujeres que todo lo comprometieron para darnos patria. Los valores eternos que defendemos, inmensamente superiores a los bienes materiales que nos legaron, han de encontrarnos dignos de ellos y de nuestra responsabilidad.

Con la mirada puesta en el Señor que nos anima, que ha tenido para nosotros la inmensa dignación de confiarnos una hora crucial de la humanidad para cristianizarla y santificarla, emprenderemos confiadamente esta jornada.

Y en esta lucha entre la bondad y el poder infinitos de Dios, y la pequeñez e incapacidad del hombre, resonaban insinuantes y triunfadoras las expresiones del Maestro: “No temas..., te haré pescador de hombres... Si me amas, apacienta mis ovejas”. Ante su verbo omnipotente y el querer de Pedro, no hemos podido sino exclamar con el libro santo: “In verbo autem tuo, laxabo rete... Confiando en tus palabras, Señor, lanzaré la red”.

En el borrascoso mar de la hora presente de la humanidad y de nuestra patria, confiando únicamente en la callosa y experimentada mano de Pedro el Pescador, que durante dos mil años sigue dando a Jesús el testimonio de su fidelidad y de su amor, este vuestro Arzobispo de Santiago, con todas las fuerzas de su ser, se entregará a la divina faena de llevar los hombres a Dios.

Los santos y sabios ejemplos de los grandes arzobispos y obispos, que durante 400 años han ocupado esta Cátedra de verdad y caridad, nos animan y nos alientan a seguir sus huellas, sintiendo su fraternal y alentador impulso, a proseguir la hermosa tarea por ellos comenzada y engrandecida. Es el propósito que nos dirige.

Y me parece oír ya como coronación de todos nuestros sudores y nuestras lágrimas el “canto de amor y de liberación, que respira firmeza y valentía; canto que se llevará en los campos y en los talleres, en las casas y en las calles, en los parlamentos y en los tribunales, en las familias y en las escuelas”, el canto de la justicia y de la paz; el canto del amor a Cristo.

Desde lo íntimo de nuestra alma de sacerdote y obispo, hoy dirijo una plegaria a la Madre de Cristo y Madre nuestra, para que mitigue los ardores de nuestras luchas y guíe nuestros vacilantes pasos hasta el puerto de la salud: “Jesucristo, Señor Nuestro”.

24 de junio de 1961.

EL ARZOBISPO SE CONFIESA

SIN DEMORA

Entrevista realizada por la Revista Ercilla (Nº1363, 5 de julio de 1961), recién asumido en su cargo de Arzobispo de Santiago, el día 24 de Junio.

“La hora en que vivimos, es una hora extremadamente grave. Al decir de Su Santidad, Pío XII, ‘Nuestro mundo está abocado a la ruina, camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos’. Y nuestra patria no está exenta de este malestar general; a cada instante se puede decir que estamos percibiendo la agonía de una época que termina”.

En la mañana del sábado recibió a Ercilla en su oficina del Palacio Arzobispal. Sin mayores ceremonias, empezó el intercambio de preguntas y respuestas:

En su alocución usted afirmó: “Nos incumbe la tarea de ayudar a reconstruir un mundo desde sus cimientos”. ¿Significa esto que no está conforme con el actual estado de las cosas?

- Nadie puede estar conforme con la situación actual. El mundo está mal organizado. En Chile hay que adoptar medidas sin demora para mejorar la situación. Nuestro pueblo con razón exige cambios y toca a nosotros, a cada uno en su esfera, el realizarlos. Debemos reunir todos los esfuerzos para mejorar la situación actual.

- La Iglesia ayudará a formar este mundo mejor que necesitamos y dará las normas y sugerencias, los ruegos y las órdenes para que todos los católicos cooperen en esta labor.

¿Qué camino debe seguirse para realizar estas reformas?

- Deben hacerse con celeridad, pero gradual y pacíficamente. Pretender realizar los cambios mediante la violencia es hacerlos imposibles, o tratar de usufructuar de esta situación para beneficio propio o de un grupo, en lugar de hacerlo para bien del pueblo.

¿Cuál es el principal obstáculo que se opone a este camino por usted señalado?

- La inercia es el mayor enemigo nuestro en esta época. Debemos evolucionar rápidamente.

Dos problemas

Tras el tono tranquilo de su voz y sus ademanes pausados, se oculta una profunda inquietud por el porvenir de Chile. Habló con franqueza, desde su punto de vista de hombre de Iglesia, de los problemas que aquejan a la mayoría del país. Sobre la llamada angustia nacional:

- En lo material, el problema más importante es que una gran parte de nuestro pueblo no tiene poder consumidor. No posee los ingresos necesarios para satisfacer sus necesidades más apremiantes como ser humano. En lo espiritual, no le hemos dado la cultura ni el cristianismo suficiente para hacerlo mejor.

- Con un pueblo miserable no se puede hacer nada, ni montar industrias ni elevar al país hacia mejores niveles de vida.

¿Qué medidas fundamentales cree usted que deben adoptarse para solucionar esta situación?

- Yo soy el llamado a señalar las grandes rutas. Es a los técnicos que corresponde detallar las medidas concretas que deben adoptarse e indicar como éstas deben ponerse en práctica. Sería un acto apresurado y petulante de mi parte, decir «tómese esta medida o esta otra». Lo importante es que todos estemos compenetrados de la gravedad del problema. Si esto sucede, los

hombres dirigentes de Chile serán capaces de indicar las soluciones correctas.

PDC Y PCU

Anticipándole que puede dar por no hecha la pregunta que se le hará en seguida, entramos de lleno al problema de la división política de los católicos en sus dos partidos:

- Como arzobispo, ¿considera usted que es normal la división de los católicos en dos corrientes que se agrupan en el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Conservador Unido?

La respuesta llegó rápida y directa:

- Tal vez en sus orígenes esta división pudo haberse evitado. Ahora esto es prácticamente imposible. Una diferente concepción del mundo, de sus problemas y de las soluciones adecuadas llevó a los católicos a esta división política.

- La realidad es que existe esta división y a este hecho hay que atenerse. Debemos evitar que se transforme en guerra y obtener que ambos bandos mantengan el respeto por las ideas del otro.

- En un ambiente cristiano y culto la gente sabe respetar las ideas ajenas. Nuestro papel es mitigar la lucha entre católicos y convencerlos de que en lo fundamental todo cristiano debe pensar igual.

En un libro, escrito por un sacerdote sobre “Sociología Católica”, se afirma que existe un descenso en las prácticas católicas de la población chilena. ¿A qué cree usted que se debe este fenómeno?

- La causa fundamental es el aumento enorme de la población y el estagnamiento de los medios para facilitar a la población la práctica religiosa.

- Nuestro pueblo se encuentra materialmente alejado de la iglesia. La prueba de esta aseveración la da el hecho que cuando se abre una iglesia en un barrio popular ésta se llena, haciéndose estrecha para contener a los fieles.

¿Y a qué causas atribuye usted el aumento de la influencia de la iglesia protestante?

- Se debe precisamente a que la práctica protestante llena la sed de religión que tiene el pueblo y que la Iglesia Católica, por falta de medios materiales, no puede satisfacerla en algunos sectores populares.

¿Es muy grande la falta de medios de la Iglesia?

- Si todos los católicos concurrieran normalmente a confesarse, los sacerdotes morirían abrumados por exceso de trabajo. Es materialmente imposible que con la actual dotación de sacerdotes se pueda atender a todos los católicos de Chile.

- En nuestro país hay un sacerdote por cada cuatro mil católicos. En Estados Unidos hay uno por cada ochocientos fieles. En ese país los servicios de la iglesia están al alcance de todos.

Mitigar la miseria

De los problemas generales y nacionales la conversación se desplaza a los de orden personal:

¿Qué razón lo llevó al sacerdocio?

- Durante mis estudios de leyes sentí una consciente inclinación sacerdotal. La razón que me llevó al sacerdocio es que creí mi deber ayudar a las clases pobres de mi patria, y el camino más adecuado que encontré fue el sacerdotal.

- Elegí una congregación, a la que no conocía y en la cual no me había educado, porque me pareció que estaba más en contacto con el pueblo y con sus necesidades.

¿Por qué aceptó la presidencia de Cáritas-Chile?

- Consideré que con Cáritas podíamos mitigar la miseria de muchos hogares. Consideré que a través de ella podíamos llegar a soluciones más efectivas para las clases menesterosas.

Cáritas no sólo trata de dar ayuda momentánea, sino que busca soluciones definitivas en el campo

alimenticio, sanitario y hogareño. Por eso hemos propendido a crear entidades destinadas a la construcción de casas populares y a desarrollar al máximo las posibilidades para que la gente humilde tenga su propio hogar.

- En el campo sanitario, hemos creado escuelas de enfermeras y queremos promover la creación de centros médicos y hospitales, destinados exclusivamente a servir a los sectores más necesitados del país.

Espíritu y materia

El término señalado para la entrevista se acerca. Antes de abandonar el Palacio Arzobispal, ERCILLA obtiene respuestas para sus dos últimas preguntas:

Si a usted le dieran la facultad de señalar prioridad a la solución de los problemas nacionales, ¿le daría preferencia a los de orden material o los del campo espiritual?

- Las dos cosas están íntimamente ligadas. No se puede hacer lo uno sin lo otro. El hombre es una unidad. Es espíritu y materia.

- Toda solución que olvide este principio fundamental será una solución trunca que a la postre terminará en un fracaso. Por eso debemos trabajar con el mismo ardor en satisfacer las necesidades espirituales y en darle al pueblo los

medios materiales para que pueda vivir en condiciones humanas y dignas.

¿Cuándo usted habla de “nosotros” se refiere exclusivamente a los católicos?

- En esta labor tenemos que trabajar todos, los sacerdotes, los católicos y los no católicos de buena voluntad, porque la grandeza de la patria debemos forjarla todos los chilenos sin distinción de religión.

5 de julio de 1961.

Designado Nuevo Cardenal de la Iglesia.

“ DEBES MOSTRARTE INTRÉPIDO”

El Papa Juan XXIII elevó a la dignidad cardenalicia al Arzobispo de Santiago, llegando a ser de este modo el segundo Cardenal chileno.

El 17 de febrero de 1962, él mismo comentaba la noticia.

Amados hijos:

El Santo Padre, en una muestra del grande amor que tiene a nuestra patria, ha querido honrar al Arzobispo de Santiago con la dignidad cardenalicia. Es decir, ha querido que un chileno entre a formar parte del Senado del Sumo Pontífice y le asista como uno de sus consejeros y colaboradores principales en el Gobierno de la Iglesia Universal. Asimismo, le ha dado el poder de ser uno de los electores del Santo Padre cada vez que vacare la Sede Apostólica. Esto es, queridos hijos, que vuestro Arzobispo forma parte del cenáculo más escogido del mundo y, tal vez, de aquél cuyos actos tienen más importancia en la vida de la humanidad.

Tan alto honor no se debe a los merecimientos de nuestra persona, sino a la bondad del Santo Padre y a las benemerencias de la Sede Arzobispal de Santiago. Los méritos de tantos obispos y arzobispos ilustres que nos han precedido, entre los cuales queremos destacar a nuestro santo antecesor, el primer Cardenal chileno, don José María Caro Rodríguez; los méritos de nuestro virtuoso y celoso Episcopado, y de nuestro abnegado y activo clero; los méritos y sacrificios de tantas almas virtuosas que forman nuestra grey, todo esto, mis queridos hijos, ha sido reconocido y premiado con esta designación.

El Santo Padre, al imponer el Capelo Rojo a un nuevo Cardenal, le dice: "... recibe el Capelo Rojo... él atestigua que debes mostrarte intrépido hasta la efusión de tu sangre inclusive, por la exaltación de la Santa Fe y por la Paz y tranquilidad de tu Pueblo..."

Por el triunfo de la Fe y por el reinado de la Paz debemos estar dispuestos a entregar todas nuestras energías, incluso la vida. Por la Fe, que es el gran don del cielo, el rayo de luz de lo alto, que esclarece las tinieblas de la existencia humana; la llama misteriosa que comunica amor y fuerzas para la prosecución de todas las nobles causas.

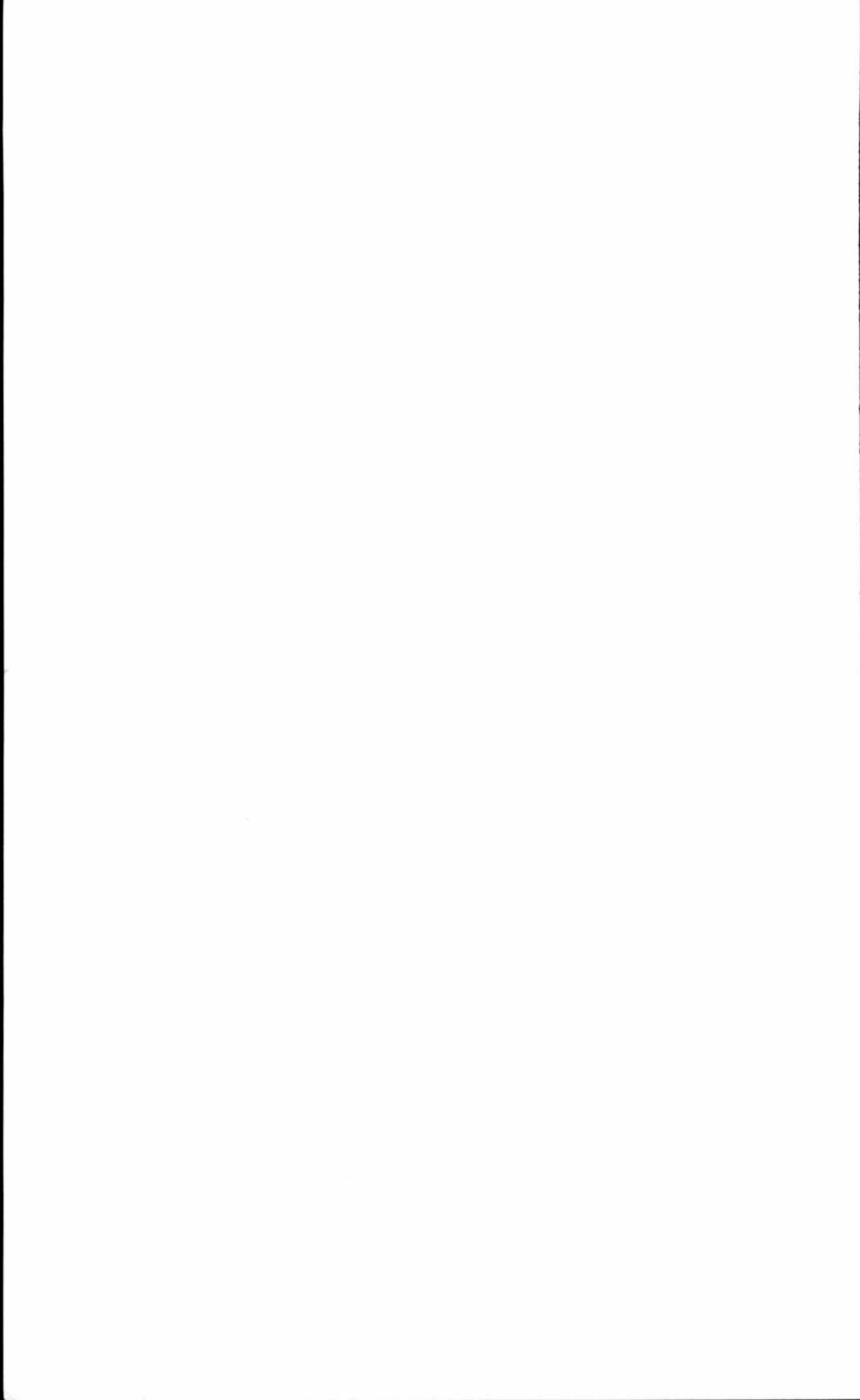
Por la Paz, que es el fruto bendito de la virtud que da a cada uno lo suyo: la Justicia. Por la Paz,

que es el don que Dios ha traído a la Tierra al encarnarse y que anunciaron los ángeles en el pesebre. Por la Paz, que es el anhelo profundo de la humanidad en esta hora; que es el ansia de los pobres, el grito de los perseguidos, la muda impetración de los que lloran.

Por la Fe y por la Paz: por este bellissimo programa, la Iglesia quiere que entreguemos todas nuestras energías e incluso nuestra vida.

Ante tanta responsabilidad, ante tan noble exigencia, humildemente os pedimos, amados hijos, nos ayudéis con vuestras oraciones y con vuestro afecto para que podamos corresponder a los designios del Sumo Pontífice y podamos, para bien de nuestra patria, ser verdaderamente los artífices de la Fe y de la Paz.

Santiago, 17 de febrero de 1962



Sobre el Concilio Vaticano II.

CARTA DESDE ROMA

El 13 de noviembre de 1963, el Cardenal escribió desde Roma una carta a los cristianos para informarles sobre la marcha y el contenido del Concilio Vaticano II. Es un testimonio de la actitud abierta del Pastor para con sus fieles.

Queridos hijos:

Siento la necesidad de dirigiros estas líneas desde la ciudad de Roma, centro de la Cristiandad, donde nos encontramos reunidos los obispos del mundo entero, empeñados en el noble trabajo del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo.

Como bien lo sabemos, este Concilio “no tiene como primer objetivo estudiar algunos capítulos fundamentales de la doctrina de la Iglesia”, sino que más bien desea “profundizarla y exponerla de manera tal que responda a las exigencias de nuestra época”. No tenemos que mirar ese tesoro precioso como si solamente nos preocupara el pasado, sino que tenemos que ponernos alegremente y sin temor al trabajo que exige nuestra época, siguiendo la ruta sobre la cual ha

marchado la Iglesia desde hace veinte siglos. Es por esto que “debemos escoger una manera de presentar las cosas que corresponda mejor a una enseñanza de carácter plenamente pastoral”. Y a través de todos los esfuerzos de los Padres Conciliares debiéramos poder presentar al mundo de hoy una imagen atrayente de la Iglesia, sin manchas y sin arrugas”, Reino de Dios en la Tierra y acogedora arca de salvación para la humanidad.

Después de un mes de trabajo de esta segunda sesión del Concilio, yo quisiera informaros brevemente de su marcha y de cómo la Iglesia está alcanzando los fines que se ha propuesto. Al mismo tiempo, quisiera hacer desaparecer los equívocos y las incógnitas que hacen nacer una propaganda y una información un tanto parcial y sensacionalista, como es la que a veces suelen proporcionar las agencias noticiosas.

a. Durante este período se ha aprobado enteramente el esquema sobre la Sagrada Liturgia, habiéndose sometido a votación capítulo por capítulo, así como cada una de las nuevas sugerencias hechas por los Padres Conciliares en la anterior sesión. Para aprobar todo esto, ha habido 71 votaciones con un quórum aproximado de 2.200 votantes en cada una de ellas. Este esquema, Dios mediante, será publicado antes de terminarse esta Sesión del Concilio.

Las novedades más importantes ya aprobadas son:

- La introducción de la lengua vulgar en la Liturgia
- La concelebración o celebración de una Misa por muchos sacerdotes unidos al celebrante, como se hace en la Ordenación de los nuevos sacerdotes, en determinadas ocasiones, p. ej.: El Jueves Santo y reuniones de sacerdotes, etc.
- El permitir a los fieles la Comunión bajo las dos especies en ciertas ocasiones.

b. Se ha discutido totalmente el esquema sobre la Iglesia, el más importante del Concilio y donde están los problemas que más interesan a la Iglesia hoy día y los de mayor trascendencia para el futuro.

En este esquema hubo 700 intervenciones o presentaciones hechas por los Padres Conciliares, aprobando o impugnando una parte del esquema. De estas 700 intervenciones han surgido más de 2.000 enmiendas y se han constituido 7 subcomisiones para el estudio de las enmiendas y para proponerlas definitivamente al Concilio, el cual deberá pronunciarse sobre ellas, pues hasta el momento el esquema de la Iglesia se ha aprobado en general, faltando la aprobación particular y definitiva del mismo.

Durante la discusión de este esquema han surgido varias cuestiones muy debatidas y de inmensa importancia:

1. **El Episcopado es un sacramento.**

Esta verdad, siempre creída por la Iglesia, no ha sido establecida aún en forma solemne por un Concilio y había personas, que por este motivo, la ponían en duda.

2. **La existencia del Colegio Apostólico**, del cual es sucesor el Colegio Episcopal, verdad también discutida y no establecida solemnemente. De ella se deriva una serie de consecuencias que vienen a fortalecer la autoridad de los obispos y a poner de relieve la grande responsabilidad que tienen en la suerte de la Iglesia toda.

3. **El restablecimiento del diaconado como orden permanente** y no como un paso para la orden del Presbiterado. Esto, como lo decimos, es restablecer una antigua disciplina eclesiástica que ha existido en la Iglesia desde los tiempos apostólicos. Sobre este punto de disciplina que no tiene la trascendencia de los anteriores, se suscitó una cuestión anexa, cual es la de si los diáconos deben mantenerse célibes o pueden ser personas casadas. La necesidad del diaconado se hizo presente, especialmente, por parte de los obispos de la América Latina y de las tierras de misión, por creerse que el diaconado es necesario para atender pequeñas comunidades de cristianos un tanto separadas de las sedes parroquiales y a las cuales los sacerdotes, por su escaso número, no pueden atender. Esto daría la posibilidad de contrarrestar la propaganda

adversa de las sectas protestantes o de organizaciones materialistas contrarias a la Iglesia. Estos diáconos podrían predicar, administrar la Comunión, el Bautismo y ser, bajo la dependencia del párroco, los jefes espirituales de sus comunidades. El asunto del celibato es una cuestión importantísima de la cual prácticamente depende la solución del problema de la falta de sacerdotes. Se discutió mucho sobre este asunto y, prácticamente, se ha dejado su ulterior solución a la Santa Sede. Sobre todos estos puntos se pidió al Concilio un pronunciamiento, mediante una votación que debía ser el índice que las Comisiones respectivas debían tener presente al proponer al Concilio la redacción definitiva del esquema. Las votaciones dieron una amplísima mayoría a los sostenedores de la sacramentalidad del Episcopado; de la existencia del Colegio Episcopal; de su calidad de sucesor del Colegio Apostólico; y de la necesidad de restablecer el diaconado. No se votó sobre la conveniencia o inconveniencia de la exigencia del celibato para los diáconos.

Terminado este esquema, se pasó a discutir un punto de procedimiento y de grande interés: el lugar que debería ocupar el esquema sobre la Santísima Virgen. No se trataba de designar o de establecer cuáles eran los privilegios o los méritos de la Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre Nuestra. Se trataba solamente de indicar cuál era el lugar más adecuado que debía ocupar esta importantísima materia. Nos pareció que el

tratado de la Iglesia quedaba trunco y desmejorado si no aparecía en él la doctrina sobre la Virgen Santísima, que es la primera de las creaturas redimidas, la Madre de Jesucristo, cabeza de la Iglesia, y Madre por lo tanto de Ella, y la Reina de todos los Santos.

Además, considerábamos que la doctrina sobre la Virgen Santísima, separada de la doctrina de la Iglesia, disminuye la grandeza de María y la grandeza de la Iglesia, se presta a exageraciones que hacen aparecer a María fuera de su estrecha unión con la Trinidad Santa y con su Hijo Divino, exageraciones que tienden a hacer de Ella un ídolo y no la Esclava del Señor como Ella quiso llamarse, poniendo precisamente en esta amorosa servidumbre toda su grandeza.

Otro grupo de Padres creyó ver en esto una disminución de 105 atributos de María y en tal sentido impugnaron la inclusión del esquema mariano dentro del de la Iglesia. Estoy convencido de que en su actitud hubo mucho de sentimentalismo y al mismo tiempo una gran preocupación por el lugar preeminente que debe corresponderle a la Virgen Santísima. La votación fue muy estrecha: pero, si bien se mira, vencedores y vencidos están de acuerdo en una cosa: que la Virgen Santísima, Madre de Jesucristo y Madre Nuestra, ocupa, después de su Divino Hijo, el primer lugar en la hermosísima historia de la Redención de la humanidad. No ha habido concesiones al Protestantismo, como

algunos desgraciadamente han dicho: por el contrario, se trata de puntualizar, de poner en su verdadera luz toda la doctrina que la Iglesia Católica profesa sobre Ella misma, sin esconder las relaciones fecundas que existan entre María y la Iglesia.

Después de esta votación, el trabajo ha continuado intensamente y nos parece que será muy fácil ponernos de acuerdo sobre el esquema mariano.

4. En este momento estamos terminando otro esquema: el de **Los Obispos y del Gobierno de las Diócesis**. En este esquema ha habido ya unas 70 intervenciones orales y a lo menos unas 200 escritas. Los puntos más debatidos han sido los que ponen de relieve la figura del Obispo y la definen. Más que nunca se hace hincapié en que el Episcopado es un servicio y el Obispo, un Padre Pastor, santificador y jefe del pueblo cristiano. También ha sido discutido el delicado problema de las relaciones de los obispos y de la Curia Romana. Este problema ha sido debatido e insertado en el esquema por expresa voluntad del Santo Padre. Los obispos dirán su parecer sobre la Curia, pero toca al Santo Padre determinar las reformas concretas o ulteriores reorganizaciones que puedan darle a ese organismo una nueva y ágil fisonomía. Entre otras cosas, se ha hablado de su descentralización e internacionalización como un vivo deseo de muchos obispos y, tal vez, de la mayor parte de la Iglesia. Se han propuesto medidas adecuadas

para conseguir estos objetivos. Todo esto producirá oportunamente su fruto para el bien de la Iglesia toda.

Se prevé la terminación del estudio de este esquema para fines de esta semana. Y a pesar de algunas acaloradas intervenciones, creo que la mayoría de los padres, como sucedió en el esquema anterior, están de acuerdo en las cosas fundamentales.

En estos días comenzaremos la votación definitiva y última del esquema sobre los Instrumentos de Comunicación Social, es decir, sobre los medios modernos de difusión, como la prensa, la radio, el cine, la televisión, etc.

Sobre este asunto, lo que interesa a la Iglesia es la moralidad y el modo de usar estos instrumentos para que ellos sirvan a la verdad y al bien de la humanidad.

La votación exigirá dos o tres días, y también este esquema quedará listo para la publicidad.

5. He dejado para el último lugar el dar una breve reseña de lo que se dijo sobre los laicos en **el esquema de la Iglesia**. El que se haya sentido la necesidad, por primera vez en la historia de los Concilios, de insertar en la doctrina de la Iglesia un capítulo sobre los laicos es ya una hermosa e importantísima realidad. Del laico se ha hablado como el miembro de la Iglesia llamado a santificarse a sí mismo en la importante tarea de santificar el mundo.

“La Iglesia se encuentra hoy en día ante el gravísimo problema de hacer llegar un acento humano y cristiano a la civilización moderna, acento que la misma civilización pide y casi implora para su desarrollo positivo y para su misma existencia. Esta tarea importantísima e imprescindible constituye un derecho y un deber del laicado. Es a través de sus hijos laicos que la Iglesia consagrará el mundo.”

He querido brevemente enviaros esta crónica del Concilio. Es una pobre expresión de una realidad vivísima y múltiple. A través de ella ojalá pudierais constatar la inmensa vitalidad de la Iglesia y su perenne y pujante juventud.

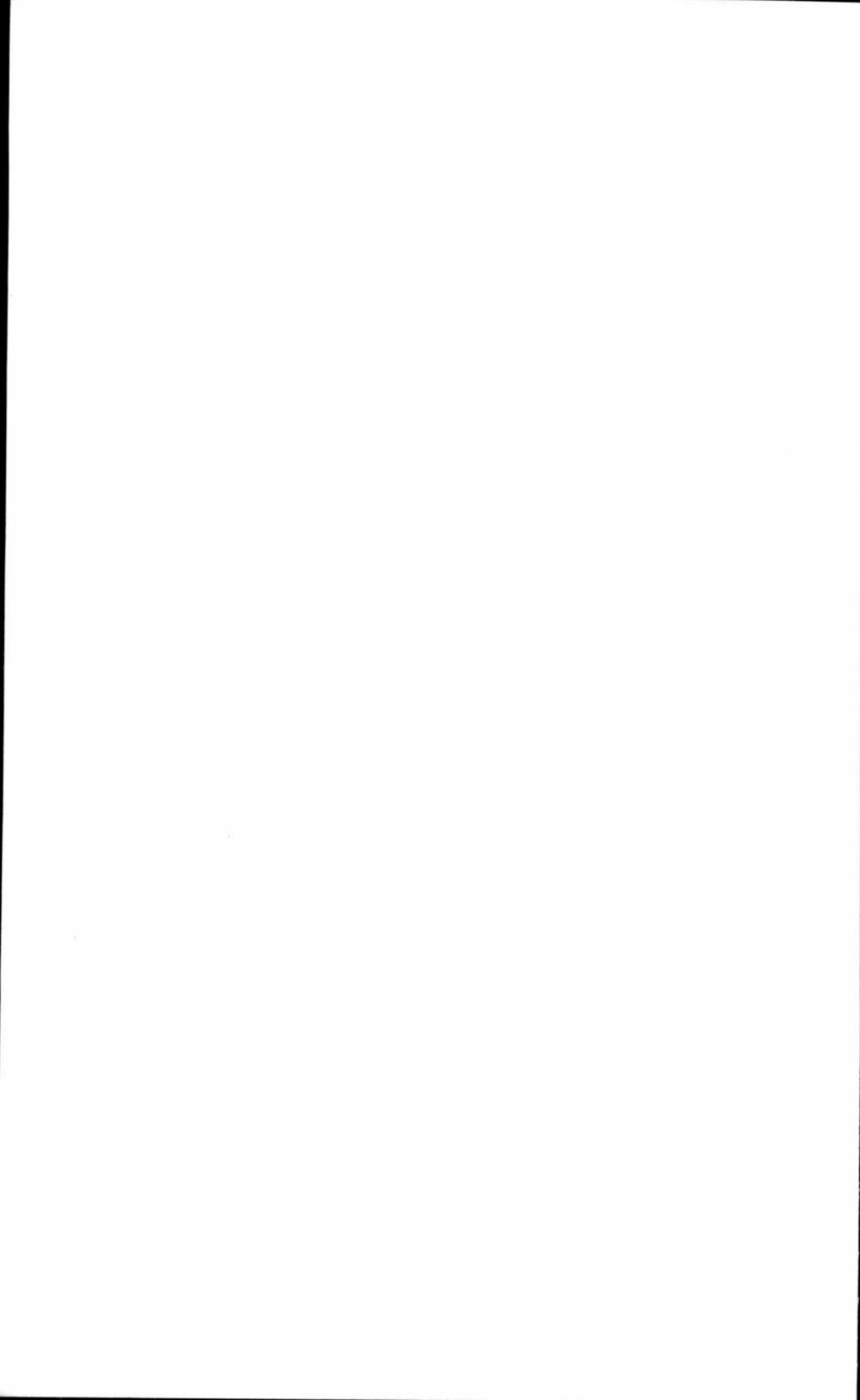
Vuestros Pastores participan en él con todas sus energías, aportando todo lo que ellos pueden. Crean, así, cumplir con un deber y se sienten respaldados por vuestras oraciones y por vuestro cariño.

Desde Roma pido al Señor os bendiga a vosotros, a nuestra querida patria y a todos sus habitantes

Roma, 13 de noviembre 1963

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago de Chile.





Intervención en el
Concilio Vaticano II

LIBERTAD RELIGIOSA

En el Concilio Ecuménico Vaticano II, al Cardenal Silva le correspondió un destacado papel. Especialmente importante fue su intervención sobre la Libertad Religiosa, en la Congregación General del día 23 de septiembre de 1964.

Venerables Hermanos:

Voy a hablar en nombre de 58 Padres de América Latina. El texto nos agrada. Propondremos, con todo, algunas correcciones por escrito.

Expondremos nuestro parecer respecto de la Declaración sobre Libertad Religiosa en tres puntos:

- 1° por qué la Declaración, en general, es de nuestro agrado;
- 2° por qué es ella de máxima importancia;
- 3° por qué nos interesa tanto, en nuestra calidad de Pastores.

I. Principales razones por las que aprobamos el texto

La Declaración es valiosa porque aparece como proclamación “independiente”, ofrecida a todos los hombres, y no como capítulo de un esquema.

El origen de la libertad religiosa se sitúa muy bien en la vocación y en la conciencia de la persona; al mismo tiempo se afirma claramente que, por esta libertad, el hombre no se hace independiente respecto de Dios, con lo que se cautela absolutamente el peligro de subjetivismo e indiferentismo.

Se explica magníficamente por qué la práctica de la libertad religiosa ha de urgirse especialmente en la actual condición de la sociedad humana, como asimismo por qué tal libertad se reconoce no solamente a los individuos, sino también a los grupos religiosos, dentro de los límites fijados por Dios a la sociedad.

Aprobamos plenamente lo que se dice respecto de la incompetencia de las potestades civiles, en cuanto tales, para determinar las relaciones de los ciudadanos con el Creador y Salvador. Tal afirmación robustece el derecho de libertad de la Iglesia en aquellas regiones donde actualmente el Estado conculca, dolorosamente, tal libertad.

Nos agrada, finalmente, que en las notas añadidas al texto se indique suficientemente que la doctrina

propuesta es verdaderamente tradicional en la Iglesia, ciertamente como término actual de una prolongada evolución homogénea, tanto en la doctrina sobre la dignidad de la persona humana, como en la adaptación analógica de la solicitud pastoral a la condición de los tiempos.

II. Peculiar importancia de esta Declaración

Nos parece de máxima importancia que el Concilio formule esta proclamación de libertad religiosa. Ella tendrá gran significación, no sólo para los cristianos, sino para todos los hombres, tanto en el mundo entero como, en forma particular, en América Latina.

En el mundo entero contribuirá poderosamente, creemos, a disipar ciertas acusaciones que se hacen a los católicos de “oportunismo”, como si ellos tuvieran un doble principio de libertad religiosa, acomodado a su eventual condición de mayoría o minoría en la sociedad civil.

Una Declaración como ésta pone espléndidamente de relieve el carácter de la Iglesia como “Luz de las naciones” en esta nuestra edad “pluralista”.

En las Naciones Unidas se ha redactado este año un documento, que consta de un proemio y 14 artículos sobre los principios de la libertad religiosa; documento que refleja la opinión

pública de los hombres de nuestro tiempo y afirma precisamente que esta libertad es una de las conquistas anheladas por la sociedad democrática de hoy, teniendo como base el reconocimiento de la dignidad de la persona humana y admitiendo la incompetencia de las potestades civiles en la discriminación de la verdad religiosa, para individuos y comunidades.

En América Latina, la Declaración tendrá, a nuestro juicio, una especial significación para la evangelización misma. Las evoluciones modernas en el concepto de persona y bien común, y las peculiares dificultades surgidas en los pueblos latinoamericanos respecto de su fe tradicional, hacen necesaria una especie de re-cristianización. El tipo de hombre nuevo, del que hablara en esta misma Aula el Eminentísimo Cardenal Léger, exige, especialmente entre nosotros, un método adaptado de evangelización que considere mejor la evolución de la persona en una sociedad democrática.

Nuestros conciudadanos esperan esta Declaración conciliar.

Antes de que comencemos una acción ecuménica eficaz con nuestros hermanos cristianos; más aún, antes de que hablemos a tantos conciudadanos laicistas de una verdadera renovación de las estructuras civiles en una perspectiva cristiana, es absolutamente necesario engendrar certeza respecto de nuestro sincero reconocimiento y defensa de esta libertad fundamental.

III. Algunas consecuencias pastorales

Esta Declaración sobre libertad religiosa nos urgirá a una acción apostólica más pura, según la autenticidad del testimonio de la Resurrección de Cristo; distinguiendo mejor entre lo que es verdadera acción pastoral, y lo que no es sino **proselitismo**, según la afirmación del Esquema (página 32, líneas 39 y 40): “Evitando el proselitismo, en cuanto se vale de medios impropios y deshonestos”.

Todo cristiano lleva realmente en sí toda la misión de la Iglesia y debe entregar un testimonio de Cristo en sus acciones y en sus palabras.

Ahora bien, el proselitismo representa una corrupción de este testimonio; más que la conversión de la persona a Cristo, pretende el incremento de una institución religiosa, sin excluir la sugestión, el soborno, la intimidación, la presión física y moral, la utilidad material, etc.; más que el advenimiento del Reino de Dios, el proselitismo busca el triunfo de un grupo cristiano, considerado más bien en lo que tiene de “social” que en lo que tiene de “misterio”; no le interesa tanto la “calidad” de la conversión a la Fe, cuanto la “cantidad” de los que profesan una confesión religiosa.

Lejos de nosotros el pretender juzgar métodos de evangelización de épocas pasadas; hablamos solamente de las necesidades de nuestro tiempo, en su peculiar grado de evolución. Ni tampoco es nuestra intención, al condenar el proselitismo, excluir la actividad formalmente educadora que

en muchos casos, debe suplir el defecto de madurez de la persona.

Es, en suma, particularmente necesaria para nuestro Continente una declaración que ponga claramente de relieve la libertad religiosa y trace una distinción neta entre evangelización y proselitismo. Hay, en efecto, y desgraciadamente entre las comunidades cristianas no católicas, como también entre nuestras comunidades católicas, quienes trabajan a veces en la línea del proselitismo.

La Iglesia católica en nuestras regiones era, de hecho y por lo general, una sociedad ya orgánicamente establecida y, por así decirlo, en “estado de posesión”. Hoy día, la acción dinámica de algunos grupos protestantes, a partir de la segunda mitad del siglo pasado y especialmente en los últimos 30 años, a lo que se agrega la condición ideológica y religiosa del “pluralismo”, representa una grave perturbación a este “estado de posesión” de nuestra Iglesia.

En una crisis como ésta, fácilmente se puede caer en el proselitismo. La Declaración Conciliar contribuirá poderosamente a evitarlo y a instaurar una mejor acción pastoral.

Venerables Hermanos: en mérito de las razones expuestas, nuestro humilde parecer es que, si la Iglesia puede proclamar esta afirmación de libertad, es necesario que la proclame hoy.
He dicho.

Roma, 23 de septiembre de 1964.

Discurso en el Cristo Redentor

FRATERNIDAD AMERICANA

El 27 de febrero de 1965 se cumplían 60 años de la imagen del Cristo Redentor en la Cordillera de los Andes. Ante los Cancilleres, Señores, Valdés y Zavala, el Cardenal pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Hace 60 años, un grupo de personalidades de nuestros dos países se reunía en este lugar para inaugurar la estatua del Redentor, que se alza sobre este gigantesco pedestal de granito, levantada su cruz como imperecedero signo de fraternidad, paz y gracia en el marco imponderable y grandiosísimo de esta colosal cordillera que nos rodea y recoge. Y hoy día, antes de que terminemos este año jubilar, después de doce lustros de aquella fecha, accediendo a una delicada sugerencia vuestra, Excelentísimo Sr. Cardenal de Buenos Aires, los hombres de una nueva generación de estas dos naciones nos hemos querido congregarnos otra vez ante el Cristo de Los Andes, divino vigía de nuestros pueblos, para reavivar los sentimientos de nuestros padres, para renovar los votos que generosos pechos

formularon y para contemplar nuevamente desde esta maravillosa altura del tiempo y del espacio, el espectáculo de nuestros dos países, la historia gloriosa de sus éxitos y el pasado no menos aleccionador de sus tragedias y de sus grandes dolores.

El lugar que hemos escogido, señores, nos invita a la reflexión y nos impulsa a la oración: altar hecho de crestas nevadas, de cimas que se elevan hacia el cielo, recortado por profundas hondonadas, arrullado por sus torrentes rumorosos, cubierto con el níveo mantel de sus eternas nieves y enrojecido con la sangre de todos los mártires que en estas aras benditas inmolaron sus vidas por la causa de la ciencia y del progreso, el bienestar y la libertad de nuestras patrias. Y en este lugar, la fe de nuestros mayores alzó la imagen del Señor. Nunca ha habido catedral más hermosa ni templo más adecuado para custodiar el tesoro invicto de fe y amor que este simulacro representa.

Nunca ha habido peanas más dignas para elevar la Cruz de Cristo, la Cruz que con sus brazos abiertos recuerda a todos los hombres y a todos los tiempos, que un inmenso perdón ha descendido del cielo, que el amor se ha encarnado y ha venido a transformar la humanidad en una gran familia, nos ha hecho hijos del mismo Padre y nos ha despertado alborozados con la Buena Nueva que viene a colmar los más profundos y nobles anhelos del corazón humano: que todos seamos hermanos.

Si recordáramos la historia de este monumento y evocáramos los hechos que sucedieron antes de su erección, que la explican, y evocáramos las vicisitudes de nuestra historia hace 60 años, pasarían de nuevo ante nuestras mentes las ansiedades y las contradicciones, los temores y los odios, las desconfianzas y los antagonismos, todo lo que llevó a nuestros pueblos al borde del conflicto. Pero justamente evocaríamos la figura de los grandes hombres de la Iglesia y de gobierno de nuestros países, que tuvieron en ese momento la noble intuición, que supieron interpretar los más bellos ideales que latían vigorosos en los pechos de nuestros pueblos, y eran la expresión de su glorioso pasado y la concreción del anhelo profundo de su cristiano sentir. Nuestros antecesores, queridos amigos, creyeron que no les era permitido el borrar la página más bella de nuestra común historia, y que valía inmensamente más el conservar el vínculo de fraternidad de nuestros pueblos, sellado por la sangre de nuestros héroes, que imponer por la violencia un discutido derecho. Por eso, porque este proceder hubiera roto el lazo que nos unía, y porque, de hermanos, nos hubiéramos convertidos en enemigos, aquellos hombres patriotas quisieron conservar para sus hijos el bien inestimable de esta hermandad de pueblos que ellos intuían que sería inmensamente más beneficiosa para las generaciones que habían de venir, que los territorios que se discutían, por grandes y ricos que ellos fueran.

Un inmenso continente yace a nuestros pies, y es el momento de comprender y de sentir realmente que éste debe ser un continente de países hermanos. La historia, desgraciadamente, lo ha manchado aquí y acullá de sangre, y estas guerras fratricidas han cerrado herméticamente las fronteras y cavado trincheras de rencor y de desconfianza, pero desde lo alto, y a la sombra de esta Cruz Redentora, todo esto nos parece pequeño y mezquino. ¿No es inmensamente más lo que nos une que lo que nos separa? ¿Qué sentido pueden tener nuestras competencias y nuestros resquemores?

Somos los retoños del mismo añoso y fecundo tronco hispánico, y la misma brisa de libertad nos hizo nacer a la vida independiente. Nos une una idéntica Fe, nos une el lenguaje, nos une la cultura, nos unen los mismos urgentes problemas y la misma decisión de superarlos. Hace menos de 150 años, estas montañas vieron pasar a dos grandes hombres de nuestras tierras. Juntos emprendían la grande y riesgosa aventura de consolidar la libertad de sus patrias y de América. Con ellos, siguiendo sus ejemplos y arrastrados por nobles ideales, iban los miles de héroes desconocidos, que constituían el grueso de sus ejércitos y que pertenecían a este generoso pueblo de nuestros países, y sobre cuyo sacrificio siempre se edifican las grandes proezas de las vidas de nuestras naciones. ¿Qué movía a aquellos hombres? ¿Qué los impulsaba a arriesgar todo cuanto tenían y a exponer sus vidas en esta

empresa? Si recorremos nuestra historia, ésa que tejieron juntos nuestros dos pueblos unidos en el amor y en la esperanza, encontraremos la respuesta a la pregunta que nos hemos formulado y conoceremos algo del ideal hermoso que forjaron nuestros héroes.

Fue el amor a la libertad de esos pueblos; fue la esperanza de su grandeza; fue el deseo de abrir la senda del progreso y el bienestar, la cultura y el desarrollo para sus patrias y para América, la estrella luminosa, el ideal que inspiró a aquellos hombres, que les impulsó a la hermosa y loca aventura que escribieron en las páginas de la historia del Ejército y de la Escuadra Libertadora. Respetuosos, señores, ante la evocación del pasado, sintiendo junto a nosotros el alma de nuestros héroes, preguntémonos hoy, en este magnífico escenario que ellos conocieron, y donde se balbucearon las primeras palabras y se dieron los primeros y titubeantes pasos de la libertad del cono sur de nuestra América, preguntémonos cómo hemos realizado el sueño de nuestros próceres. Preguntémonos si en realidad hemos mantenido siempre los mismos ideales, si hemos sabido cumplir lo que ellos se propusieron y nos dejaron como herencia.

Grandes, muy grandes y bellas han sido las realizaciones logradas y el progreso alcanzado en estos 150 años de vida soberana, pero ¿no es mucho todavía lo que falta por hacer? ¿No hay en nuestra América muchísimos de nuestros

hermanos, demasiados quizás, que aún no son libres y que no gozan de aquel mínimo bienestar que es indispensable para el desarrollo de la personalidad humana? La hora de la cultura ¿ha sonado para todos? El progreso y la justicia ¿son el patrimonio común de nuestros pueblos?

Señores, si no en vano se derramó la sangre generosa de los que nos dieron patria y los sacrificios no fueron estériles, si los grandes amores no se han marchitado entre nosotros, sin ánimos mezquinos y pesimistas, sin ponernos a lamentar inútilmente los males pasados, tomemos en nuestras manos los pendones que ellos nos entregaron y hagamos realidad el sueño de los libertadores de América.

Sin egoísmo individual, sin egoísmo colectivo, porque la mezquindad de los individuos y la mezquindad de los estados son las causas de nuestro subdesarrollo y de nuestras grandes miserias, hoy queremos reafirmar, como lo hicieron nuestros mayores hace 60 años, el ideal de convivencia fraterna, de integración americana, de justicia y de paz sociales que el Cristo personifica y enseña. Queremos manifestar al que reina sobre las nubes, a Cristo, que es nuestro, a Él, que es fuente de toda justicia, que estamos dispuestos a trabajar y a dar lo mejor de nuestras vidas para que los pueblos hermanos de nuestra América, olvidando viejas rencillas y dejando de lado pequeños intereses, lleguen a la unión continental y fundamenten su grandeza en

la gigantesca y creadora unión de esfuerzos y trabajos, bajo la sombra protectora de la Cruz de Cristo.

Y porque el Cristo Redentor está vivo en su Iglesia y ha prometido acompañarnos siempre en nuestra peregrinación terrena, quiero citar las palabras del vicario suyo, del santo y recordado Papa Juan, que en su encíclica *Mater et Magistra* nos habla el lenguaje del Maestro y nos explica su doctrina: “Los problemas humanos de alguna importancia, sea cualquiera su contenido científico, técnico, económico, social, político o cultural, presentan hoy dimensiones supranacionales y muchas veces mundiales. Así como las comunidades políticas, separadamente y con solas sus fuerzas, ya no tienen posibilidades de resolver adecuadamente sus mayores problemas en el ámbito propio, aunque se trate de comunidades que sobresalen por el elevado grado de difusión de su cultura, por el número de actividades de sus ciudadanos, por la eficiencia de su sistema económico, por la extensión y suficiencia de sus territorios, las comunidades políticas se condicionan mutuamente y se puede afirmar que cada una logra su propio desarrollo contribuyendo al desarrollo de las demás, por lo cual se imponen la inteligencia y la colaboración mutuas”.

Y en su encíclica *Pacem in Terris* vuelve a recordar “que las diversas comunidades nacionales, al procurar sus propios intereses, no sólo han de evitar el perjudicarse unas a otras, sino que deben

unir sus propósitos y esfuerzos, siempre que su acción aislada no baste para conseguir sus fines apetecidos, y han de poner en esto sumo cuidado, a fin de que lo ventajoso para ciertas regiones, a otras no les acarree más desventajas que utilidades”.

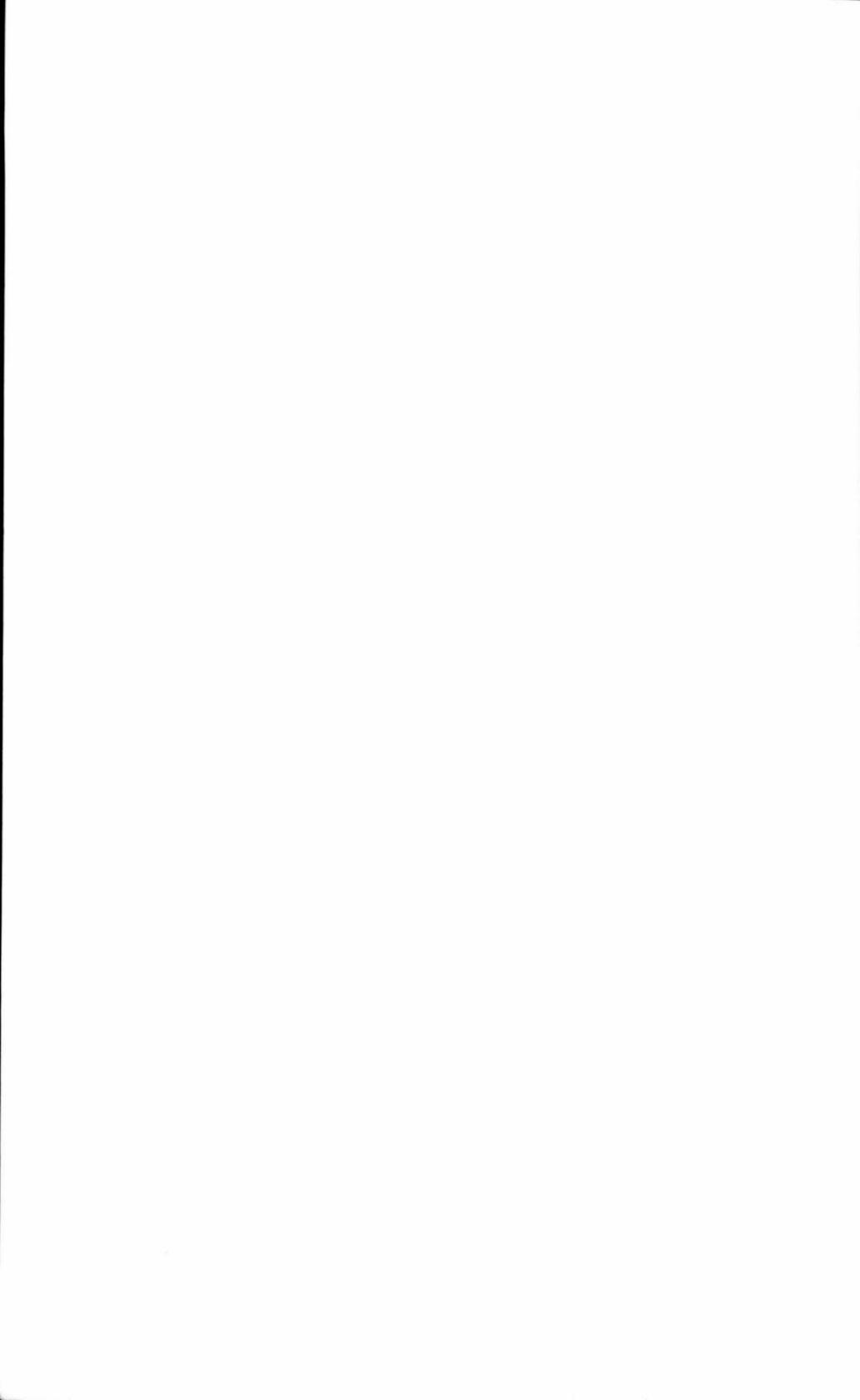
Nos enfrentamos a un renacimiento del valor de la coexistencia universal. Hay un renacer del sentimiento de interdependencia mutua de las naciones. Hay una aspiración creciente a la comunicación y entendimiento de los pueblos. Esta toma de conciencia ha hecho posible la existencia de instituciones internacionales que parecían imposibles el día de ayer. Pueblos que hasta ayer eran antagónicos, se encaminan juntos, hoy, hacia la construcción de la comunidad europea. Estamos frente a grandes bloques internacionales. La moral católica e internacional nos impele a formar una organización internacional de nuestros Estados, superando concepciones egoístas que nos pueden llevar a falsos y perniciosos nacionalismos.

Hermanos: las montañas que nos rodean son un puro testimonio de la grandeza de nuestra América. Creemos que ha llegado la hora de superar miopías y egoísmos.

Me parece que tenemos una misión histórica que cumplir. Debemos aportar nuestro propio modo de ser al mundo al que pertenecemos. Debemos hacer posible que un alma americana, vigorosa y

auténtica, se haga presente en el concierto de las naciones. Debemos hacer de nuestra América algo grande y hermoso: un continente respetado y respetable. Por ese hermoso ideal debemos luchar y debemos vencer, pero sólo lo lograremos uniéndonos, tomando conciencia de nuestra hermandad, aprendiendo la lección de concordia y de paz que nos entrega esta hermosa imagen desde hace 60 años; paz que no es sólo una tranquilidad en el orden, sino que es también el fruto de la laboriosa gestación de la integración americana. Con emoción, repito con Monseñor Ramón Angel Jara: “Mane nobiscum domine, como rey que vigila sus dominios, ¡quedaos aquí, Señor, tendiendo vuestras miradas de amor sobre la América entera! Que ninguna de sus naciones se escape al calor de vuestras bondades, a fin de poder entonar con ellos, en día no lejano, y al pie de este mismo trono, el himno suspirado de la fraternidad americana”.

Cristo Redentor, 27 de febrero de 1965.



Conferencia a la Comunidad Judía

LOS DERECHOS HUMANOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El 29 de julio de 1965, el Cardenal Silva Henríquez fue invitado por la Comunidad Judía de Santiago a hablar sobre los Derechos Humanos, en una de las Sinagogas de la ciudad. El hecho era inusitado y por eso despertó admiración.

Queridos amigos:

Un grupo de vosotros ha tenido la amabilidad de invitarme a dirigir la palabra a la Comunidad Judía de Santiago, cortesía que agradezco profundamente.

A alguien podría parecerle raro que el Cardenal Arzobispo de Santiago haya accedido gustoso a esta invitación y esté dispuesto a dirigir la palabra a una Comunidad no cristiana sobre un tema religioso, que tiene profundas incidencias en la vida actual de la Humanidad: respeto a la persona humana en el Antiguo Testamento.

Para comprender mejor esta actitud mía, hay que recordar el pensamiento de la Iglesia Católica en esta hora del Concilio, pensamiento de amplia comprensión de todos los valores humanos, pues todos los hombres tienen lazos de unión con el Pueblo de Dios y en primer lugar, por cierto, aquel pueblo a quien se confiaron las alianzas y las promesas y del que nació Cristo según la carne; pueblo según la elección, amadísimo, a causa de sus Padres, porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables (Rom. 11-28-29).

Además, pensamos que en nuestro tiempo el género humano está cada día más unificado; vemos con inmenso agrado el designio divino de hacer que todos los pueblos formen una sola comunidad, ya que, para nosotros, todos los hombres tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano en la Tierra; y tienen el mismo fin último: Dios, cuya providencia, testimonios de bondad y deseos de salvación se extienden a todos los hombres.

No podemos pues invocar a Dios, Padre de todos, si renunciamos a conducirnos fraternalmente hacia todos los hombres creados a imagen de Dios. La relación del hombre con Dios Padre y la relación del hombre con sus hermanos están tan ligadas, que el que no ama, no conoce a Dios (1 Juan IV 4,8-11 ; Juan 15,12; Luc. 10,25-26).

No hay pues ninguna base para cualquier teoría o comportamiento que introduzca una

discriminación entre hombre y hombre, entre raza y raza, con respecto a la dignidad humana y a los derechos que de ella se desprenden.

Es pues necesario que todos los hombres y, sobre todo, los cristianos nos abstengamos de toda discriminación o de todo vejamen a causa de la raza de cualquier hombre, de su color, su condición o su religión. Por el contrario, debemos seguir el camino de los apóstoles Pedro y Pablo, quienes conjuraron ardientemente a los fieles de Cristo a mantener buenas relaciones con todos los hombres (1 Pedro 2, 11-12) y si es posible a vivir en paz con todos (Rom. 12,18), para ser verdaderamente hijos del Padre que está en los cielos (Mt. 5, 44).

Nuestro tema, que es un tema religioso, está basado en el Libro Santo, que nos es común con Israel: La Sagrada Biblia.

Para nosotros estas páginas sagradas contienen el Mensaje que Dios dirige al hombre; a través de ellas nosotros conocemos al Señor y tomamos contacto con sus designios divinos. Ellas nos narran el divino drama del amor de Dios al hombre y nos señalan el plan divino sobre el pueblo escogido y la humanidad entera; el plan que siempre se encuentra en permanente ejecución. Es, pues, para nosotros la palabra divina que ha sacado a los hombres de la nada y que nos señala el camino de cooperar en la creación, para realizar junto con Dios el

maravilloso plan de la plenitud de vida, a la cual estamos llamados.

Es palabra divina; pero también es palabra humana, que se ha dicho por medio de hombres y para los hombres: tiene, pues, junto con la grandeza de lo divino, todas las limitaciones humanas de los hombres que la han vivido.

Nos parece notar a través de esta mezcla extraña y hermosa, toda la delicadeza del corazón de Dios que respeta al hombre hasta en sus limitaciones, que toma su lenguaje para hacerse entender de él, sin temor de disminuir su dignidad, su ciencia o su poder, porque balbucea con sus hijos la palabra que para ellos es inteligible.

Podríamos compendiar nuestras sencillas reflexiones en este breve esquema:

- 1° Creación del hombre.
- 2° Diálogo entre Dios y el hombre.
- 3° Consecuencia de este diálogo; esto es, convivencia y diálogo de los hombres entre sí.

1° Creación del Hombre

Entre las grandes obras del genio, hay una figura inmortal, una estatua "que habla", una de las más bellas salidas de la mano del hombre; para verla, artistas y peregrinos hacen un viaje especial: es la del legislador de Israel, el Moisés de Miguel

Ángel. Tiene la expresión del visionario del futuro, la serenidad del dominio que viene de una vocación divina, expresión personificada de ley, dulcificada por una barba majestuosa como un río de paternidad, ojos chispeantes de intérprete de los divinos pensamientos, frente iluminada por cuernos de luz, vestigio de sus coloquios con Dios en las alturas; está sentado en un trono de justicia y sostiene unas tablas lapidarias, con frases cortas, que gobernarán la moral del mundo entero. ¡Estatua del gran libertador de un pueblo escogido, símbolo de la libertad y dignidad de la persona humana!

Ese hombre extraordinario, inspirado por Dios, abrió, por decirlo así, la portada y las primeras páginas del libro de los libros, con el relato de la creación del mundo y del hombre. Sin pretender entrar en las difíciles cuestiones críticas de la formación literaria de los primeros cinco libros de la Biblia, lo que nos apartaría de nuestro tema, sabemos por el contenido mismo de la narración bíblica que el o los hagiógrafos inspirados, recogieron lo mejor de la tradición patriarcal viva y de los antiquísimos documentos de la primera cultura humana, para vaciarlos, guiados por el espíritu del Señor, en la historia bíblica. Tanto la tradición judía como la cristiana están concordes en atribuir a Moisés una labor preponderante en la inspirada composición de tan magna obra.

En las primeras líneas de Bereshit (Gen. 1, 1), el autor sagrado describe el hecho divino de la

creación. Lo hace usando una alegoría por la que aplica al hacedor de todas las cosas, al obrero divino, por así decir, la semana del trabajo humano y el día sagrado que le debe dar coronamiento. El resultado es un relato que los niños y los iletrados entenderán y que admirarán los sabios por su inimitable sencillez y sabiduría.

Esos primeros versos de la Tora mosaica de nuestra común Biblia, no pretenden ser una descripción científica del origen del cosmos. Por eso, ella no teme ningún descubrimiento que la ciencia haga para explicarlo; antes bien, alienta toda investigación que nos lleve a conocer mejor la manera cómo el Señor creó todas las cosas, las leyes misteriosas con que hizo presidir su desarrollo y la propagación de la vida: será entonces más justificada la alabanza que sus páginas hacen de la sabiduría y comprenderemos mejor también como “los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19, 1).

A la religión, en cambio, interesa establecer sólida y claramente estos principios fundamentales: que todo fue creado de la nada, por las manos omnipotentes de Elohim, nuestro Dios y Señor; que esta Creación fue sabia y ordenada, sometida a leyes admirables, inherentes a la materia y a la vida y que en este mundo coronó su acción creadora con una obra maestra, el hombre, compuesto de la materia antes formada, y animado no sólo por una vida vegetativa, ni

simplemente por una vida animal, sino por un alma, un espíritu inmortal e inteligente, chispa divina creada por una acción especialísima, después de la cual, el que no puede cansarse, descansó, esto es, dejó de crear para enseñar al hombre, que a su vez debía volverse por entero a Dios, dirigir los afanes de todos sus días de trabajo al Shabat, al descanso en Dios, al estudio y contemplación de las cosas divinas, a la alabanza del Altísimo, a la única ciencia necesaria: conocer y amar al Señor, servirlo y adorarlo.

El relato bíblico logra admirablemente esta finalidad. Por eso, realza la obra cumbre del Señor, la dignidad de la criatura humana. Dios ha inspirado a la materia su propio aliento, *néfesh*, un principio de vida superior que la anima, *neshamá*, algo que imita la inteligencia y la espiritualidad de Dios, *ruáj*.

La creación del hombre es fruto de un consejo divino; él será una imagen viva de Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gn. 1,26). Y esta imagen es tanto más noble y esclarecida cuanto más alto y sublime es el modelo que reproduce, y no hay ningún libro humano que nos dé una idea más alta, una noción más pura de Dios, de su grandeza, de sus atributos, como la Santa Biblia.

Para conocer los atributos divinos, no necesitamos estudiar a los filósofos: nos basta rezar los Salmos de David.

El pueblo de Israel fue, pues, privilegiado en este conocimiento de Dios y de las cosas divinas. Y la historia y la experiencia enseñan que cuanto más alta es la idea de un pueblo sobre la dignidad, grandeza y atributos de Dios, tanto más alta es la idea que tienen también de la dignidad y grandeza de la persona humana, la obra por excelencia de la bondad y sabiduría divinas.

Dios creó a los ángeles, ministros suyos, y ejecutores de sus órdenes en el gobierno del mundo. Continuamente se habla de ellos en la Biblia; pertenecen a un misterioso reino supramundano, son espíritus puros, superiores a nosotros; pero en este mundo en que vivimos, es el hombre la criatura predilecta de Dios. Los mismos ángeles cuidarán de él, según aquello del Salmo 91: “Encargaré a sus ángeles tu guarda, para que te custodien en todos los caminos”.

Y aun, en atrevida frase, el salmista dirá: “Lo hiciste poco menos que un dios” (Sal. 8, 6), de “honor y majestad le coronaste; le diste señorío, sobre todas las obras de tus manos” (vv. 6 y 7).

¿Por qué tanto honor y tanta gloria para una criatura en sí débil? Por su alto destino: en su infinita condescendencia Dios quiso que el hombre no sólo fuera el rey de la creación, sino que fuera su hijo predilecto: “Yo le dije: dioses sois e hijos todos del Altísimo” (Sal. 82, 6). Así cantó Asaf de los jueces de su pueblo; y por boca de Moisés, Dios mandó decir al Faraón: “Israel es

mi hijo, mi primogénito. Yo te mando que dejes a mi hijo en libertad de ir a servirme ..." (Ex 4, 22-23).

2° Diálogo entre Dios y el Hombre

Con Adán, su hijo amado; con los patriarcas Abel, Seth, Enosh, Noé; con Abraham, Isaac (Israel en persona), mantuvo el Señor un diálogo paternal, una sociedad y un pacto, que renovó solemnemente con su pueblo por medio de Moisés al pie del Sinaí, y, a través de los siglos, continuó esa conversación por los profetas, portavoces de Dios ante sus hermanos.

La importancia primordial de este hecho debe ser subrayada. "Un filósofo judío contemporáneo —escribe Louis Bouyer— nos ayuda particularmente a comprenderlo. Es Martín Buber, cuyo pensamiento está alimentado por la tradición espiritual de los Jasidim. Este gran teólogo y filósofo israelita "observa, efectivamente, que una persona no llega a ser realmente para nosotros una persona sino en la palabra, en el diálogo. Alguien a quien no se ha hablado jamás, alguien, sobre todo, que jamás os ha hablado, no os representará jamás en toda verdad una persona. Un "él", de quien se habla, pero no nos habla y a quien no hablamos, de hecho no es para nosotros alguien, sino solamente algo, aunque nos esforcemos en pensar de otra manera, aunque sepamos, abstractamente, que "él" existe como nosotros, personalmente. Tan sólo el "tú" a quien

he hablado es para mí alguien, y agregaríamos, es el “tú” que me ha hablado, quien llega a serlo efectivamente.

“Dios, el Dios de Israel, el Dios de la Biblia, el Dios de Jesucristo, es precisamente este Dios, el único, el que puede ser para nosotros no un “él”, que permanece en el fondo impersonal, sino un “tú”, es decir, alguien simplemente. Y en este “tú”, ante todo, porque Él mismo se ha manifestado a nosotros, como el “yo” por excelencia: el que no ha esperado que nosotros nos anticipáramos para encontrarnos, sino que ha tomado la iniciativa del diálogo entre Él y nosotros.

“De esta manera se ha impuesto a nosotros como la PERSONALIDAD por excelencia, al mismo tiempo que ha despertado en nosotros la conciencia de una personalidad no simplemente embrionaria, sino de una personalidad verdaderamente consciente, verdaderamente dueña de sí misma. Y no somos tales y no podemos serlo encerrándonos con egoísmo en nosotros mismos. Por el contrario, no lo somos sino en este diálogo en que el “yo” divino nos eleva a la categoría de interlocutores, como el “tú”, que sólo llegará a ser verdaderamente “yo”, a su vez, cuando tome conciencia de ese llamado para responderlo” (L. Bouyer, Introduction a la vie spirituelle. Desclée 1960, Págs. 10-11) Hasta aquí Bouyer, calcando las bellas ideas del filósofo judío.

El pueblo de la Alianza y de la Promesa conservó el tesoro precioso de la conversación de Dios con los hombres de la primera edad, en sus libros santos, que son también un tesoro para nosotros los cristianos.

Las vicisitudes de la historia de Israel, sus instituciones, sus leyes, sus triunfos, sus humillaciones, sus debilidades y sus expiaciones, sus héroes y sus heroínas, son otros tantos capítulos de la historia de la salvación humana, otros tantos momentos de la divina revelación y, en consecuencia, otras tantas afirmaciones de la grandeza de la vocación del hombre, de sus deberes ante su Padre del cielo y de sus derechos y responsabilidades ante sus hermanos.

3° Consecuencias del diálogo con Dios

Acabamos de enunciarlas en sus grandes líneas. Pero vayamos a algunas determinaciones concretas.

Y, ante todo, debemos fijar nuestra atención en el Decálogo. Constituye el Decálogo la carta fundamental de los derechos y obligaciones de la persona humana. No hay compendio de moral comparable a estas diez breves sentencias, dadas a Moisés en el Sinaí por Dios mismo. Siete preceptos de esos diez constituyen la base del respeto al hombre en el mundo entero.

Los doctores de Israel resumían el Decálogo en dos puntos: "Amarás a tu Dios. Amarás a tu

prójimo”. Allí se establecen los derechos básicos de Dios, creador y padre de los hombres y fuente de todo derecho, pues sólo de la afirmación del soberano derecho divino pueden dimanar los derechos personales y sociales del hombre, miembro de la familia divina, hermano de los demás hijos del mismo Padre de los cielos.

De allí el derecho de los padres al respeto y obediencia de los hijos, ya que representan en la Tierra la autoridad del único Padre soberano, de allí las obligaciones de éstos frente a los que engendraron, dándoles una vida que Dios les encargó de transmitir.

De ahí el respeto a los demás hombres, verdaderos hermanos, cualquiera sea su color o raza y de todos los hombres entre sí, en sus inalienables derechos a la vida, a la libertad, a la integridad física y bien moral, a la sinceridad del trato mutuo en sus relaciones externas y hasta en sus íntimos pensamientos y sentimientos.

Este Decálogo, que codifica y sintetiza la ley natural, lo recibió, como ya recordáramos, el pueblo de Israel en lápidas inmortales que no pudieron ser olvidadas, por medio del hombre que bajó de la montaña, con cuernos de luz, señal de su coloquio con el Altísimo, que antes había grabado sus mandatos en el corazón vivo del hombre salido de sus manos.

He aquí la carta magna de los derechos de la persona humana, del respeto a la personalidad inviolable de los hijos de Dios.

Las instituciones del pueblo de Dios, a través de toda la duración histórica del Antiguo Testamento, por lo mismo que se afirman en sus recomendaciones y enseñanzas, muestran con gran ventaja sobre muchos otros pueblos, una superior condición moral y humana; así en la era feliz que llamamos patriarcal, como en la de sus jueces y hasta en la de sus reyes. Y con razón, porque ¡cuán sabias y cuán humanas, en medio de la dura condición de la humanidad y de los pueblos de aquellos tiempos, eran las leyes que el Señor dictaba o recomendaba a su pueblo!

Sería imposible aun siquiera enumerar su minucioso y amplísimo contenido: leyes que reglamentaban el culto del Señor; leyes que protegían la institución del matrimonio y la dignidad de la mujer; leyes que bendecían y defendían la fecundidad de la vida; leyes que defendían el derecho inviolable de la vida y de la integridad corporal; leyes que defendían y protegían a los pobres, al extranjero, al inválido; leyes que humanizaban la situación universalmente dura de los esclavos. En efecto: una serie de prescripciones (Ex 21,1-11), suavizaban la esclavitud o libraban de ella; ningún pueblo todavía como el israelita abría paso a la civilización, prescribiendo la libertad del esclavo al término de seis años, en el séptimo.

¿Y cómo no oír estas palabras del Levítico? (19, 32-34): “Alzate ante una cabeza blanca y honra a tu Dios. Yo, Yahvé. Si viene un extranjero para

habitar en vuestra tierra, no le oprimas; trata al extranjero que habita en medio de vosotros como al nativo de entre vosotros; ámale como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. Yo, Yahvé, vuestro Dios”.

En esa tierra valía más la modestia y la piedad de la mujer que su belleza, la sabiduría más que el oro, el amor de Dios más que todos los tesoros del mundo y el temor de Dios era el fundamento de la sapiencia.

Hoy se habla mucho del derecho de propiedad como necesario e inherente al desarrollo de la persona humana y de la justicia social, como imprescindible para el progreso y la paz de los pueblos. Tendríamos que citar todos y cada uno de los libros santos del Antiguo Testamento y escribir un verdadero tratado sobre la materia, si quisiéramos exponer su humana y admirable legislación y doctrina relacionada con tal tema. Allí se defienden los derechos de los pobres, la justicia de los contratos, la ecuanimidad de los precios y medidas, el derecho familiar a la tierra y sus frutos; se condena la avaricia y el egoísmo; se aseguran, al pobre urgido por deudas, el perdón de ellas y la recuperación de lo que por miseria debió vender; se condenan el latifundio y la prepotencia.

¡Qué oportunas resuenan en todas las épocas de la historia humana estas palabras de Isaías: “Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan

campos y campos hasta acabar al término siendo los únicos propietarios en medio de la Tierra” (Is 5, 8).

Señores:

El que lee y medita las páginas del Libro de los Libros se acercará a otro hombre y verá en él, aunque oculto bajo harapos, aunque inmaduro como el niño, aunque encorvado como una anciana viuda, a un hermano suyo, a un heredero de la casa del Padre de los cielos, a un ser dotado de alma inmortal, a una imagen y semejanza de Dios, a quien debe respetar y amar como a sí mismo. ¿Hay algo más grande?

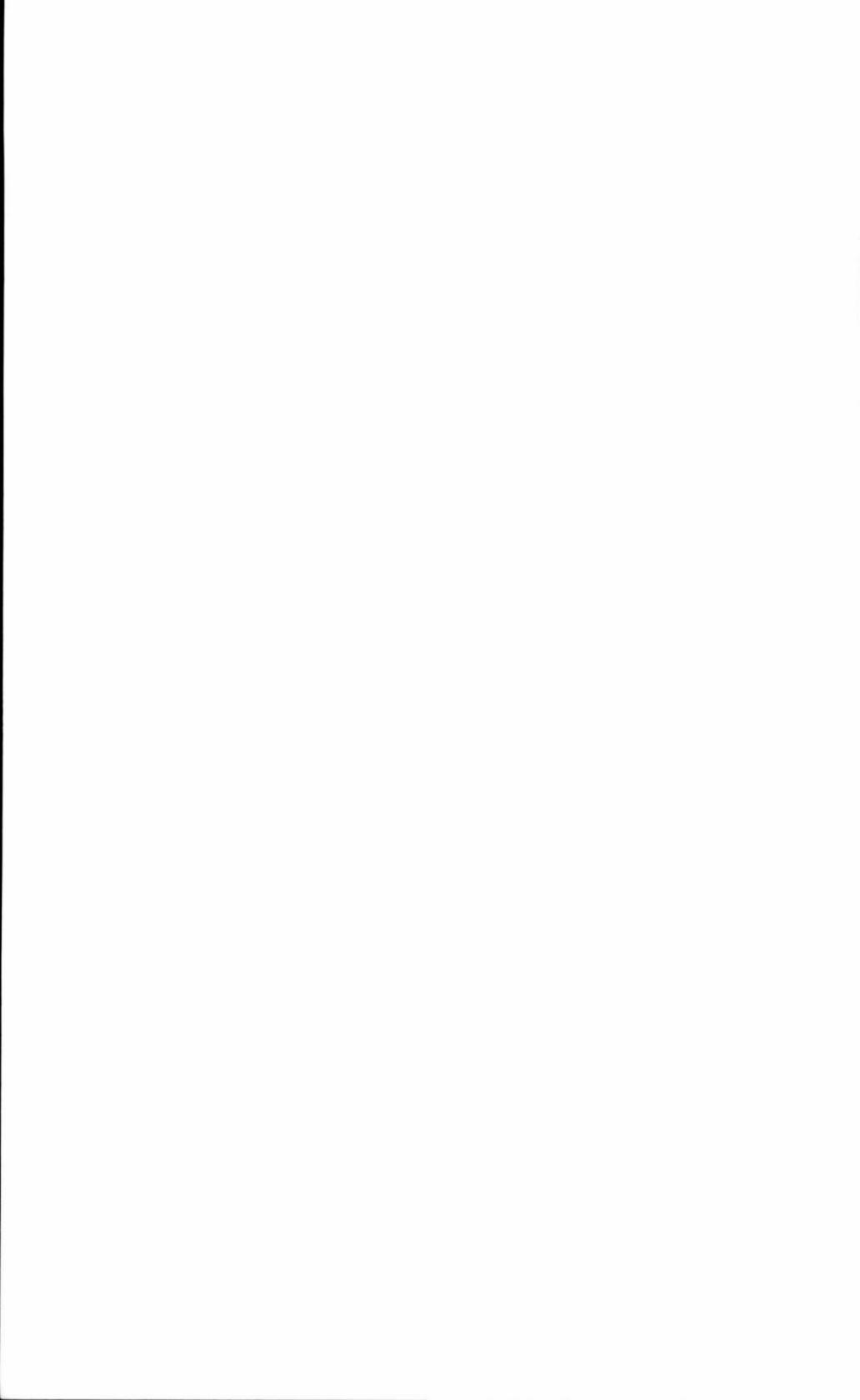
En los inescrutables designios de Dios sobre Israel, vosotros continuáis dándole un testimonio de sacrificio, de martirio, de amor a la libertad, de defensa de los derechos de la persona humana y de la dignidad del hombre.

Los tiempos son y han sido difíciles y trágicos.

Pero Yahvé no se ha olvidado de su Pueblo y una aurora de esperanza, de paz y libertad, de fraternidad y amor, ha de brillar también con todo su esplendor para Israel.

Lo deseamos de todo corazón.

Santiago, 29 de julio de 1965.



Entrevista de la Revista Ercilla
al Cardenal Silva

TIEMPOS DE CAMBIO.

**Cuestionario de la Srta . Erica Vexler,
Subdirectora de la Revista ERCILLA,
el 3 de marzo de 1966.**

1. Hace algunos años, la Iglesia chilena, a través de la persona de su Eminencia, inició una Reforma Agraria en tierras de su propiedad convirtiéndose con ello en la Iglesia pionera del Continente en materia de reformas sociales. La Iglesia chilena sigue conservando esta imagen dentro y fuera de Chile.

¿Significa esto que la Iglesia Católica piensa en una Reforma Agraria profunda, como una consecuencia fundada en su visión del orden social que desea y en la función social que la propiedad debe cumplir en él?

- Primeramente quiero aclarar que no fui yo, sino el Obispo de Talca, Don Manuel Larraín, quién se adelantó. La Iglesia sigue pensando del mismo modo. Ese mismo es el pensamiento del Papa Paulo VI, quien en su alocución a los Obispos de

América Latina, el 23 de Noviembre pasado, nos decía que le era grato recordar "que algunos episcopado, alentados y autorizados por la Sede Apostólica, hayan puesto a disposición de sus fieles más necesitados las propiedades de la Iglesia para una reforma agraria". Esto mismo es lo que aprobó el Concilio en el documento sobre "La Iglesia en el mundo de hoy".

Primeramente hace un diagnóstico de la situación y nos dice en el párrafo 65: "En muchas regiones económicamente menos desarrolladas hay grandes propiedades rurales cultivadas mediocrementemente o sin ningún cultivo, mientras la mayor parte de la población o carece totalmente de tierras o posee solamente pequeños minifundios; y por otra parte, el aumento del cultivo de los campos aparece como de suma urgencia. Con frecuencia los obreros contratados para el trabajo de los campos, o los que cultivan una parte de arriendo, reciben un salario o un beneficio indigno del hombre, están privados de vivienda decente y aún se ven explotados por los intermediarios..." El mismo documento nos indica la solución al decir: "Según las diferentes circunstancias, son necesarias las reformas: para que aumenten las ganancias, se cambien las condiciones de trabajo, se creen estímulos para trabajar espontáneamente; más aún, para que se distribuyan las propiedades rurales no suficientemente cultivadas entre aquellos que puedan convertirlas en tierras feraces. En este caso hay que procurar los elementos y medios

necesarios, principalmente ayudando a la educación y creando posibilidades de una justa ordenación cooperativa. Siempre que el bien común exija la expropiación de la propiedad, hay que calcular una compensación equitativa, sopesando todas las circunstancias.”

2. ¿Cree usted que el proyecto de Reforma Agraria que ha propuesto el Ejecutivo al Parlamento, está inspirado en una doctrina similar, diferente u opuesta al cristianismo social?

- No nos toca juzgar los aspectos técnicos que tiene el proyecto. Creo que coincide en sus grandes líneas con lo que pide la doctrina social de la Iglesia. He oído que se critican algunos aspectos, que al parecer estarían de acuerdo con los principios de equidad que exige el bien común. Algunos párrafos tal vez por poca claridad —pueden interpretarse como de revanchismo. Esto está fuera de lo que el espíritu social de la Iglesia— afirma. El bien común puede exigir sacrificios, e incluso dictaminar medidas con efecto retroactivo, pero no con carácter punitivo desproporcionado. Tal podría ser el caso en el que se castiga llegando a privar a un agricultor de toda opción a una parte de su tierra. Nos parece, que de acuerdo con los principios cristianos, debería evitarse todo estatismo, fomentándose más bien la iniciativa privada. El estado ciertamente puede intervenir: pero sólo en forma subsidiaria. Que estimule; pero que no absorba. Para evitar

equivocos, debe definir, precisar en la medida de lo posible, lo que se piensa hacer. Debe ayudar a que el campesino se autorrealice; por ejemplo, en la formación de sus organizaciones cooperativas, sólo interviniendo en forma subsidiaria.

3. ¿Cree usted que puede imponerse una justicia social integral en Chile, sin que se realice una Reforma Agraria integral? En caso afirmativo: ¿Por qué? En caso negativo ¿Por qué?

- Nuevamente no quiero discutir el aspecto técnico de lo que es una reforma integral. Tal como lo han dicho los Obispos chilenos en la pastoral sobre los deberes sociales y políticos, la justicia debe llegar a todos. La reforma agraria es indispensable; no habrá justicia para todos sin una reforma agraria justa. El documento conciliar mencionado anteriormente nos recuerda esa necesidad de integrar a todos los campesinos a la vida de la nación, al decir: que ellos...” careciendo de toda seguridad, viven en tal servidumbre personal, que casi se les ha despojado de toda responsabilidad, y les está vedada toda promoción en la cultura humana y toda participación en la vida social y política...”

4. En Julio de 1961, usted declaró a Ercilla: “O evolucionamos rápidamente o nos enfrentamos a una catástrofe social”. ¿Sigue usted opinando igual que entonces? En caso afirmativo, ¿qué entiende usted

hoy por evolución y que por catástrofe social? En caso negativo, ¿por qué?

- Sigo pensando del mismo modo. Sin evolución rápida, podemos enfrentarnos a una catástrofe social. Entiendo por evolución rápida, aquella que es global y que puede hacer frente a la necesidad que tiene América Latina. El Santo Padre, en la alocución a los Obispos de América Latina que hemos mencionado, nos presenta una "sociedad en evolución sujeta a cambios rápidos y profundos, provenientes del crecimiento demográfico... de la inserción cada vez más rápida de las poblaciones rurales en la vida de las naciones,... del urbanismo en proporción cada vez mayor, con sus graves problemas de orden religioso y social, con pernicioso promiscuidad originada por la falta de habitación.... la separación profunda entre los ciudadanos de una misma sociedad... pero, sobre todo, la masa de la población, que adquiere cada vez más conciencia de sus apuradas condiciones de vida y nutre un deseo insuprimible y bien justificado de cambios satisfactorios, manifestando, de modo violento en algunas ocasiones, una impaciencia creciente que podría constituir una amenaza para las mismas estructuras fundamentales de una sociedad bien organizada. En tal estado de inquietud, entre esperas desilusionadas y esperanzas no correspondidas, se filtran fácilmente fuerzas que actúan peligrosamente y que vienen a resquebrajar la unidad religiosa y moral de la contextura social hasta ahora fatigosamente

mantenida....” Estas palabras del Papa, responden, me parece, a su pregunta.

5. En esa misma entrevista concedida a Ercilla en 1961, Usted afirmó: “En Chile hay que adoptar medidas sin demora para mejorar la situación. Nuestro pueblo con razón exige cambios y toca a nosotros, a cada uno en su esfera, el realizarlos. Debemos reunir todos los esfuerzos para mejorar la situación actual. La Iglesia ayudará a formar este mundo mejor que necesitamos y dará normas y sugerencias, los ruegos y las órdenes para que todos los Católicos cooperen a esta labor”.

¿Cree Usted que las medidas a las que entonces se refería ya han sido adoptadas? En caso afirmativo ¿Podría especificarlas? En caso negativo ¿Cuáles son a su juicio los cambio más urgentes a realizarse en estos momentos en Chile y cuáles las “sugerencias, normas, ruegos y órdenes de la Iglesia en este sentido” para que los católicos puedan cooperar, con conocimiento de causa a esta labor?

- Sin duda se están realizando algunos cambios necesarios. El Señor Presidente nos los indicaba hace pocos días. Medidas tales como Reforma Agraria, el dar educación a un mayor número de chilenos, los planes de viviendas, todas estas son medidas dignas de alabanza. Pero nos parece que lo más necesario, lo más importante, junto con

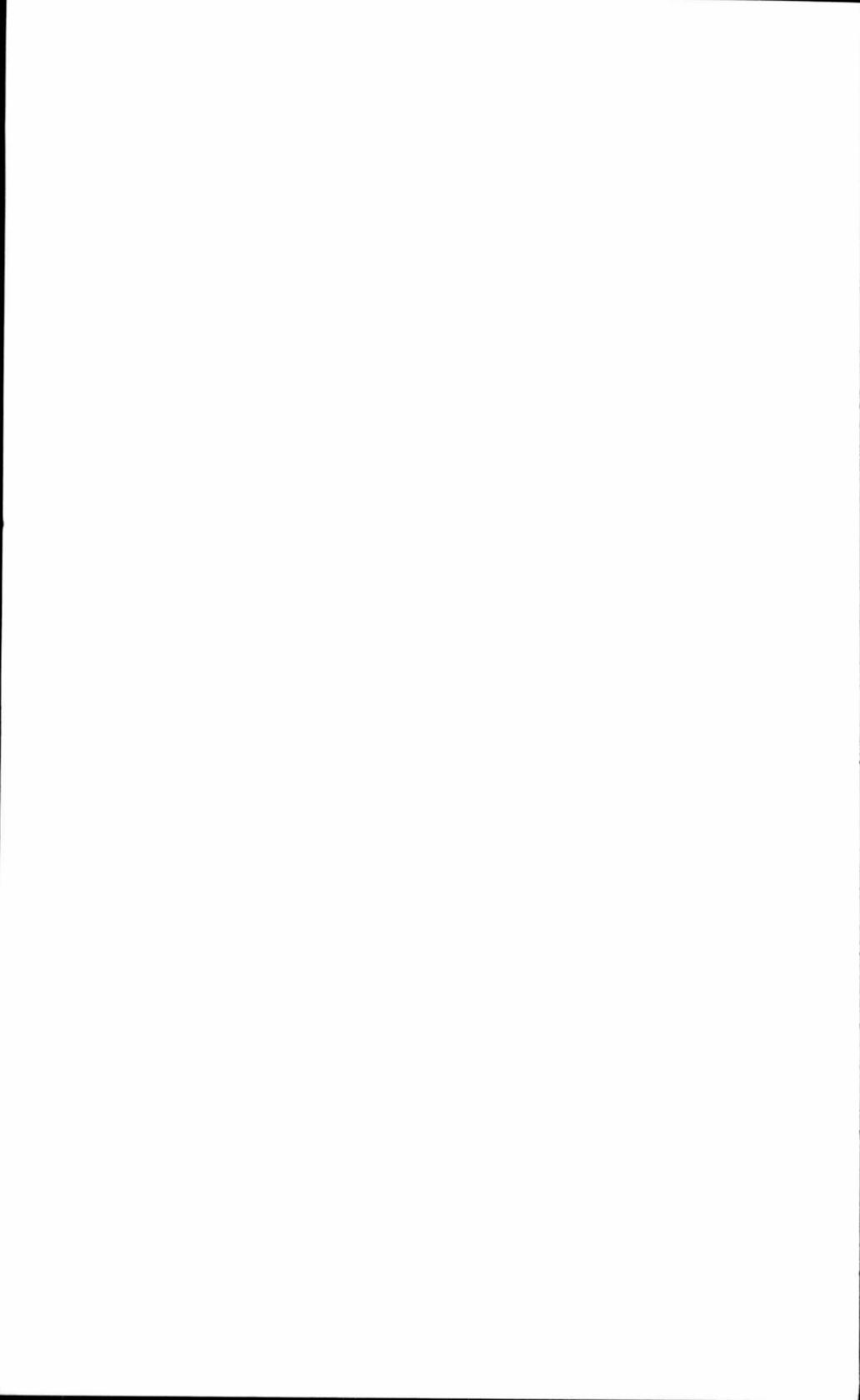
todo aquello, es el cambio de la mentalidad que se debe operar en todos nosotros. Cambio de mentalidad, para no esperar que todo se nos dé, o que el Gobierno lo haga todo. Es necesario el esfuerzo de toda la colectividad. No podemos vivir con un espíritu mágico, pensando que bastan las leyes o los proyectos de ellas, para que todo esté solucionado: la ley del cobre, ley de reforma agraria .

Lo que necesitamos es que desde el más pobre hasta el más rico, todos cooperen según sus propios medios, a hacer que esta tierra sea más apta para que la habiten los hijos de Dios.

Nos falta aún mucha mística de entrega y cooperación y participación de toda la comunidad nacional. Nos parece que falta darnos cuenta que el bien común, de hecho, no es opuesto al bien del individuo. Que las reformas que pide este bien común, a corto o a largo plazo, nos benefician a todos.

Nuestros ruegos son pues que de un lado haya mayor comprensión y simpatía para entender mejor las reformas que deben realizarse; por otro lado, que haya el respeto por aquellos que trabajan, que se esfuerzan por producir, por crear trabajo, por mejorar nuestro país. Sólo si existe esta solidaridad humana, podremos mirar con esperanza el futuro.

3 de Marzo de 1966



Palabras a los sacerdotes de Santiago en
la Celebración del Jueves Santo

SER UNOS EN CRISTO

Todos los años, el Cardenal se reunía con el clero de su diócesis a celebrar la Eucaristía. El Jueves Santo del año 1966, le dirigió estas palabras en momentos especialmente críticos en la vida sacerdotal.

Muy queridos sacerdotes:

Llegada la ocasión de la celebración del día de la Institución de la Sagrada Eucaristía y, por lo tanto, del día en que el Señor, movido por su amor sin límites hacia todos nosotros, estableció el Sacerdocio de la Nueva Ley, siento la necesidad de dialogar con vosotros, mis pródigos colaboradores, mis hijos y mis amigos, mis hermanos en el Sacerdocio de Cristo, y en el cumplimiento de la sublime misión apostólica que Él a todos nos ha confiado.

Siento más que nunca en esta ocasión el grato deseo de cumplir con lo que el Concilio nos manda: "Tengan los Obispos a sus sacerdotes como hermanos y amigos, y preocúpense cordialmente, en la medida de sus posibilidades,

de su bien material y sobre todo espiritual; pongan, pues, el máximo cuidado en la continua formación de su Presbiterio. Escúchenlos con gusto, consúltenlos y dialoguen con ellos sobre la necesidad de la labor pastoral y del bien de la diócesis”.

Nos parece que al establecer este diálogo, que hoy renovamos con intenso afecto y dedicación, y que deseamos mantener continuamente, cumplimos una de nuestras más delicadas y fecundas tareas pastorales: que estamos realizando en la mejor forma posible la voluntad del Señor, y el diálogo que Él comenzara con sus discípulos, nosotros lo continuamos para edificación nuestra y de todo el Cuerpo de Cristo: su Santa Iglesia.

Nos parece también que sólo así se realiza la plenitud de nuestro sacerdocio, pues creemos, como alguien ha dicho: “Que la plenitud del sacerdocio que se encuentra en el obispo es participada por el conjunto de los presbíteros”, al punto que se podría decir, con todo rigor, que el Presbiterium unido al Obispo constituye “el Obispo” en su plenitud. Lo mismo que el Cuerpo de Cristo no es nada sin su cabeza que es Cristo; sin embargo, la cabeza ha querido tener necesidad de su pléroma, que es su cuerpo.

Sentimos, pues, hoy más que nunca, la necesidad de esta unión con vosotros, con nuestro Presbiterio; sentimos que en esa participación de la integral misión apostólica que Cristo nos ha

confiado está la belleza y la plenitud de nuestra común tarea; que sólo realizando el deseo de Cristo: *Ut sint unum*, que a nosotros más que a nadie nos apremia, nos será posible cumplir la misión evangelizadora de santificación y de caridad que el Señor ha confiado a nuestras débiles manos.

He aquí, mis queridos hermanos, el sublime ideal que debemos vivir: ser unos en Cristo, formar un solo cuerpo cuya cabeza es vuestro obispo y cuyos miembros sois vosotros; constituir un Presbiterio y una Familia, cuyo Padre sea vuestro Pastor.

De la realización de este ideal depende nuestra mutua santificación, nuestra felicidad y el bien de la enorme falange de hijos que el Señor nos ha dado. En la medida en que vivamos esta unidad, esta integración, en esa medida realizaremos también la plenitud de nuestro sacerdocio, lograremos la eficacia de nuestro ministerio pastoral, y nuestra diócesis, la porción de su Iglesia que el Señor nos ha confiado, se beneficiará de nuestros esfuerzos y logrará ser una diócesis predilecta del Señor y un jardín donde se desarrollarán vigorosas las virtudes cristianas.

Presbiterio

Resuenen, pues, amables a nuestros oídos y llenas de significado y de virtud las palabras conciliares: "Por esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los Obispos a sus presbíteros

como hermanos y amigos, escúchenlos con gusto, consúltenlos, discutan con ellos sobre el bien de la diócesis... Y para que esto sea una realidad, constitúyase de una manera apropiada a las circunstancias y necesidades actuales, con estructuras y normas que ha de determinar el derecho, un consejo o senado de sacerdotes, representantes del Presbiterio, que puedan ayudar con sus consejos eficazmente al Obispo en el régimen de la diócesis”.

¿Cuál es el deseo de la Iglesia manifestado en las palabras conciliares que acabamos de proferir? Es necesario que exista un órgano más reducido que sea auténtico y efectivo representante del Presbiterio y que a través de él pueda funcionar la solidaridad ministerial de todos los miembros del clero unidos al Obispo. Ha de ser, pues, este órgano la real expresión del Presbiterio, el verdadero complemento y explicación (próvido cooperador) del Obispo en su función de Vicario de Cristo para su Iglesia particular y verdadera representación de todos los presbíteros de la diócesis.

Mientras la ley canónica se adecúa a esta realidad y establece las nuevas formas en que ha de constituirse este Senado de la Diócesis, a nosotros nos ha parecido conveniente establecer, desde luego en forma provisoria, pero al mismo tiempo lo más representativa posible de todos nuestros presbíteros, este Senado que sea, así lo esperamos, nuestro próvido colaborador, nuestro consejo y nuestro sostén en la difícil y ardua labor pastoral.

Al anunciaros esto, queridos amigos y hermanos, cumplimos uno de los fines que nos habíamos propuesto realizar, en esta primera Semana Santa Posconciliar.

Puesta esta base, pasemos a considerar ahora, aunque brevísimamente, cuál es la bella y grande tarea que nos espera y que todos juntos debemos cumplir; y cuáles son las condiciones necesarias que esa misión exige de todos nosotros, para tener éxito en ella.

“Nuestra diócesis es la porción del pueblo de Dios, que se ha confiado al Obispo, para que la apaciente con la cooperación del Presbiterio, de forma que, unida a su Pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia Particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo que es Una, Santa, Católica y Apostólica”.

“Cada uno de los obispos a que se ha confiado el cuidado de cada Iglesia Particular, bajo la autoridad del Sumo Pontífice, como sus Pastores propios, ordinarios e inmediatos, apacientan sus ovejas en el nombre del Señor”.

“Debemos dedicarnos a nuestra labor apostólica, como testigos de Cristo delante de los hombres” (Decr. *Christus Dominus*, sobre Función Pastoral de los Obispos, N° 11).

Esta realidad, tan rica que sobrepasa a todo estrecho concepto puramente jurídico de la diócesis, nos pone delante no sólo de nuestros

derechos de Pastores, sino también de nuestros grandes deberes de tales.

Es esta misteriosa y real unidad con Cristo; es esta confiada entrega que Él nos hace de parte de su Cuerpo Místico, para que nosotros lo edifiquemos y conduzcamos a Él; es esta misión suya y nuestra de ir a todos los hombres que constituyen nuestra heredad llevándoles su Evangelio; es la disponibilidad que tenemos de su Cuerpo y de su Sangre que nosotros administramos como fuente de su vida y santidad para bien nuestro y de todos los hombres; es esta amorosa identificación exigida por Cristo la que nos apremia día a día y exige de parte nuestra una entrega no menos generosa de todo lo nuestro, de nuestro pequeño mundo, para poder realizar el sublime ideal del Sacerdocio de Cristo.

Sin esta correspondencia a la Unidad de Cristo, a la divina confianza que ha depositado en nosotros, que bien podríamos calificar de locura, nos parece del todo imposible realizar el sublime ideal de elevación y de santificación del mundo que el Señor ha concebido y para el cual nos ha llamado.

Por eso, al meditar en estas verdades en el día que nos recuerda la institución del Sacerdocio de la Nueva Ley, nos parece indispensable que todos nosotros, comenzando por vuestro Obispo, contemplando el noble ideal que el Señor nos propone, renovemos nuestros propósitos y con la ayuda de la Divina Gracia, con generosas energías,

caminemos por el luminoso camino de la Vocación Sacerdotal, hasta conseguir la meta de la anhelada y necesaria identificación con Cristo.

Las palabras del Apóstol resuenan en nuestros oídos como la expresión más clara y sintética de este sublime ideal: “No soy yo quien vive. Es Cristo quien vive en mí”.

Célibes por el Reino

Así se explica que para servir a la Iglesia y a nuestros hermanos, los hombres, el sacerdote debe ser capaz de abrigar en su pecho un solo amor; debe ser absorbido de tal forma por la belleza y el encanto de ese amor, que puede hacer con facilidad el sacrificio de los otros amores humanos, por nobles y grandes que ellos sean; debe sentir en sus miembros la fuerza avasalladora de la caridad de Cristo que le hace entregar gozoso la vida entera a su servicio en los múltiples y difíciles apostolados que el Señor por la voz de los tiempos nos está exigiendo.

De aquí es, queridos hermanos, que la Santa Iglesia, en el día de hoy por medio del Concilio ha querido reivindicar esta muestra sublime de amor a Cristo que deben dar sus sacerdotes y no ha titubeado en presentar al mundo, una vez más, el ideal de la castidad sacerdotal.

Dice el Sagrado Concilio: “La perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos,

recomendada por nuestro Señor, aceptada con gusto y observada plausiblemente en el decurso de los siglos, incluso en nuestros días por no pocos fieles cristianos, siempre ha sido tenida en gran aprecio por la Iglesia, especialmente para la vida sacerdotal. Porque es al mismo tiempo emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo”.

“El celibato se conforma admirablemente con el sacerdocio”. “Porque toda la misión del sacerdote se dedica al servicio de la nueva humanidad que Cristo, vencedor de la muerte, suscita en el mundo por su Espíritu y que trae su origen ‘no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad del varón, sino de Dios’ (Jn 1, 13). Los presbíteros, pues, por la virginidad o celibato conservado por el Reino de los cielos, se consagran a Cristo de una forma nueva y exquisita; se unen a Él más fácilmente con un corazón indiviso; se dedican más libremente en Él y por Él al servicio de Dios y de los hombres; sirven más expeditamente a su Reino y a la obra de regeneración sobrenatural y, con ello, se hacen más aptos para recibir ampliamente la paternidad en Cristo. De esta forma, pues, manifiestan delante de los hombres que quieren dedicarse al ministerio que se les ha confiado, es decir, de desposar a los fieles con un solo varón y de presentarlos a Cristo como una virgen casta, y con ello evocan el misterioso matrimonio establecido por Dios, que ha de

manifestarse plenamente en el futuro, por el que la Iglesia tiene a Cristo como Esposo único. Se constituyen, además, como señal viva de aquel mundo futuro, presente ya por la fe y por la caridad, en que los hijos de la resurrección no tomarán maridos ni mujeres”.

Sabiendo que este don tan grande lo llevamos en los frágiles vasos de nuestra arcilla, el Concilio nos exhorta a la humilde oración y a la práctica de las antiguas normas ascéticas, que no son menos necesarias en el mundo actual. Si verdaderamente estamos convencidos de que debemos imperiosamente conservar todo lo que favorece el alcance de este ideal, también nos será fácil hacer los sacrificios que para este noble fin se nos exigen, y no habrá ninguno de nosotros que, bien consciente de su debilidad de hombre, no esté dispuesto a usar la máxima prudencia para evitar cualquier desliz en esta materia.

¡Cuánto aman los fieles la castidad sincera e íntegra de sus sacerdotes! ¡Cómo quisieran ellos tener siempre presente en forma palpable este testimonio de la verdad de la Religión de Cristo y de la efectividad de la vida futura que nos espera, donde el amor sacerdotal tendrá el pleno y feliz cumplimiento!

¡Señor, haznos dignos de ofrecerte este generoso y perpetuo testimonio de nuestro amor!

Obedientes a la Iglesia

Otra de las grandes virtudes que exige el ministerio nuestro, es aquella disposición de alma por la que estamos siempre preparados a buscar no nuestra voluntad, sino a hacer la voluntad de Aquel que nos envió, voluntad que podemos descubrir y cumplir en los acontecimientos diarios, en el ministerio que se nos ha confiado y en los múltiples acontecimientos de la vida.

La caridad pastoral urge, pues, a los presbíteros —dice el Santo Concilio— que actuando en esta comunión, consagran su voluntad propia por la obediencia al servicio de Dios y de sus hermanos, recibiendo con espíritu de fe y cumpliendo los preceptos y recomendaciones emanados del Sumo Pontífice, del propio Obispo y de otros superiores, gastándose y desgastándose de buena gana en cualquier servicio que se les haya confiado, por humilde y pobre que sea.

Esta obediencia sacerdotal, ungida de espíritu de cooperación, se funda especialmente en la participación misma del ministerio episcopal, que se confiere a los presbíteros por el sacramento del orden y por la misión canónica. Deben, pues, los presbíteros, movidos por la caridad y el celo, investigar prudentemente nuevos caminos de apostolado para el mayor bien de la Iglesia; deben proponer con confianza sus proyectos y exponer insistentemente las necesidades del rebaño a ellos confiado, dispuestos siempre a acatar el juicio de quienes desempeñan la función principal en el régimen de la Iglesia de Dios.

Pobres como Jesús

Si el Señor es nuestra porción y nuestra herencia, si la Iglesia Santa es nuestra heredad y sólo nos interesa su incremento, debemos usar de los bienes de la Tierra tan sólo para aquellos fines a los que podamos destinarlos, según la doctrina de Cristo y la ordenación de la Iglesia.

“Los bienes eclesiásticos propiamente dichos, según su naturaleza, deben administrarlos los sacerdotes según las normas de las leyes eclesiásticas, con la ayuda, en cuanto sea posible, de expertos seculares y destinarlos siempre a aquellos fines para cuya consecución es lícito a la Iglesia poseer bienes temporales, esto es, para el desarrollo del culto divino, para procurar la honesta sustentación del clero y para realizar las obras del sagrado apostolado o de la caridad, sobre todo con los necesitados. En cuanto a los bienes que recaban con ocasión del ejercicio de algún oficio eclesiástico, salvo el derecho particular, los presbíteros, lo mismo que los obispos, aplíquenlos en primer lugar a su honesto sustento y a la satisfacción de las exigencias de su propio estado; y lo que sobre, sírvanse destinarlo para el bien de la Iglesia y para obras de caridad. No tengan, por consiguiente, el beneficio como una ganancia, ni empleen sus emolumentos para engrosar su propio caudal. Por ello los sacerdotes, teniendo el corazón despegado de las riquezas, han de evitar siempre toda clase de ambición y abstenerse cuidadosamente de toda especie de comercio” (Decreto *Christus Dominus*).

Nada hay que conquiste más y nos atraiga las bendiciones y la admiración de nuestros pueblos que la generosidad y el desprendimiento sacerdotales. Este es otro de los testimonios tangibles, para los fieles, de nuestras convicciones y de nuestra esperanza de la vida eterna donde las riquezas no se enmohecen ni los tesoros se pierden, ni la felicidad se mengua.

Guiados por el Espíritu del Señor, que ungió al Salvador y lo envió a evangelizar a los pobres, evitemos todo cuanto pueda alejar de nosotros, en alguna forma, a los pobres, desterrando de nuestras costumbres toda clase de vanidad. Que nuestras casas estén siempre abiertas para todos; nadie, ni el más pobre, se sienta extraño ni recele frecuentarlas.

La santidad como ideal

Bella y ardua es la meta propuesta; no fácil la consecución de nuestro ideal. Muchísimas veces en nuestras vidas hemos sentido el desaliento y que las fuerzas nos flaquean en el cumplimiento de nuestros deberes.

Necesitamos disponer fácilmente de los medios adecuados para lograr la santidad sacerdotal, a la cual estamos llamados. Necesitamos también que esos medios estén de acuerdo con la espiritualidad sacerdotal diocesana que vivimos, que la faciliten y que sean como las causas naturales que surgen del mismo ministerio sacerdotal que nos incumbe

y que sean capaces de producir la santidad propia de los enviados del Padre, de los sacerdotes de Cristo.

Creemos que debemos buscar esta santidad y podemos alcanzarla, si somos dóciles al Espíritu de Cristo, y nos dejamos conducir y vivificar por El en el cumplimiento de las mismas acciones sagradas que por mandato divino realizamos cada día.

Así nos lo manifiesta el Concilio:

“1° Los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo, su triple función. Por ser ministros de la Palabra de Dios, leen y escuchan diariamente la palabra divina que deben enseñar a otros; y si al mismo tiempo procuran recibirla en sí mismos, irán haciéndose discípulos del Señor cada vez más perfectos, según las palabras del Apóstol a Timoteo : “ Ésta sea tu ocupación, éste tu estudio: de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto. Vela sobre ti, atiende a la enseñanza, insiste en ella. Haciéndolo así, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan” (1 Tim 4, 15-16).

2° Como ministros sagrados, sobre todo en el Sacrificio de la Misa, los presbíteros ocupan especialmente el lugar de Cristo, que se sacrificó a sí mismo para santificar a los hombres y, por ende, son invitados a imitar lo que administran.

Ya que celebran el misterio de la vida del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencia. En el Misterio Eucarístico, en que los sacerdotes desempeñan su función principal, se realiza continuamente la obra de nuestra redención, y por tanto se recomienda encarecidamente su celebración diaria, la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es una acción de Cristo y de la Iglesia.

3º “Rigiendo y apacentando al Pueblo de Dios, se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a entregar su vida por sus ovejas, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de los sacerdotes que incluso en nuestros días no rehusaron entregar su vida; siendo educadores en la fe y teniendo ellos mismos “firme confianza de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Cristo”, se acercan a Dios “con sincero corazón en la plenitud de la fe” (Hb 10,19 y 22), y robustecen la esperanza firme para sus fieles, para poder consolar a los que se hallan atribulados, con el mismo consuelo con que Dios los consuela a ellos mismos; como rectores de la comunidad, cultivan la ascesis propia del pastor de las almas, dando de mano a las ventajas propias no buscando sus conveniencias, sino la de muchos, para que se salven, progresando siempre hacia el cumplimiento más perfecto del deber pastoral y cuando es necesario, están dispuestos a emprender nuevos caminos pastorales, guiados por el Espíritu del amor, que sopla donde quiere” (Decreto Presbyterorum Ordinis).

En la grave y múltiple ocupación de todos los días; en el ajetreo de los variados deberes pastorales y en el flujo constante de los acontecimientos de nuestro mundo que llegan a nosotros con medios tan fáciles y con tanta abundancia, existe el peligro de no lograr la unidad indispensable de la vida interior, entorpecida por la angustiada magnitud de la acción exterior.

Para conseguir esta unidad, tenemos que volver los ojos a nuestro modelo y nuestro sostén: Jesucristo, Nuestro Señor. Sólo conseguiremos la unidad de nuestras vidas de apóstoles modernos uniéndonos a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de nosotros mismos al servicio del rebaño que se nos ha confiado. Desempeñando nuestro papel de buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral encontraremos el vínculo de la perfección sacerdotal que reducirá a la unidad nuestra vida y nuestra actividad.

Para eso debemos considerar todos nuestros proyectos a la luz de la voluntad de Dios. Debemos realizarlos sólo si esa voluntad divina lo aprueba; sólo si están de acuerdo con ella, guiándonos en esto, por las normas de la misión evangélica de la Iglesia, ya que no puede separarse la fidelidad para con Cristo de la fidelidad para con la Iglesia. Así hallaremos la unidad de nuestras vidas en la misma unidad de la misión de la Iglesia y de esta suerte, nos uniremos con Cristo y por Él y con el Padre, en el Espíritu Santo.

Después de esta sucinta exposición de algunos de los grandes valores sacerdotales a la luz del Concilio, quisiéramos, para terminar, analizar en vuestra compañía los valores del presbiterio diocesano y nuestras deficiencias, con el ánimo de agradecer al Señor por los ejemplos generosos de virtud que nos enriquecen y de pedirle gracias para corregir las debilidades que nos limitan.

Creo que existe entre nosotros, en la gran mayoría de nuestro Presbiterio, el espíritu generoso que animó a toda la Asamblea Conciliar y que, en general, por lo que respecta a los sacerdotes, está estampado en los documentos que dicen relación con ellos. Creo que el Concilio ha venido a fortalecer y confirmar lo que en nuestra diócesis vivíamos y habíamos empezado a poner en práctica. Dígase todo esto especialmente de nuestra organización pastoral y de las grandes líneas de nuestro trabajo apostólico. Debo agregar que en la realización de este programa se notan, en la gran mayoría de nuestros sacerdotes, un entusiasmo, una generosidad y una buena voluntad sacrificada y hasta heroica.

Por todo esto alabamos al Señor y pedimos bendiga la creciente buena voluntad de nuestro clero.

Lo que nos falta

¿Qué nos falta? Creo que debemos buscar con mayor esfuerzo y con inteligente perseverancia, alcanzar el ideal de nuestra propia santificación

en el ejercicio del apostolado. No siempre se encuentra que en nuestro trabajo todos sabemos apreciar y poner en el puesto de honor a los valores de la santidad y de la espiritualidad sacerdotales. Debemos buscar más la santidad en el ejercicio de nuestro ministerio.

Creo que, en segundo lugar, no todos hemos comprendido el grave deber de la unión que debe distinguir la vida de todos nosotros. El ideal esperado por el Concilio de que cada uno de los presbíteros se una con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la total cooperación, no siempre se ha vivido en plenitud entre nosotros. Por lo cual no siempre se realiza que los que son de edad algo avanzada entre nosotros reciban a los jóvenes como verdaderos hermanos y los ayuden en las primeras empresas y labores del ministerio, esforzándose en comprender su mentalidad, aunque difiera de la propia, mirando con benevolencia sus iniciativas; ni siempre los jóvenes, a su vez, respetan la edad y las experiencias de los mayores, ni piden sus consejos, ni siempre colaboran oportunamente con ellos.

Para poder ser el presbítero ideal, es necesario que entre nosotros se realice a la perfección el voto del Maestro que se inmoló para obtener que todos seamos con Él una sola cosa: "Ut sint unum". Finalmente, no por todos es comprendido ni compartido el criterio de unidad con la Santa Iglesia; no todos suelen aceptar humilde y generosamente todas las leyes eclesiásticas,

litúrgicas, disciplinarias, etc. Suele haber en algunos de nosotros un espíritu de rebeldía, de independencia e individualismo que dista totalmente del ideal de unidad y caridad que son indispensables complementos de la vida sacerdotal. A pesar de que el número de los que tal vez se dejan seducir por un espíritu moderno totalmente diverso de nuestro espíritu son pocos, todos nosotros, queridos hermanos, en unión con nuestros fieles, debemos edificar el cuerpo presbiterial, que debe ser el alma y la vida del cuerpo de nuestra Iglesia.

Humildemente pedimos al Señor que guíe nuestras débiles fuerzas e ilumine nuestras mentes, para que todos unidos, en mutua y ardiente caridad, podamos dar el ejemplo de amor a Cristo, el Señor, por sobre todas las cosas del mundo. Así sea.

Santiago, Jueves Santo de 1966.

Diario "Las Últimas Noticias" entrevista al Cardenal Silva Henríquez

¿HACE POLÍTICA LA IGLESIA?

La pregunta se ha formulado y se sigue formulando. El 20 de enero de 1968, el diario Las Últimas Noticias, de Santiago, entrevistó al Cardenal Silva, por diversas críticas que se le hacían.

¿Cree Usted que los sacerdotes deben o pueden intervenir en política?

- Los sacerdotes en Chile, como en todos los países democráticos del mundo, son ciudadanos con todos sus derechos. Sin lugar a dudas, pueden y deben dar su voto y tener preferencias políticas. Los sacerdotes no deben participar en la política activa de partidos; no pueden dirigir colectividades políticas ni intervenir públicamente para hacer propaganda por ellas. Esto es lo que obliga a todos los sacerdotes. Creo que la mayor parte de ellos cumple con esta obligación, cualesquiera que sean sus simpatías políticas, las que, sin duda, tienen.

Mucha gente piensa que la Iglesia Católica Chilena, o un sector de ella, apoya en forma activa al actual Gobierno. ¿Es efectivo, y de serlo, no significaría que la Iglesia está invadiendo campos que no le competen?

- La Iglesia la componen laicos, sacerdotes y religiosos. En el mundo de los laicos que pertenecen a la Iglesia Católica se dan diversas inclinaciones y preferencias políticas y hay católicos que pertenecen a distintos partidos políticos.

Esta actitud de los hijos de la Iglesia no es en ninguna manera malsana ni prohibida, si efectivamente los católicos piensan con esto cumplir con el grave deber de promover el bien público a través de las colectividades políticas a que ellos pertenecen.

No es éste, evidentemente, el papel de la jerarquía de la Iglesia ni de los religiosos que en ella trabajan.

En la pregunta anterior he dado respuesta sobre el parecer del pastor y de la doctrina de la Iglesia a la cuestión que en este momento usted ha formulado.

Algunas publicaciones respaldadas por la Iglesia Católica, como la revista Mensaje, han tomado posiciones en problemas

político-sociales, sociales y económicos que han causado resistencia en diversos sectores. ¿No podría producir esto una reacción entre los que no piensan como ellas y hacerlos alejarse de la Iglesia?

- Es evidente que hay revistas que tratan de asuntos político-sociales y socioeconómicos. Esto no es intervenir directamente en política. Los Sumos Pontífices en sus Encíclicas sociales tratan precisamente de estos puntos y de estas materias. Existe, además, una doctrina socioeconómica de la Iglesia Católica, fundada en el Evangelio. Los problemas económicos y sociales tienen una íntima conexión con el cristianismo y con la doctrina de Cristo. Corresponde a la Iglesia y a sus dirigentes exponer cuál es la doctrina del Señor que se aplica a la solución de estos gravísimos problemas.

Esto ha sucedido siempre en la Iglesia, y es de lamentar que algunas personas se aparten de ella, por no estar de acuerdo con la doctrina de la Iglesia.

Si lo que se dice en esas publicaciones fuera una simple opinión, no obligatoria, que no viene a resolver un problema, sino que señala diversas vías de solución, corresponderá a los católicos el elegir, siguiendo la doctrina, la que a ellos más les agrade. Pero la posibilidad de elección entre las diversas soluciones no significa que se deba tener aversión al que no profesa las mismas ideas.

Sería una falta de cristianismo y una ausencia de democracia el no aceptar que otra persona piense distinto de uno.

La caridad recíproca que deben observar los católicos al defender o exponer su pensamiento, debe brillar en sus actitudes personales, para que por la manera respetuosa y amable de tratarse mutuamente conozcan los demás que ellos son verdaderamente cristianos.

¿Considera usted que es apropiado que la Iglesia Católica realice inversiones en empresas editoriales como Dilapsa o Zig-Zag; o si las eventuales pérdidas que acarrearán se justificarían con los beneficios de difusión que se pueden obtener?

- Siempre la Iglesia ha tenido inversiones en órganos de difusión. En Chile ha tenido grandes empresas que editaban diarios en diversas ciudades del país. Baste recordar las diferentes ediciones de La Unión, que se imprimían en Santiago, Valparaíso y en otras capitales de provincias. No hace mucho tiempo, la Iglesia era accionista de la Sociedad Periodística que publicaba El Diario Ilustrado.

El que un grupo de católicos tenga acciones en empresas editoriales y que la Iglesia promueva esta actividad, no es una cosa dañina ni mala. Por el contrario, la Iglesia siempre lo hará pues tiene un enorme interés en los medios de difusión, y

trata de que lleguen al pueblo, a través de ellos, la luz del Evangelio y la doctrina de la Iglesia. Esta actividad forma parte de su misión: "íd y enseñad".

Tocará a los católicos oír la voz de la Iglesia y el ayudar a que sea realidad eficazmente este propósito; propósito que, como digo, la Iglesia mantiene inalterable a través de los siglos.

Muchos católicos consideran que el culto ha perdido solemnidad. ¿Considera usted que la nueva liturgia ha hecho que se pierda el respeto en actos religiosos?

- No lo considero. Por el contrario, creo que la nueva Liturgia vivida, conocida y practicada como la Iglesia la quiere, es un poderoso elemento que hará vivir mucho más intensamente la vida religiosa, conocer la palabra de Dios y ser mejores; cosa que ya estamos palpando y que la experiencia en la constatación de la reforma litúrgica nos está demostrando.

¿No cree que los sacerdotes han perdido partes de su prestigio al mezclarse exageradamente en toda clase de actividades políticas sociales, participando en foros, etc., y al andar vestidos como todos?

- No creo que los sacerdotes se mezclen exageradamente en toda clase de actividades

políticas. Esto es solamente una exageración de quien lo afirma. El que anden vestidos como todos, es un acto de sencillez, de humildad; y también ha de servirles para indicar a los demás hombres que no piden excepciones y que quieren ser tratados al igual que los demás. La dignidad del estado sacerdotal no depende del hábito, sino de una verdadera vida espiritual, del sentido de su consagración a Dios y de la entrega a un ideal superior de servicio a sus hermanos. Hay que pensar seriamente que “el hábito no hace al monje”.

¿No cree que la Iglesia por preocuparse de problemas terrestres ha descuidado los problemas espirituales?

- No lo creo. Siempre la Iglesia se ha preocupado de problemas terrestres. Cuando dice: “No matar”, “No fornicar”, “No desear la mujer de tu prójimo”, habla de problemas bien terrestres. Siempre debe la Iglesia preocuparse de ellos.

El que cada uno cumpla con su deber y practique la virtud de la justicia son cosas que tienen evidentemente una posibilidad y una realización únicamente en esta Tierra, y con motivo de los bienes terrestres. No existe, pues, un mal en preocuparse de estos problemas ni para la Iglesia ni para los sacerdotes. Mal sería si sólo nos preocupáramos de la parte terrena de estos problemas y no los dirigiéramos a los efectos que tienen en la otra vida. No se debe pensar, pues,

que el desear y enseñar un orden mejor y el indicarle al cristiano cuáles son sus obligaciones de justicia, sea para la Iglesia un abandono de sus deberes y un incumplimiento de la gran misión que ha recibido de enseñar a todos los hombres lo que el Maestro nos ha mandado.

¿Se justifica la existencia de Universidades y Colegios Católicos?

- Se justifica plenamente. Creemos que las Universidades y Colegios Católicos, cada vez más y en mejor forma, deberán dar a la sociedad el aporte de su catolicidad. Los grandes valores y las virtudes del cristianismo deben ser entregados junto con la ciencia, para complementar la vida social por medio de sus Universidades y Colegios, así como lo realiza la Iglesia a través de todas sus actividades.

¿Estima usted que se ha lesionado el principio de autoridad al solucionarse conflictos surgidos en las Universidades Católicas aceptando peticiones hechas mediante presión?

- No es la aceptación hecha mediante presión lo que puede lesionar el principio de autoridad. Es el aceptar soluciones o principios que no estén de acuerdo con la Doctrina de la Iglesia. Aceptar una cosa que es justa, aunque sea pedida con exageración, no vulnera el principio de autoridad.

¿Qué opina usted de la educación sexual impartida en Colegios Católicos?

- Opino lo que declara el Concilio Ecuménico. Hablando de los niños dice: "Hay que iniciarlos, conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual".

Santiago, 20 de enero de 1968.

Ante la toma de la Catedral de Santiago

PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

**El día 11 de agosto de 1968,
un grupo de laicos y sacerdotes “se tomó”
la Iglesia Catedral.**

**Este hecho sacudió a la opinión pública.
El Cardenal hizo en esa oportunidad
la siguiente declaración:**

De vuelta de una visita pastoral a la Zona Rural Costa, he sido informado por mis Vicarios de todos los dolorosos detalles de la toma de nuestra Iglesia Catedral. Profundamente dolorido por esta acción, que no tengo cómo calificar, creo mi deber dirigir una palabra a los católicos de Santiago:

La acción de unos pocos sacerdotes descontrolados, olvidados de su misión de Paz y Amor, ha llevado a un grupo de laicos y de jóvenes a efectuar uno de los actos más tristes de la historia eclesiástica de Chile.

Se ha profanado nuestra Iglesia Catedral; se han profanado hermosas tradiciones de nuestra patria en materia religiosa.

La Iglesia de Santiago no merecía este trato: su generosa entrega al servicio de los humildes que se prueba no sólo con palabras, sino con muchos hechos; su equilibrada apertura a todas las innovaciones del Concilio; su infinita paciencia en un diálogo no interrumpido con todas las tendencias, nos parece que la hacían acreedora al respeto de todos.

Por nuestra parte, siempre hemos estado abiertos al diálogo y hemos hablado con cada uno de los sacerdotes que han intervenido en este triste incidente.

Hemos hecho todo lo necesario para evitarlo. No ha sido posible. Han primado las pasiones sobre los ideales evangélicos.

Queremos que nuestros fieles sepan que condenamos con toda energía estos hechos y que los sacerdotes que han intervenido en ellos se han separado de la comunión con su Obispo.

Humillados por los enojosos acontecimientos que hemos presenciado, nos hacemos un deber en manifestar a nuestros hijos que ningún extremismo nos hará variar de nuestra conducta de comprensión, de apertura y de respeto por todas las personas y por todas las ideas.

Pedimos perdón a la Iglesia de Santiago por la ofensa que se le ha causado, pedimos a todos los católicos que con su actitud y sus palabras reprueben estos hechos y hagan sentir a los

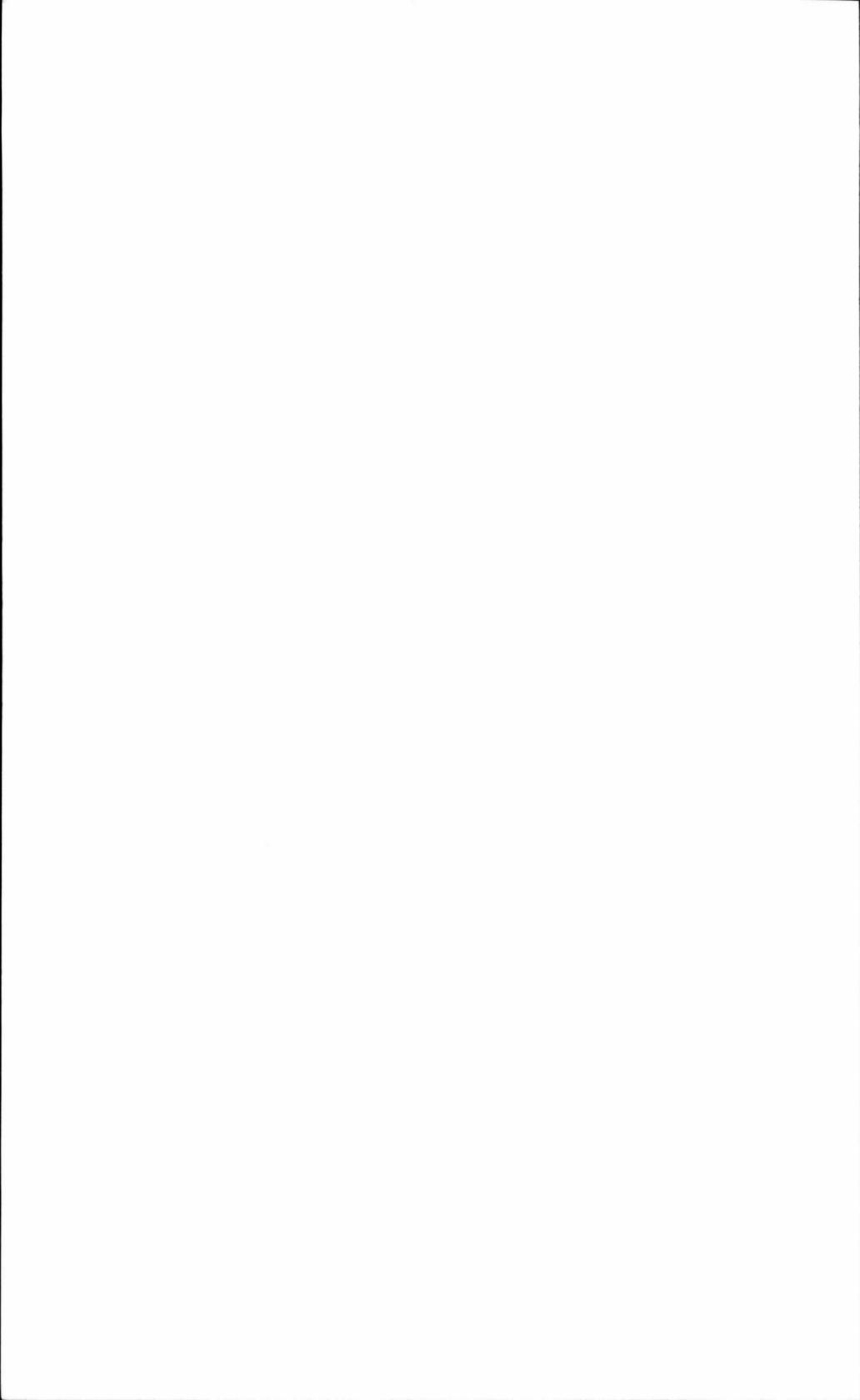
actores de ellos la gravedad que tienen y el mal que ocasionan al buen nombre de nuestra Iglesia y a nuestra patria.

Agradecemos al Señor el dolor que nos ha hecho sufrir. Creemos que no debíamos ser ajenos a lo que tantos otros sufren en estas horas de incomprensión, de violencia y de injusticia en el mundo entero. Pedimos asimismo que nuestro noble pueblo no se deje influenciar por quienes pretenden llevarlo por los caminos torcidos de la violencia.

Perdonamos de todo corazón a los que nos han ofendido.

Invitamos a todos nuestros fieles a que el próximo día 15 de agosto, día de la Asunción de la Santísima Virgen, Patrona de Nuestra Iglesia Catedral, ofrezcamos a Dios el Santo Sacrificio, en todas las iglesias, como un desagravio por los lamentables acontecimientos del día de hoy.

Santiago, 11 de agosto de 1968.



Sesión del Consejo Superior de la U.C.

DOCTORADO A PABLO NERUDA

En la Universidad Católica se propuso otorgar el Doctorado Scientia et Honoris Causa al poeta Pablo Neruda.

En el Consejo Superior, el Cardenal, Gran Canciller de la Universidad Católica, dio su opinión al respecto, en la sesión del 27 de junio del año 1969.

Quiero referirme al otorgamiento del Título de Doctor Scientia et Honoris Causa que se ha propuesto, aquí, conceder al poeta Pablo Neruda.

Creo que debe establecerse con claridad cual es la mente de la Universidad al concederlo. Mi opinión personal es que, sin lugar a dudas, el poeta lo merece. Creo que la Universidad, al concederle este título, realiza un gesto que tal vez no sea comprendido por los necios, pero sí por otras personas de valer. En esta actitud nuestra se reflejan valores de extraordinaria importancia, valores que la Iglesia desea hoy día vehementemente manifestar en su comportamiento y en su manera de ser. El primer valor es que, de una vez por todas, se muestre y

se crea que la Iglesia aprecia la Verdad, el Bien y la Belleza, aunque estén representados en quienes no participan de su convicción religiosa. En otras palabras, que la Iglesia Católica, por su naturaleza, el Cristianismo, por su naturaleza, no pueden ser sectarios, pues el sectarismo está reñido con nuestra esencia profunda. Allí se arraiga la existencia del sano pluralismo.

Y esto ¿qué significa? ¿Puede darse una cátedra de ateísmo o marxismo en una Universidad Católica? Yo digo que sí: puede darse, porque los cristianos estamos convencidos de que ninguna de estas ciencias o doctrinas deja de tener una parte de verdad, y porque a veces nos plantean una crítica que nos resulta utilísimo conocer. Es en este sentido —el de la posibilidad de un aporte y enriquecimiento positivos— que la Universidad puede, sin lugar a dudas, establecer cátedras de ese tipo, siempre que disponga del buen criterio y formación doctrinaria suficiente para saber discernir lo verdadero de lo falso. Creo que nuestra patria y el mundo necesitan este testimonio nuestro de los católicos. Testimonio de amor a la Verdad y a la Belleza, que no aparece ofuscado sino realzado por nuestra fe. Alguien puede estimar que antes esto no se daba. Pero desde el momento en que se ha aprobado por la Asamblea Conciliar el Documento sobre la Libertad Religiosa; desde el momento en que nosotros hemos aceptado el Ecumenismo y llamado hermanos a los cristianos no católicos; desde el momento en que con respeto hemos

reconocido valores en gente que no piensa como nosotros, yo no veo impedimentos para que la Universidad, estableciendo claramente el criterio que la guía, pueda y quiera dar un premio, un reconocimiento a personas que discrepan de nuestra doctrina espiritual.

Creo también indispensable que reconozcamos la actitud y el valor de quienes se han dedicado, por propia convicción, a defender los derechos de los humildes; y que nuestro testimonio sobre esto aparezca tan claro, que quede más allá de toda mistificación.

Santiago, 27 de junio de 1969.



Entrevista del diario
"La Tercera de la Hora"

EL ESTILO DEL CONCILIO

La relación de la Iglesia con la política ha inquietado, desde hace mucho tiempo, a los medios de comunicación social.

En los años de Episcopado del Cardenal, el tema aparece muchas veces.

El 15 de enero de 1970, entrega su opinión al diario La Tercera de la Hora.

Todos los hechos que se han venido produciendo últimamente en la Iglesia de Santiago, que, en general, representan una abierta rebelión de sacerdotes, en algunos casos, y de fieles en otros, ¿configuran un cuadro de crisis en la Arquidiócesis a su cargo?

- San Francisco de Sales solía decir que "el bien no hace ruido... y el ruido no hace bien". La inmensa mayoría de nuestros sacerdotes trabaja silenciosamente, con alegría y en paz. Están en medio de los problemas, los sufren con y como los demás, perciben la necesidad y urgencia de cambiar muchas cosas y cambiar ellos mismos, y por eso estudian, revisan, consultan y se unen

entre sí y con los religiosos y laicos, para buscar mejores caminos. Cuando algo no les resulta, o no tan rápido como quisieran, asumen la responsabilidad e investigan diligentemente la causa y ponen ellos mismos el remedio. Cuando algo les resulta bien, no dicen nada, porque entienden que para eso están y son sacerdotes. Por eso no hacen ruido y no se habla de ellos en los titulares. Pero ellos son el rostro más genuino de nuestra Iglesia. Lo otro es la excepción, es la enfermedad. Ha existido siempre y se dará, sobre todo, en épocas de tensión, de crecimiento vital como la que indudablemente atraviesa no sólo nuestra Iglesia de Santiago y chilena, sino la Iglesia universal y la Humanidad en que ella vive y a quien pretende servir.

Este mismo rechazo de la jerarquía eclesiástica local ¿podría indicar algún error o una posición equivocada en la autoridad que usted representa? ¿No se podría argumentar que hay cierta falta de flexibilidad en la conducción de la Arquidiócesis de Santiago?

- La autoridad, en la Iglesia, tiene un solo justificativo, una sola razón de ser: el servicio. Nadie es ordenado sacerdote o consagrado obispo para escalar situaciones de poder o prestigio, o alimentar su ego disponiendo caprichosamente de la gente o imponiendo arbitrariamente sus puntos de vista. En los hechos producidos últimamente en Santiago, el Obispo ha actuado

con pleno conocimiento de los hechos; ha consultado a numerosas personas; ha agotado los medios para obtener un entendimiento razonable. Cuando todo esto se ha probado inútil, entonces su misma obligación de servir le ha exigido sancionar. Sería una deslealtad para con las ovejas el tolerar que se las hiera en lo más precioso que tienen: la fe. Y si los llamados a educar la fe la convierten en superstición o extravío, el pastor tiene que impedirselo, aunque le duela. Si no lo hace, por ejemplo, por temor a caer mal, se convertiría él mismo en mercenario: lo dijo el Señor.

En general, lo que está sucediendo en la Iglesia de Santiago podría causar la impresión de que las normas y el “nuevo estilo” emanados del Concilio Vaticano Segundo habrían sido mal asimilados por parte de un grueso sector de fieles católicos y por muchos sacerdotes, sobre todo jóvenes. ¿Lo cree usted así?

- El “nuevo estilo” del Concilio Vaticano II pone el acento en la madurez personal del cristiano, y en su postura de servicio desinteresado a los hombres, sin discriminación. Los creyentes excesivamente inmaduros, y aquellos otros que en lugar de servir prefieren servirse de los hombres y hasta de la Iglesia para sus propios intereses, tendrán extrema dificultad en asimilar el Concilio. Pero le insisto: la inmensa mayoría de sacerdotes, religiosos y laicos, más allá de una

primera reacción y etapa de desconcierto —semejante, tal vez, a la de acostumbramiento a la luz— vive gozosamente este “nuevo estilo” tan antiguo como el Evangelio.

¿No se podría suponer que el desconcierto que, en general, parece existir en la población católica a su cargo emana, especialmente, del énfasis que la Iglesia está poniendo en los aspectos sociales y que, al parecer, desplazan la atención católica de la labor netamente espiritual de la Iglesia?

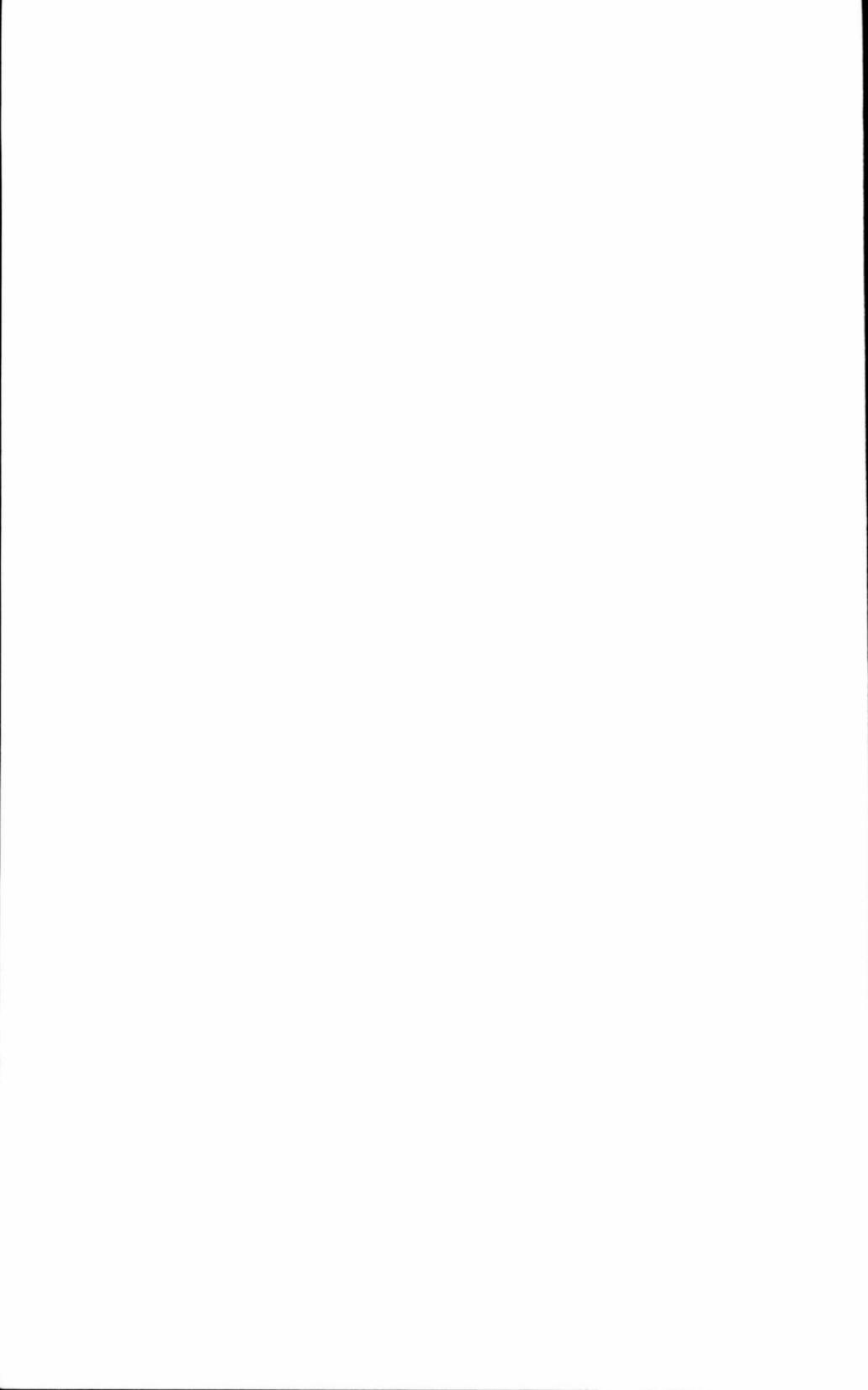
- Nos van a juzgar; somos, ya, juzgados, por el servicio a la persona del pobre, del enfermo, del peregrino, incluso del encarcelado. Nuestro amor y fidelidad a Dios se prueban, en primer lugar, en nuestro amor y fidelidad hacia el hombre que nos necesita. Jesucristo tuvo la osadía de identificarse con él. ¿Cómo se puede, entonces, ser “espiritual”, si se desentiende uno de las angustias del hombre? No basta decir: “¡Señor, Señor!” y golpearse el pecho: hay que HACER la voluntad del Señor, que no es otra que amar y servir al otro EFICAZMENTE, CONCRETAMENTE, no con puros buenos deseos: tal como se ama uno a sí mismo.

Ese hincapié que los ministros de la Iglesia de Santiago hacen en su labor social, ¿no estaría conduciendo a muchos de ellos al acercamiento a doctrinas de orden más

político que religioso, y que los implican más en asuntos que no son exactamente propios de la Iglesia?

- Yo creo que existe también una vocación a la vida política: vocación de consagración y servicio a la gran comunidad nacional. Un laico cristiano que reconozca en sí esa vocación no puede sustraerse a ella. La autenticidad de su fe se probará, en tal caso, en la lealtad y reciedumbre de su compromiso con el Bien Común. Normalmente, ello le demandará adherir a un determinado partido —el que su conciencia libremente escoja como idóneo— y aceptar las —a veces muy duras— reglas del juego político, dentro del respeto hacia quienes, libremente también, escojan una opción diferente. Para ellos, los laicos, es un derecho y deber. La misión de la Jerarquía es distinta. Obispos, sacerdotes y religiosos no podemos empeñarnos en una política partidista, por más que individualmente poseamos legítimas preferencias y cumplamos consecuentemente nuestros deberes ciudadanos. Pero en nuestra condición de pastores, nuestra tarea es reafirmar los grandes principios e imperativos morales, denunciando todo atropello del hombre y anunciando el Evangelio de la Paz, fruto de la Justicia.

Santiago, 15 de enero de 1970.



Mensaje a los Trabajadores.

ACELERAR NUESTRA LIBERACIÓN

**Cada año, al celebrar el Día del Trabajo,
la Iglesia recuerda a San José Obrero.
En 1970 el Cardenal pronunció la siguiente
homilía:**

Queridos hijos:

Acabamos de leerlo y oírlo en el Evangelio (Mc 6, 1-3 ; Mt 13,53-58) : los contemporáneos de Jesús se preguntan, admirados, “¿De dónde saca éste tanta sabiduría y tantos milagros? ¿Acaso no es el hijo del carpintero...?” Y les parece tan inaceptable que el hijo del carpintero pueda enseñar y sanar enfermos, que se escandalizan de Él y lo arrojan fuera de su comunidad (Lc 4, 16-30).

Hoy nos preguntamos hasta qué punto nosotros hacemos lo mismo que ellos. Hasta qué punto nos escandalizamos de que el Hijo de Dios haya sido obrero. Hasta qué punto somos responsables de que tantos, obreros como Él, no hayan podido sentir nuestra comunidad, nuestra Iglesia, como la casa y la tierra que les pertenecen.

En estos mismos instantes, el mundo del trabajo se dispone a celebrar su día. Decimos “celebrar”, aunque el acontecimiento que le dio origen sea, en sí mismo, un hecho triste y deplorable. Pero es que, como en el drama del Calvario, la muerte, la inmolación sangrienta de una vida puede ser, más allá de lo que tiene de crimen y pecado, un signo de esperanza. Sí: el mundo obrero celebra hoy, antes que una masacre, un testimonio: el testimonio de que él mismo puede y debe ser, en inquebrantable unidad, el principal protagonista de su propio destino. La esperanza, por eso, de conquistar por sí mismo su lugar en la Tierra, luchando solidariamente por hacer valer su dignidad de personas.

Hoy día nos preguntamos qué hemos hecho por respetar esa dignidad. ¿Cómo hemos satisfecho esa “hambre y sed de justicia” que es bienaventuranza, sí, para los desheredados, pero interpelación para los que tienen pan y no quieren compartirlo? ¿Con qué sinceridad hemos vivido la fe en un Dios que se hace hombre y nos visita, y nos juzga en la persona del pobre al que negamos sus derechos?

Pero hoy también son los propios obreros quienes se preguntan: ¿qué hemos hecho, qué más podemos hacer por acelerar nuestra liberación? La conquista que hoy celebran y parece ahora tan obvia e indiscutible —la jornada de 8 horas— ¿no se logró depurando intereses personales, haciendo viva y operante esa cualidad distintiva del alma obrera que es la solidaridad? ¿No existe

un imperativo, humano y evangélico, de llevar unos las cargas de otros, deponiendo egoísmos y aislamientos cómodos? ¿No es un hecho que los legítimos intereses del mundo obrero y campesinos están mejor defendidos cuando sus organizaciones son realmente representativas y cuentan con la participación responsable de los mismos trabajadores?

Quien aspira, y con razón, a hacer valer su dignidad de persona, no puede tolerar ser un objeto pasivo de decisiones que otros toman por él, eximiéndose de comprometerse él mismo en la gestación de su propio destino.

Pero la organización solidaria de los trabajadores no basta para que sus derechos sean respetados. Es preciso que la comunidad entera se abra progresivamente al mandato inapelable de la justicia, que exige dar a cada uno lo suyo. Es urgente educarnos y educar a una nueva manera de pensar, tan antigua como el Evangelio, que nos llama a interrumpir nuestro camino cuando en él yace, atropellado, nuestro hermano el hombre, y responder por él. Particularmente los que confesamos el nombre de Cristo, no podemos hacernos reos de escándalo, proclamando con nuestros labios al mismo Señor al que negamos cada vez que violamos un derecho humano. La celebración de hoy día se transforma así en un examen de conciencia y una invitación a actuar. Actuar, sí, con la urgencia operante y muy concreta que va más allá del verbalismo y demuestra en los hechos su autenticidad. Como

lo recuerda el Apóstol: “No amemos con palabras ni con la lengua, sino con hechos, verdaderamente. Así sabremos que estamos en la verdad” (1 Jn 3, 18).

Una invitación, un mandato de actuar, que emana del amor, no del temor, y nos compromete en primer lugar con ese mundo para el cual las palabras solas no significan y no sirven de nada. Ese mundo que sufre las amenazas de la inseguridad en el trabajo, los despidos arbitrarios, cesantías y huelgas que se prolongan a veces hasta la exasperación. Sus causas, es cierto, son complejas y las responsabilidades, múltiples; pero en cualquier circunstancia es siempre la parte más débil la que sufre más y no puede esperar indefinidamente.

Hoy día, en medio de esta celebración, a la vez humana y litúrgica, en que Cristo se hace presente —presente en la Eucaristía, presente, también, en el rostro, en la esperanza y en la solidaridad de los pobres—, nuestra voz se levanta para confesar y para orar. Confesar, sí, nuestra parte de responsabilidad, nuestras inacciones, nuestros silencios cómplices, los egoísmos nuestros que han bloqueado o retardado la liberación de los oprimidos. Y orar: orar por los que son “indignamente explotados, con ultrajes escarnecidos en su cuerpo y en su alma, envilecidos por un trabajo degradante sistemáticamente querido, organizado e impuesto” (Pablo VI, a la OIT, 10.06.1969) .

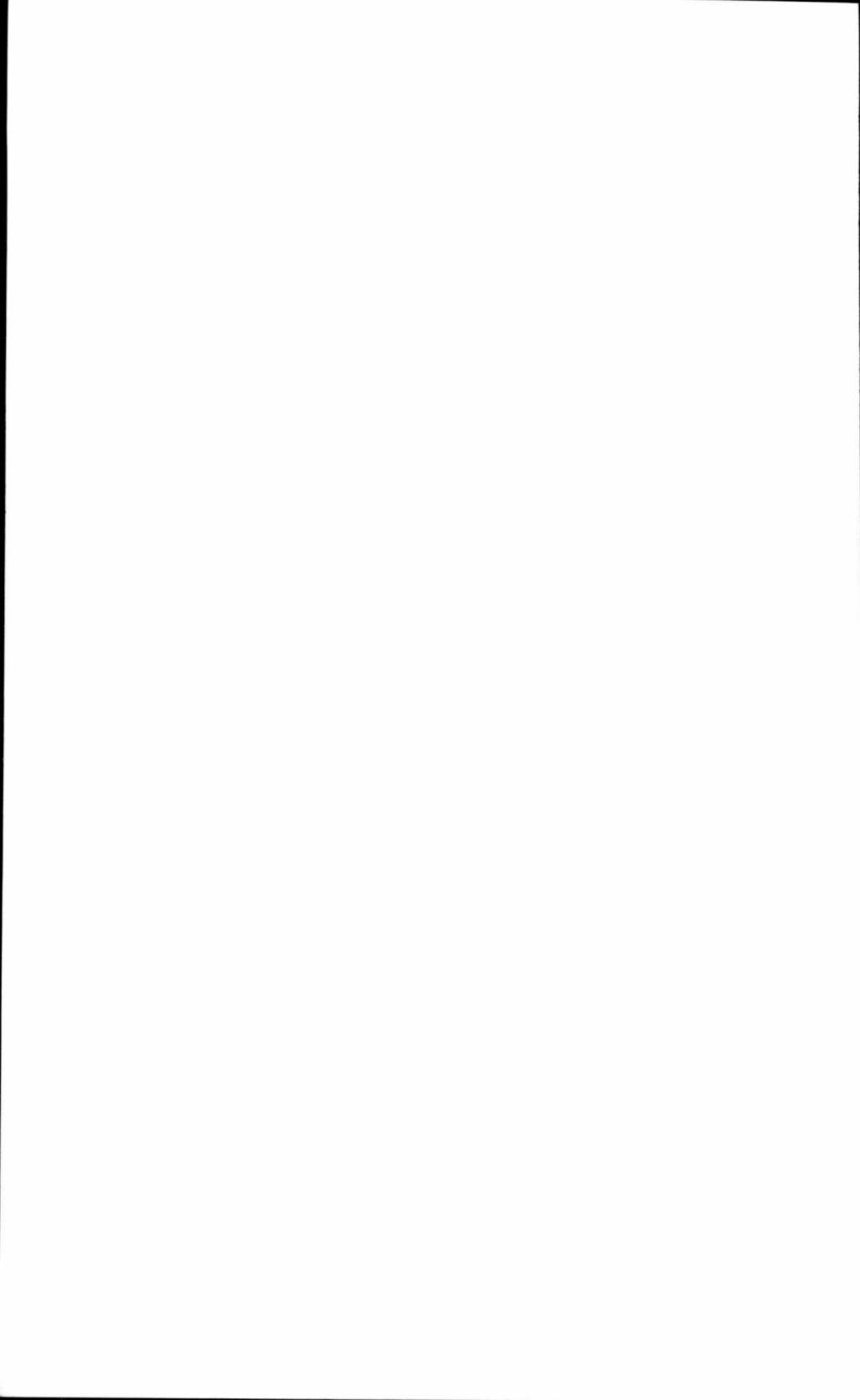
Orar por los que no tienen casa, el albergue de una morada que proteja la intimidad de su familia y les permita conocerse y amarse. Orar por los encarcelados, víctimas no pocas veces del rigor intemperante de la ley; empujados, tantas veces, al delito por la desesperación de la injusticia.

Orar, por fin, por una verdadera conversión del corazón. Conversión, digo, a la Ley del Evangelio, la única capaz de cimentar, a la larga, una forma de convivencia en que “nunca más el trabajo esté contra el trabajador, sino que siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo hombre” (Pablo VI, id.).

Como Pastor de esta Iglesia de Santiago, en afectuosa unión con los sacerdotes, religiosas y laicos que militan en la pastoral obrera, pido a nuestras comunidades cristianas que en las Misas del próximo domingo reflexionen y oren según estas intenciones, y promuevan actos concretos de solidaridad y apoyo hacia los trabajadores que en los respectivos barrios de Santiago sufren los efectos de la cesantía o paralización de faenas.

Que este día, queridos hijos, no pase en vano. Que no sea un día de recordación triste y estéril, sino un estímulo a luchar para que el hijo del carpintero vuelva a la casa de donde alguna vez lo arrojaron nuestros egoísmos, y que le pertenece.

1º de Mayo de 1970.



En la Jornada de los
Medios de Comunicación Social

ANUNCIAR LA BUENA NOTICIA

**El 10 de mayo de 1970,
día de la Ascensión, la Iglesia
celebraba la Jornada de los
Medios de Comunicación Social.
En esa ocasión, el Cardenal
pronunció en la Catedral
la siguiente homilía dirigida a la prensa:**

Queridos hijos:

Cuando un hombre se despide por mucho tiempo, sus últimas palabras revelan lo que más llena su corazón. Y si esas palabras contienen un encargo, el amor exige cumplirlo.

Acabamos de escuchar las últimas palabras del Señor Jesús antes de volverse al Padre: "Sean mis testigos hasta el confín de la Tierra... Proclamen la Buena Nueva a toda la Creación". Estas palabras revelan lo que más llena el corazón del Hombre - Dios. Y significan, para quienes pretendemos ser sus discípulos, un encargo que el amor nos exige cumplir.

¿En qué consiste el encargo? El Señor lo dice claramente: EVANGELIZAR, PROCLAMAR LA BUENA NUEVA, LA ALEGRE NOTICIA. Los testigos del Señor tenemos algo que decir: no podemos quedarnos en silencio. El nos ha hecho un encargo de anunciar, vocear una noticia. Pero no una noticia cualquiera, No, por de pronto, una noticia triste, deprimente, un presagio de ruina, un anuncio de destrucción. La noticia que se nos ha encargado anunciar es buena. Es portadora de alegría. Y debe ser voceada, por eso, con el rostro luminoso y la convicción persuasiva del que tiene alegría.

El Evangelio, queridos hijos, es una noticia que no pasa nunca de actualidad, que necesita y merece publicarse todos los días, porque el hombre no puede, o no quiere oírlo como debiera. “El Señor me ha enviado para llevar la Buena Noticia a los pobres; para anunciar a los presos la liberación; y a los ciegos, el retorno a la luz; y a los oprimidos, la libertad”. Así definió Jesús mismo el contenido perenne de su misión y de su Evangelio.

Misión concreta

Y ahora, esa misión vuelve sobre nosotros: “Proclamen la Buena Nueva”. ¿Estamos anunciando algo? ¿Somos, tal vez, los testigos mudos y, en esa medida, cómplices de una historia que se construye, de un mundo que se forja sin que nosotros digamos nada? ¿No habrá

en nosotros algo de temor, de miedo a ser mal vistos, de caer en desgracia ante quienes pueden más que nosotros? Peor que eso: ¿somos conscientes de que una indiferencia cómoda, un pasivismo egoísta nos invitan a instalarnos en nuestro mundo pequeño, eludiendo responsabilidades molestas y prefiriendo el anonimato del silencio? ¿Somos herederos de la franqueza apostólica, de esa sinceridad valiente que busca complacer a Dios y no a los hombres, de esa urgencia de amor que hacía exclamar a San Pablo: “¡Ay de mí si no evangelizara!” Y todavía un poco más: cuando llegamos a hablar, cuando proclamamos nuestra noticia, ¿se trata, realmente, de la Buena Nueva? ¿No preferimos detenernos en una denuncia, legítima e indispensable por cierto, una señalización de vicios y heridas, pero sin llegar a lo que nos es más propio, el ANUNCIO, que, además de denunciar la noche, muestra dónde está la luz?

Una noticia alegre

Sí, queridos hijos, hoy es bueno recordarlo: nuestra primera tarea, nuestra misión más específica, como Obispo, como sacerdote, como laico, como bautizado en Cristo Jesús y en la Iglesia, es evangelizar. Proclamar la Buena Nueva. Decir y hacer, hablar y vivir esta Noticia Alegre: Cristo ha muerto y vive para traer libertad a los oprimidos. Sus testigos no podemos callar. Hay tantas situaciones humanas que envuelven una opresión; tantas carencias morales de quienes

están mutilados por su egoísmo, bloqueados por la angustia de una vida sin fe. Allí se espera, allí se tiene el derecho de exigir nuestra palabra, de exigirnos que seamos Luz.

Pero el encargo del Señor es todavía más explícito: proclamen la Buena Nueva a toda la Creación. Sean mis testigos hasta el confín de la Tierra. Nuestra noticia es para todos los hombres. Lo que nos ha sido dicho al oído, tenemos que proclamarlo por sobre los tejados. Cada vez que contemplamos la ciudad, con sus techos erizados de antenas —símbolo de la moderna comunicación social— vuelve a inquietarnos este mandato del Señor. ¿Acaso el Evangelio no reconoce los mismos marcos, no tiene la misma tendencia que los modernos medios de comunicación? ¿No pretenden ambos llegar y unir a todas las regiones del universo, suprimiendo distancias, instando a conocerse, a comulgar en aspiraciones comunes, a superar barreras odiosas y desigualdades irritantes, creando vínculos de aprecio y solidaridad? Sí: la Comunicación Social tendría que ser el conducto normal para anunciar la Buena Nueva del Evangelio. Su capacidad prodigiosa de acercar y congregar a hombres dispersos, es como una invitación a proclamar, por sobre los tejados y hasta el confín de la Tierra, el testimonio de Jesús Libertador.

¿Qué hemos hecho?

Y aquí se sitúa, otra vez, nuestra reflexión, nuestro examen de conciencia. ¿Qué hemos hecho, o qué

hemos permitido que se haga con los medios de comunicación social? Muchas veces hemos recibido su llegada y su impacto con mal disimulado temor. Nos hemos limitado a denunciar sus peligros y deplorar sus deficiencias. Pero siempre manteniéndonos al margen, en la postura irresoluta de quienes critican, sin construir donde destruyen.

Hemos denunciado, con razón, el peligro de que esos medios lleguen a ser factores de alienación, instrumentos en manos de algunos privilegiados para eternizar el orden que conviene a sus intereses; pero no hemos pensado seriamente en nuevas formas de asociación o empresa, que permitan a los periodistas ejercer mejor su deber y derecho de informar sirviendo sólo a la verdad.

Hemos protestado por los abusos de la violencia y del erotismo publicitario, pero no hemos desarrollado el hábito, el instinto de captar y destacar lo que es bueno, convenciéndonos, finalmente, de que sólo el mal, el escándalo y la deformidad pueden ser noticia.

Hemos condenado, sobre todo, los incontrolables efectos que los medios masivos pueden ocasionar en nuestra juventud inoculándole mensajes y seudovalores que desmienten lo recibido en la escuela y el hogar, pero no hemos hecho gran cosa por educar en los jóvenes un criterio sano de discernimiento de lo que ven y oyen y, más que eso, no hemos alentado en ellos las necesarias

vocaciones a trabajar constructivamente en la Comunicación Social.

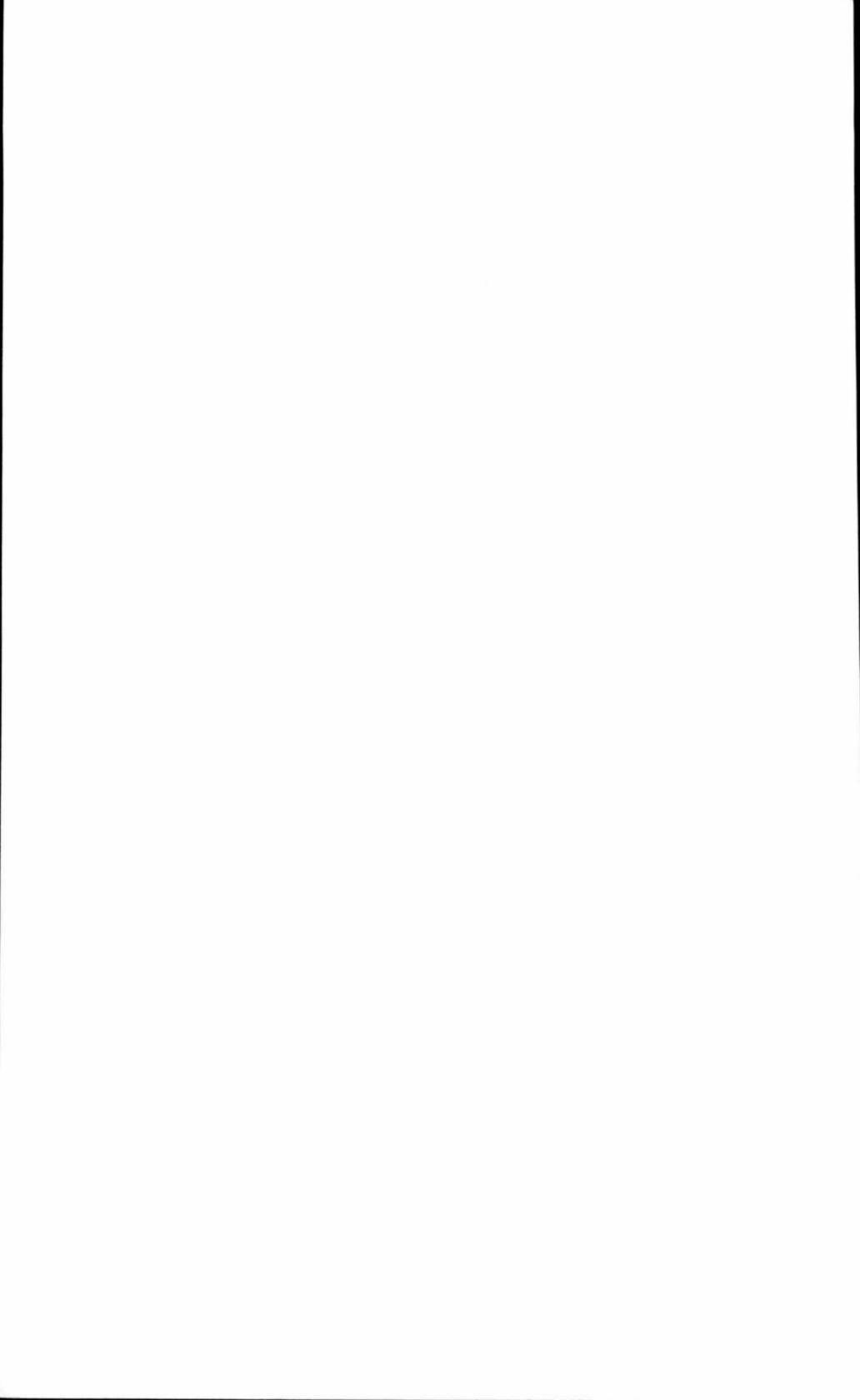
Debemos estar presentes

Un antiguo adagio dice, queridos hijos, que “lo que interesa y afecta a todos debe ser encarado por todos”. La Comunicación Social es un hecho que nos sale al encuentro y hasta se adentra en nuestra vida de todos los días, con una fuerza capaz de formar o deformar nuestra visión de las cosas. Ante un hecho así, no es lícito permanecer pasivo.

Como cristianos y como ciudadanos, por nuestra misión de evangelizar y de construir una ciudad verdaderamente humana, la Comunicación Social exige nuestra presencia activa. Seleccionando rigurosamente lo que vemos, oímos y leemos; dándonos tiempo para asimilar críticamente las impresiones acumuladas; ejerciendo siempre nuestro derecho y deber de participación, cada vez que se trate de foros, entrevistas, encuestas, declaraciones o noticias en que podamos aportar nuestra luz; favoreciendo las publicaciones y emisiones que respeten la verdad, que promuevan el diálogo sincero, que concurren al desarrollo integral, repudiando a quienes no tienen el talento necesario para captar la atención, si no es explotando el escándalo o el cuerpo femenino: “Lo que interesa y afecta a todos debe ser encarado por todos”.

Pero nuestro llamado se dirige particularmente en este día a los profesionales de la Comunicación Social. Reconocemos su esfuerzo; agradecemos su calificado servicio; comprendemos sus dificultades y limitaciones. Deseamos, como ellos, otros modelos de organización que aseguren mejor el pleno desarrollo de su vocación. Les ofrecemos nuestro concurso y colaboración, cada vez que lo requieran. Y les pedimos, también, que cualquiera sea el tipo de empresa en que laboren, conviertan ese potencial que les ha sido entregado en una continua y Alegre Noticia de liberación del hombre.

Santiago, 10 de Mayo de 1970.



La Iglesia entrega títulos de dominio.

TIERRA PARA LOS CAMPEBINOS

**La noticia produjo impacto:
la Iglesia entrega sus tierras
a los campesinos.**

**Al entregar los títulos de dominio a los
campesinos de San Dionisio, en Pirque,
el Cardenal habló así,
un día de mayo de 1970.**

La Iglesia tomó la decisión de distribuir estas tierras a quienes con su trabajo y esfuerzo prolongado demostrasen capacidad y responsabilidad para ser propietarios de ellas. Han sido años difíciles para ustedes, años de sudor, de fatiga y de lucha y también de esperanza y confianza. "Los que siembran entre lágrimas, cantando cosecharán". Nosotros los hemos acompañado en este tiempo; hemos seguido con interés y cariño los esfuerzos que los preparaban para ser propietarios de estas tierras. Estas tierras donde ustedes han visto salir y ponerse el sol, regadas por las lluvias y recorridas palmo a palmo por el caminar de cada día. Hoy, estas tierras les pertenecen, y esto nos llena de alegría, emoción y esperanza. Por eso, en este momento deseamos

agradecer a Dios que nos inspiró para iniciar la Reforma Agraria, para distribuir las tierras de la Iglesia.

¿Por qué lo hicimos? Porque la Iglesia debía ser leal y sincera consigo misma y con todos los chilenos. La Iglesia ha nacido para continuar la misión de Cristo y esta misión se resume en esta palabra: DAR. La Iglesia debe dar la Verdad y el Amor. Y éstas no son sólo buenas palabras. Su verdad y su amor son la generosidad, la solidaridad, la unión entre los hombres. Esto significa que los bienes de la Iglesia son los bienes de todos los hombres, especialmente de los que menos tienen, los bienes de los pobres.

Favorecer a los Trabajadores

Y porque los bienes de la Iglesia, espirituales y materiales, son para todos los hombres, debíamos dar este paso efectivo que favoreciese especialmente a quienes habían contribuido con su trabajo a mantenerlos y aumentarlos en estas tierras. Estas tierras sirvieron durante mucho tiempo para ayudar al culto de Dios, a las obras del apostolado, a la mantención del clero. Pero consideramos que por encima de estas necesidades estaba el porvenir de los trabajadores de la tierra, su dignidad y sus posibilidades de cultura. Creíamos que nuestro ejemplo contribuiría a crear un espíritu de reforma y de transformación de nuestros campos, cambiando sistemas de dependencia y opresión por nuevas

formas de vida, donde el trabajador campesino se sintiese responsable, respetado y digno. Un sistema que le permitiese trabajar en lo que es suyo, que asegurase su porvenir y el de sus hijos. Un sistema de más justa división de tierras, demasiado extensas o mal explotadas, que beneficiase al trabajador y, a largo plazo, a todo el país.

La propiedad cambia de manos

Hoy, el proceso de Reforma Agraria está en marcha. Hoy, muchos propietarios agrícolas deben entregar sus tierras, para que sean divididas según la ley. Se enfrentan así al dolor de abandonar lo que han considerado suyo durante toda una vida, y que a menudo han recibido de sus padres o abuelos, y ellos mismos han trabajado poniendo allí su esperanza y fuente de subsistencia. Esto es duro y difícil siempre. Más aún, es inexplicable para quienes no han pensado que todo bien que el hombre posee: educación, propiedad y riquezas, cualidades y aptitudes, no es algo para “atesorarlo para sí”, sino que tiene un destino social. Dios ha creado el mundo para todos, para que todos los hombres lo disfruten y no para que unos pocos se beneficien y se sientan seguros y los demás carezcan de lo necesario para una vida digna y un futuro tranquilo.

Nosotros esperamos que la necesidad de una distribución justa de los bienes debe ser comprendida por todos los hombres de buena

voluntad, especialmente por los cristianos. Cuando hemos defendido el valor de la propiedad, hemos pensado especialmente en la posibilidad y el derecho que todos tienen a ella, y no en la defensa de la propiedad de unos pocos. Si hoy muchas familias deben aceptar la expropiación de sus tierras, las tierras de sus antepasados, deben recordar también que en ellas han trabajado generaciones de campesinos que han dejado en ellas su dolor, su esfuerzo de años, sin haber tenido nunca la posibilidad de establecerse en ellas como en lo propio, sin poder esperar el futuro con tranquilidad, porque no era su tierra.

Hoy, el sacrificio aceptado de muchos antiguos propietarios hace posible el acceso de cientos de familias a la tierra que han trabajado siempre como ajena. Esto debieran comprenderlo mejor que nadie los cristianos.

Paz y Libertad

Todos queremos vivir en paz... Todos deseamos trabajar en tranquilidad y libertad para construir nuestro destino. Pero no nos hagamos ilusiones: la paz sólo es posible si existe la justicia social. Y una forma principal de justicia es la de distribución equitativa de los bienes y las tierras. La desigualdad injusta y opresora engendra la violencia, el odio, el rencor que ya presenciamos en nuestra patria. La libertad sólo es auténtica y duradera cuando es para todos, y no cuando es el patrimonio de los que poseen dinero y cultura. El

verdadero orden que tantos anhelamos es el orden de la justa distribución de las riquezas; porque no puede haber orden donde existe la explotación, donde existen unos pocos privilegiados y una multitud de explotados. Lo demás será un orden aparente, que durará mientras dure la represión de las justas aspiraciones, pero tarde o temprano este "orden" caerá víctima de su propia injusticia y error. Dios quiera hacer comprender a los propietarios que hoy pierden parte de sus tierras, que con su sacrificio están contribuyendo a la paz y la justicia en nuestro país.

Responsabilidad

En esta ocasión en que ustedes reciben los títulos de dominio de estas tierras, pensamos especialmente en todos los nuevos y futuros propietarios que va estableciendo el proceso de Reforma Agraria. En este título de propiedad está la esperanza de días mejores, de mayor dignidad, de más cultura y seguridad. Pero está también la exigencia del esfuerzo diario, sacrificado, responsable. Este título es una enorme responsabilidad para ustedes y sus familias. Ustedes adquieren con él un medio de ganar su pan honradamente y de preparar su futuro y el de sus hijos, pero la tierra que reciben es algo más que esto. Es sobre todo un medio de contribuir al bien del país, al beneficio del pueblo chileno. Cuando ustedes trabajen y cosechen, piensen que lo hacen no sólo para ganar lo que justamente les

corresponde; piensen también lo que el país espera de ustedes, nuevos propietarios: una mayor y una mejor producción, una contribución patriótica, sin egoísmo, al progreso de la patria.

Dar es Amor

Finalmente, quisiera expresarles la alegría que siento al hacer entrega de estos títulos de propiedad. San Pablo dice que para el cristiano "hay más satisfacción en dar que en recibir". La Iglesia se alegra hoy de poder dar. Desearíamos que se comprendiera nuestro gesto, en una época de violencia y rencor. No queremos predicar un amor que es pasividad y resignación ineficaz. Queremos recordar una vez más que el amor es más cristiano si es más universal, si beneficia a más hombres. De este amor real y universal brota nuestro deseo de transformar las estructuras de la sociedad; queremos que las estructuras sociales beneficien y aprovechen a todos y no a unos pocos. Sólo así puede darse el amor y la unidad entre los chilenos.

En este amor eficaz y universal creemos y esperamos nosotros. No creemos en la violencia de los que defienden sólo sus intereses egoístas, ni en la violencia de los que creen interpretar al pueblo y con sus actos sólo están preparando la represión y una mayor injusticia. Creemos en la generosidad, en el esfuerzo y el patriotismo de nuestro pueblo para consagrarse a cambiar injustas formas de vida social, para luchar en sus

organizaciones y sindicatos por la dignidad de su familia, por un porvenir mejor

Hoy queremos comprometernos y comprometer a la Iglesia, no sólo con nuestra palabra, sino también con nuestros actos en esta lucha del campesino y del obrero por su liberación y bienestar.

16 de Mayo de 1970.



Mensaje de Resurrección.

DEPONER TODA VIOLENCIA

**Con ocasión de celebrar la Iglesia Católica
la Pascua de Resurrección,
el Cardenal Arzobispo dirigió,
en abril de 1970 el siguiente Mensaje:**

Una vez más, queridos hijos, los cristianos hemos seguido en estos días, con nuestro afecto y nuestro recuerdo, la trayectoria dolorosa y sangrienta del camino del Calvario, de la Pasión del Señor.

Una vez más, hemos evocado aquellas horas en que contrastan tan vivamente la mansedumbre y la bondad de Cristo con el odio y la violencia de sus opositores.

Una vez más, nos ha parecido ser testigos impotentes del triunfo de la injusticia, de la intriga y de la mentira, en lucha contra la Justicia, la Verdad y el Bien.

La muerte de Cristo nos enfrenta con el gran problema de la Humanidad de hoy y de siempre: ¿Cómo vencer el mal? ¿Cómo destruir la injusticia? ¿Cómo llevar la salvación y la liberación a todos los hombres?

El Señor da una respuesta a este problema, que ha angustiado a los corazones generosos de todas las épocas.

El Señor ha enfrentado la injusticia estructural de su tiempo y la ha vencido.

El Señor ha cambiado viejas instituciones oprimentes, por otras hechas para servir al hombre y hacerlo libre.

El Señor ha vencido el odio con el amor, ha vencido el Mal con el Bien.

La tentación de la violencia, la tentación de Pedro, el jefe de los suyos, de sacar la espada y defender al inocente destruyendo al culpable; la tentación de combatir el mal arrancándolo de la Tierra; de hacer llover el fuego del cielo sobre los que luchan contra el Evangelio y resisten a la Verdad, se ha insinuado con persistente constancia, y con renovada y convincente dialéctica, a través de los siglos de vida de la Iglesia de Cristo, y ha solicitado a generaciones de cristianos, que no siempre han sabido rechazarla, no siguiendo el ejemplo del Maestro. Llenos, a veces, de generosas ilusiones, discípulos de Cristo han emprendido el camino de la violencia; han sacado la espada de la vaina y, como Pedro, han derramado la sangre de sus hermanos.

Cuantas veces la Iglesia ha tomado este camino, y ha saboreado, seducida por su belleza, este fruto tentador, ha debido llorar amargamente, arrepintiéndose de haber emprendido el derrotero de la guerra para obtener la Paz.

La triste experiencia de la Historia ha venido a demostrar, a los hijos del Mártir del Gólgota, que sólo hay una manera de vencer el Mal: el Bien. Que sólo se extingue el odio en el Amor.

Que sólo se edifica la Justicia con el sacrificio generoso del que sabe dar lo que tiene para satisfacer el hambre del que no tiene.

Hay en todo esto, queridos amigos, un misterio de vida. Si el grano de trigo no muere, no podrá dar mucho fruto; pero si se sacrifica y muere, su fruto será abundante.

Cristo nos ha señalado un camino, del cual no nos es lícito a los cristianos apartarnos: debemos dar nuestra vida, nuestra inteligencia, nuestras energías y nuestro amor, para que la Justicia y la Paz reinen en la Tierra.

La extraña aventura de su vida, que termina en la dolorosa y desastrosa muerte de Cruz, sólo se explica por el triunfo de su Resurrección Gloriosa. Era necesario que el Cristo padeciera y muriera, para que se transformara en fuente inagotable de vida. Era necesario que las tinieblas invadieran la Tierra para que la luz gloriosa del Sol de Justicia brillara sobre toda la ancha faz del mundo. Era necesario que la injusticia triunfara aparentemente, para que a los pobres se anunciara la Buena Nueva de su redención y la Justicia empezara a construir el Reino de los cielos en este humilde y pequeño planeta.

Sólo quien ama ilimitadamente el Bien y jamás transige con el Mal; sólo quien se sacrifica hasta dar su vida por la Justicia; sólo el que sabe dar sin pedir, es el que construye un mundo mejor y realiza, en él y en los demás, la verdadera y única revolución liberadora.

A imitación de Jesucristo, debemos ser los enemigos de la guerra y de todas las violencias que engendran injusticias mayores que las que se quiere destruir; pero al mismo tiempo debemos ser los constructores de la Paz, que sólo se elevará sobre el cimiento de la generosidad, que sólo se construirá sobre la piedra indestructible del sacrificio redentor.

Andar mil pasos con el que nos obligaba a dar cien; dar también la capa a quien nos pide la túnica; presentar la otra mejilla para extinguir el odio en quien nos hiere injustamente; morir por la redención de los que nos odian y maldicen, dándoles todo lo que somos y tenemos, para que en sus almas nazcan el amor y la bondad, son las bases de un cambio trascendental en nuestro mundo. Son los fundamentos únicos de la Resurrección gloriosa de la Humanidad que hoy, más que nunca, está sedienta de Justicia, de Amor y de Paz.

El cristianismo es una religión de Vida y de Amor; y por eso mismo es una religión que exige generosidad total. Las debilidades y errores nuestros, más de una vez, han desfigurado la faz de Cristo y han hecho inoperante su doctrina.

Hoy el Señor nos llama a renovar nuestra confianza en Él y en la gracia redentora que nace de su Cruz.

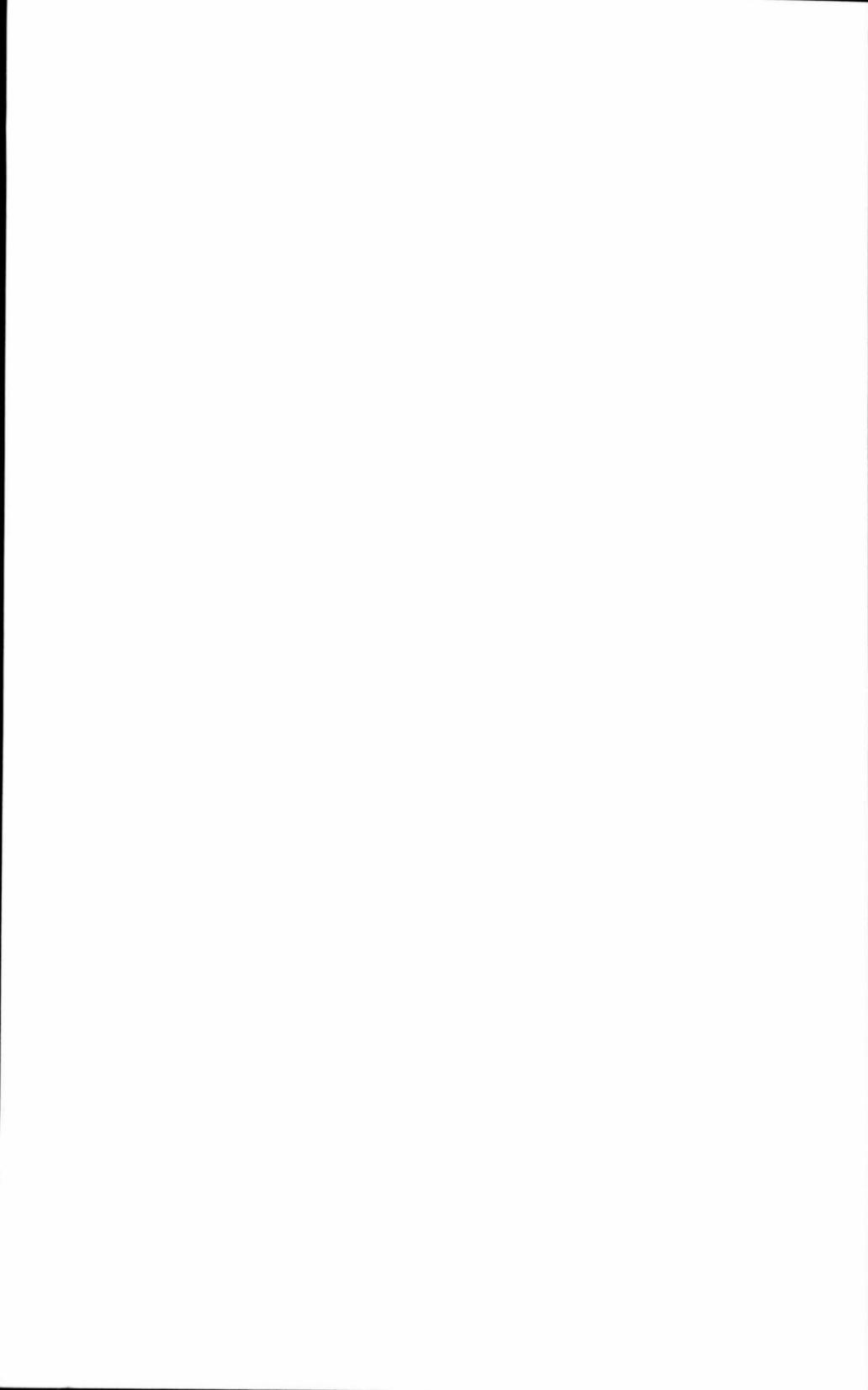
Nos pide que, junto con Él, emprendamos la tarea de la redención y liberación de nuestros hermanos, entregando nuestras vidas a la heroica y bella misión de construir un mundo más humano y, por lo tanto, más divino.

En este año, en nuestro Chile, el Señor llama a los cristianos a ser la levadura en la masa, la sal de la tierra, la luz del mundo. Hoy, cuando en nuestra patria, debido a la contienda electoral, suenan tantas voces airadas, pareciendo que la Paz y la equidad y el Amor no tienen más cabida en ella, hoy, más que nunca, Cristo nos llama a deponer toda clase de violencia y edificar el bien de la nación sobre la base de la generosa entrega, de la serena equidad, y de la justicia que construye sin estridencias.

¡Que haya Paz en nuestras ciudades y campos; que la lucha electoral no rompa la tradicional unidad de la familia chilena; y que todos entendamos el significado profundo del sacrificio redentor de Cristo, que dio su vida para reunir a los hijos dispersos!

Sólo así se verificará el deseo del Maestro, que con todas nuestras humildes fuerzas hacemos nuestro: MI PAZ OS DEJO. MI PAZ OS DOY - NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN NI SE ACOBARDE... YO ESTARÉ CON VOSOTROS...

Pascua de Resurrección, 1970.



Intervención del Cardenal Silva
en Canal 13 de TV.

IGLESIA, SACERDOCIO Y POLÍTICA

**Por el Canal 13 de TV
de la Universidad Católica,
el Cardenal, meses antes
de las elecciones presidenciales,
dirigió este mensaje a los cristianos,
el 20 de julio de 1970.**

Se cuenta que hace algunos años un sacerdote, cargado de méritos y de edad, vio llegado el momento de acogerse al descanso y de entregar su puesto a otro más joven. Sus feligreses le organizaron una cariñosa despedida, al término de la cual habló el festejado. Agradeció primero a Dios, y a los hombres, el don de una vida sacerdotal tan fecunda, para luego añadir: "Tengo la satisfacción de haber recibido esta parroquia con 40 votos, y entregarla ahora con 400..."

Anécdotas así, verdaderas o legendarias, recobran actualidad cuando la vida política se hace muy intensa, particularmente bajo la forma de una elección. Siempre, en esos casos, se pregunta: "¿Y la Iglesia? ¿Qué va a hacer? ¿Qué actitud va a adoptar? ¿Por quién tomará partido?"

Participación

La pregunta es legítima, y no hay por qué enojarse por ella. Primero, porque ha habido épocas y hombres de la Iglesia, miembros del clero, de la jerarquía, que estimaron normal, deseable y hasta imperativo que la Iglesia tomara partido. Épocas distintas, mentalidades diferentes, falta de claridad y evolución en la doctrina o de madurez en las personas explican, en parte, estas actitudes que no tenemos por qué negar, pero que no queremos repetir.

La pregunta es legítima —segundo— porque la política en general, y una elección en particular, son hechos y actividades en que se juega buena parte del destino de una comunidad. Y a la Iglesia, servidora de la comunidad, eso no le puede ser indiferente. Un cristiano no deja de ser ciudadano. Al contrario: su misma fe, su Bautismo lo comprometen para siempre con un Cristo solidario, servidor y liberador de los hombres, sus hermanos. Y eso supondrá, en mayor o menor grado, según su vocación, algún tipo de participación en la vida política.

Es bueno, por eso, que la pregunta se plantee así: **¿QUÉ TIENE QUE DECIR, QUÉ PUEDE Y DEBE APORTAR LA IGLESIA A LA VIDA Y AL MOMENTO POLÍTICO DE NUESTRA COMUNIDAD?**

Sin opción política

Y de inmediato una primera respuesta, tomada del espíritu y letra del Concilio: LA IGLESIA COMO TAL, NO TIENE NI ESTÁ LIGADA A NINGÚN SISTEMA NI PARTIDO POLÍTICO. Cuando decimos "Iglesia", aludimos aquí por igual a los obispos, sacerdotes y laicos cristianos. Si estos últimos, llevados por su conciencia cristiana se inclinan a elegir una determinada opción política, tendrán que admitir que otros creyentes, llevados por la misma sinceridad, escojan una solución divergente. Y ni unos ni otros podrán estimar su propia solución como la única compatible con el Evangelio.

Esta primera respuesta parece más bien negativa: afirma lo que la Iglesia no es y no debe hacer. Bien mirada, bien entendida, afirma una verdad del todo positiva: La Iglesia ES SIGNO Y SALVAGUARDA DE LA TRASCENDENCIA DEL HOMBRE; señal y garantía de que la PERSONA HUMANA ESTÁ POR ENCIMA Y VALE MÁS QUE CUALQUIER SISTEMA O PARTIDO POLÍTICO. Por su naturaleza, por la misión que recibió de Cristo, Ella, lejos de ser una facción, un grupo, una ideología más, es el signo y salvaguarda de que los hombres puedan encontrarse y, más allá de sus ideologías y opciones políticas, unirse.

Unidad

La actividad más propia de la Iglesia, la fuente y cumbre de su vida es, por eso, la Eucaristía: el Sacramento de la Unidad, en que los hombres comulgan con Dios y entre sí, sintiéndose y haciéndose hermanos, todos ellos igualmente pecadores e igualmente redimidos. Eso es lo primero que la Iglesia puede y debe aportar a la vida política: SER EL SIGNO, EL SACRAMENTO DE LA UNIDAD.

Por eso mismo, su jerarquía, su clero, sus obispos, sacerdotes y diáconos no pueden estar al servicio de una ideología o facción humana ni convertirse en militantes o activistas de una postulación política. Repito: no porque sean insensibles a las urgencias de la vida ciudadana, como si ellos no tuvieran un corazón sediento de justicia o no pudieran tener una visión y convicción propias sobre el camino que mejor lleva a esa justicia. Si el sacerdote no puede ser un militante político, no es porque esté marginado de las angustias y esperanzas del pueblo, sino porque el servicio que el pueblo le reclama es de otra naturaleza: es un servicio SACERDOTAL. Y el sacerdote, representante visible de Cristo en la comunidad, tiene por tarea, como la Iglesia misma, construir y alimentar esa unidad cuyo signo y garantía es él.

Adversario, pero no enemigo

Esa unidad no es un acuerdo superficial y sentimental. No significa que los hombres

renuncien a sus postulados políticos o hagan como si no los tuvieran. El servicio propio del sacerdote es ofrecerse para que, en la Iglesia, esos hombres encuentren su Casa: la Casa donde se puede legítimamente discrepar, ser incluso adversario, pero no enemigo. La Casa donde todos tienen cabida, porque allí no se hace distinción ni se marca preferencia por ninguna bandería, sino se comulga en una realidad más honda y que los hermana a todos; somos todos víctimas del egoísmo, somos todos vulnerables a la tentación de dominar, somos todos necesitados de redención por Cristo.

Ese es el inapreciable servicio que la comunidad reclama del sacerdocio y de la Iglesia. Más profundo, más exigente, más eficaz también que el de una mera militancia política, para la que el sacerdote no tiene experiencia ni misión, porque no ha sido ordenado para eso. El pueblo no debe aceptar una intromisión abusiva que envuelve, quizás, un oscuro anhelo de poder y se sirve de una autoridad religiosa para obtener fines terrenos. Si esos errores y abusos se cometieron en el pasado, no los queremos repetir, sino más bien expiar, prestando ese servicio que nadie, sino el sacerdote, está hoy en condiciones de prestar: reunir a los hermanos dispersos.

Lealtad y franqueza

Nuestra misma lealtad con el pueblo exige que seamos lo que somos: padres, pastores, educadores de la fe. Que anunciemos el Evangelio

con todos sus imperativos, con toda la franqueza de un apóstol, con hambre y sed de justicia. Que lo anunciemos sin temor y siempre con amor, cuyo signo es el respeto. Que recordemos a los hombres sus motivos más profundos de vivir, de esperar y de amar. Que les mostremos un Reino que comienza, sí, en la Tierra, pero que no se identifica ni agota con ningún ordenamiento social o económico, por perfecto que sea. Que seamos testigos fieles de un Cristo que se hizo todo para todos.

Esto es lo que la Iglesia puede y debe aportar a la vida y al momento político de nuestra comunidad. Como Pastor de la Iglesia de Santiago, evoco con admiración y gratitud el recuerdo de mis antecesores, como Monseñor Crescente Errázuriz, quienes en épocas de aguda tensión reivindicaron para la Iglesia este camino de servicio, alejado de ambiciones o colusiones políticas.

Una Iglesia que no quiere conquistar votos, sino educar en la fe, que ama y espera.

20 de julio de 1970.

Sucesos policiales en Puente Alto

PROTEGER LA VIDA

**Con motivo de sucesos policiales
en Puente Alto,
dos jóvenes estudiantes perdieron la vida.
El Cardenal habló al pueblo de Santiago
por el Canal 13 de TV (agosto 1970)**

Hay muchas cosas que los discípulos de Jesús quisieramos hacer, como las hizo el Maestro, y no podemos.

No podemos, como Él, multiplicar el pan; aunque el hambre de los pobres nos angustie y nos acuse.

No podemos, como Él, acallar una tormenta, mandar sobre las fuerzas de la naturaleza, impedir los terremotos que destruyen y matan a tantos de nuestros hermanos.

No podemos, sobre todo, resucitar a los muertos. Devolver, como tantas veces lo hizo Él, un joven a la vida y sembrar de nuevo la alegría en el corazón y en el rostro de sus padres.

Por eso vivimos horas de tristeza. La Ley de Cristo es que llevemos unos las cargas de los otros; y ninguna carga es tan difícil de llevar como la

muerte de un hijo. Nuestras manos quisieran tomar algo de esa carga, y se levantan ahora para orar y para exhortar.

Oramos por los que lloran: el Dios y Padre de toda consolación haga brillar en ellos la esperanza del reencuentro.

Oramos por los jóvenes que se han ido: el Señor, Justo Juez, sacie con abundancia sus generosos anhelos de justicia.

Oramos por los jóvenes que los despidieron: que su energía solidaria se movilice sólo para construir.

Si no podemos resucitar a los muertos, podemos y debemos orar, hablar y exhortar para proteger la vida. Exhortar a los padres, a los educadores, a los líderes y orientadores de juventud, para que, responsablemente, custodien el depósito sagrado que es la vida de un joven.

La alegría de engendrar es un preludio de la alegría de nacer; y la alegría de nacer invita a la alegría de educar. Ser padre, ser madre, ser maestro, es un compromiso de servir y amar hasta el fin la vida que uno alentó, sin otro premio ni satisfacción que la alegría misma de servir y amar desinteresadamente.

Los sucesos que estamos lamentando pueden querer decirnos eso: que cuidemos mejor el don de nuestros hijos; que cumplamos mejor la tarea

sagrada de educar; que no busquemos otra alegría más pura y más intensa que la de vivir y morir para que nuestros jóvenes tengan la verdadera vida.

Esa vida está hoy amenazada. El alma juvenil, por su naturaleza sensible a ideales absolutos, es vulnerable a la pasión violentista. Nunca faltan quienes se aprovechan de ello y arrastran a los jóvenes a empeñar su talento y su sed de justicia en maniobras de destrucción estéril. Si triste es que muera un inocente, mucho más triste es que se conspire así contra el alma de nuestra juventud. No podemos permitir ese crimen.

Y no sólo es el alma juvenil; es el alma nacional la que se ve amenazada. Grupos minoritarios pretenden imponerle a la inmensa mayoría de los chilenos un clima ficticio de hostilidad y atropello a las personas, de desconfianza mutua y hasta de terror. Aceptarlo significa destruir las bases mismas de nuestra convivencia ciudadana. Y que nadie piense en beneficiarse con esa destrucción, porque la violencia termina siempre volviéndose contra los que la usaron para destruir a los otros.

No basta, sin embargo, con repudiar. Tenemos que crear. El alma de Chile debe ser recreada constantemente por nosotros. Y en definitiva es eso lo que nuestros jóvenes nos exigen y urgen; crear un mundo habitable para el hombre. Nadie educa mejor a su hijo que el que vive delante de una vida marcada por la justicia, dándole a cada uno lo suyo, reconociéndole a cada cual su

derecho a discrepar, alternando con amigos y adversarios, en un clima de respeto y serenidad, rechazando como arma innoble la mentira, la verdad a medias, la imputación calumniosa y el insulto, sin tolerar nunca que una opinión política, legítima y respetable, quiera imponerse a costa del valor supremo, que es el respeto a toda persona y a toda vida humana.

Cuando nuestros jóvenes nos vean confiando y construyendo en la verdad y con la sola violencia del amor, se incorporarán gustosos a una sociedad cuyos cimientos no necesitan levantarse sobre ruinas, y cuyo progreso no exige, sino detesta, el precio de una sangre irresponsablemente derramada.

Los discípulos de Jesús no podemos resucitar a los muertos. Pero que nunca se diga que dejamos de orar y de exhortar, de rubricar con nuestra vida nuestra tarea sagrada de proteger la vida.

Agosto de 1970.

En vísperas de las elecciones
presidenciales.

LO QUE NOS UNE

**Para iluminar a los cristianos
en tiempos de reflexión,
el Cardenal dirigió este profético mensaje
a los chilenos, en
Septiembre de 1970.**

En esta hora de seria responsabilidad, creo mi deber decir una palabra a todos los hombres y mujeres de buena voluntad en nuestra patria. Una palabra que sólo quiere iluminar las mentes, y despertar las nobles energías que todos tenemos, pero que parecen, a veces, dormir en el fondo de nuestras almas.

Estamos terminando un proceso cívico. Como tantos otros de nuestra historia, ha movilizado a todos los chilenos en torno a opciones políticas diversas, ardorosamente sustentadas. Una campaña, tal vez excesivamente larga y costosa, nos ha hecho conocer la personalidad y los programas de cada candidato, fundamentando nuestra responsable decisión de conciencia. Reconozcamos que es un lujo, un privilegio no muy común en nuestra América, poder elegir así,

con esa seriedad, con esa libertad, a los representantes y servidores de un pueblo soberano.

Pero este privilegio hay que cuidarlo; este proceso hay que dignificarlo. Lo recibimos de nuestros mayores como un precioso legado, y nuestros hijos esperan que se los transmitamos intacto y enriquecido. Es un deber que no siempre cumplimos bien. La verdad y las personas no han sido siempre respetadas. Más de una vez la violencia ha cobrado víctimas, cuyas vidas nos parecen estérilmente tronchadas. Idearios políticos que aspiran, todos, a hacer más grande a Chile, nos apasionan y enceguecen a ratos, hasta hacernos olvidar que somos todos hijos de la patria chilena. Y un proceso destinado a hacernos crecer en nuestra madurez ciudadana, a consolidar nuestra comunidad de tareas y de destino, amenaza desgarrarnos con la división y empeñar nuestra convivencia con una nota de amargura.

Por eso creo mi deber decir una palabra. La propongo humildemente, interpretando lo que siento o adivino, en el corazón de mis hermanos chilenos en una hora como ésta. Y es una palabra muy simple: PAZ.

Cualquiera puede decirla: PAZ. Siempre es grato y hace bien repetirla: PAZ. Pero yo quiero hoy algo más que pronunciarla: quiero invitar a conquistarla. Los meros saludos y los buenos deseos no cambian el mundo.

Los caminos

¿Cómo conquistar esa paz? Ante todo, perdiéndonos el miedo unos a otros. Y la mejor manera de perdernos el miedo es conocernos —que es ya, empezar a comprendernos—. Si los chilenos hiciéramos hoy un esfuerzo serio por conocernos, descubriríamos algo sorprendente: **LO QUE NOS UNE ES MUCHO MÁS FUERTE QUE LO QUE NOS SEPARA**. Todos deseamos pan, respeto y alegría. Todos somos y nos sentimos chilenos, celosos de nuestra soberanía, acostumbrados a la libertad. Todos entendemos que en nuestra mesa común no puede haber privilegiados ni marginados. Todos queremos que esta tierra de todos la disfruten todos, con los mismos derechos y las mismas oportunidades. **TODOS ANHELAMOS LA PAZ**. Diferimos, sí, en los caminos, en los métodos, en la velocidad para alcanzarla. Hay quienes quisieran dos aceleradores, mientras otros preferirían dos frenos. Pero todos nos sentimos en el mismo coche.

Y si es así, si al conocernos descubrimos que somos tan semejantes, tan solidarios, tan próximos, ¿por qué tanto prejuicio, por qué tanto miedo, unos de otros? ¿Será tan difícil comprender al otro?, ¿comprender que, tras su lenguaje imperfecto, su conducta vacilante, sus métodos discutibles, palpita el hombre sediento de justicia, el hombre que quiere amar y ser amado, respetar y ser respetado, crecer bajo un techo que resguarde su intimidad, ser padre

responsable de hijos felices, crear sus propias obras, creer en un Dios que salvará la obra de sus manos? ¿Puedo reprocharle que tenga los mismos anhelos, los mismos ideales que yo tengo? ¿Puedo negarle los mismos derechos que reclamo para mí? ¿Puedo condenarlo porque lo sorprendo en las mismás faltas y contradicciones en que yo caigo?

¡CONOZCÁMONOS! Adentrémonos, con respeto, unos en otros, más allá de esa etiqueta o denominación política que nos separa y aleja como si fuéramos extraños. ¡Conozcámonos, para empezar a comprendernos! ¡Perdámonos el miedo unos a otros!

Eso es precisamente lo que hace tan precaria nuestra paz: que nos tenemos miedo. Nos miramos con recelo, sintiendo o creyendo que uno amenaza los derechos del otro.

Por eso nunca tendremos paz si no tenemos justicia. Sí: la paz es obra y fruto de la justicia, y la justicia consiste en amar los derechos de los otros, tal como ama uno sus propios derechos.

Justicia es respeto

¿Cuántas veces NO AMAMOS, SINO TEMEMOS LOS DERECHOS DE LOS OTROS? Seamos sinceros: ¡cuánto nos duele, cuando los otros golpean a nuestra puerta y hacen valer sus

reivindicaciones; cuando exigen su derecho a la tierra, su derecho a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, al salario equitativo, a la información veraz, a la agremiación, a la huelga, a la seguridad social, al descanso, a elegir en conciencia su camino y su fe! Una oscura y poderosa dinámica trabaja en nuestro corazón: LA DINÁMICA DEL EGOÍSMO. El egoísmo no es más ni menos que eso: TEMER LOS DERECHOS DE LOS OTROS. Actuar como si sólo se pudiera ser feliz postergando los derechos, acallando las reivindicaciones de los demás. El egoísmo violenta la justicia, deshace el equilibrio en las relaciones humanas y así hace imposible la paz. El egoísmo es ya una forma de violencia que genera espontáneamente una contraviolencia. Por eso no habrá paz allí donde no haya justicia, y no habrá justicia sin una educación sistemática a amar los derechos de los otros.

La violencia

Algunos sienten miedo; muchos sienten la paz amenazada. No descarguemos toda la culpa en los profesionales de la violencia: nosotros también lo somos, en la medida en que dejamos que domine nuestro corazón la dinámica del egoísmo. No nos contentemos con repudiar, de tiempo en tiempo, el robo, el insulto, el secuestro, el asesinato como crímenes nefastos. Ciertamente lo son, y quienes los cometen serán destruidos de la misma manera. Pero erradiquemos, también, la violencia previa del egoísmo, que

retiene celosamente lo que pertenece al otro y más de una vez estimula su propia violencia. Decidámonos de una vez y en serio por la justicia. Descubriremos, sorprendidos, que **NUNCA NUESTROS DERECHOS ESTÁN MEJOR GARANTIZADOS QUE CUANDO AMAMOS LOS DERECHOS DE LOS OTROS.**

Estamos en el umbral de una decisión ciudadana. En pocas horas más culminará un proceso largamente esperado, arduamente debatido. Nadie sabe, en estos momentos, cuál será el veredicto popular. Pero hay algo de lo que podemos estar ciertos los que, como ciudadanos y Pastores, vivimos auscultando el corazón de nuestro pueblo: **NUESTRO PUEBLO DESEA LA PAZ Y NUESTRO PUEBLO SABE QUE LA PAZ ES UN FRUTO DE LA JUSTICIA.** Es un quehacer **DE TODOS.** Es un quehacer **PERMANENTE.** El candidato elegido no podrá, ni más ni menos, que ser intérprete, coordinador de este anhelo y tarea que viene desde el pueblo, y necesita del pueblo mismo como su principal protagonista e insustituible ejecutor.

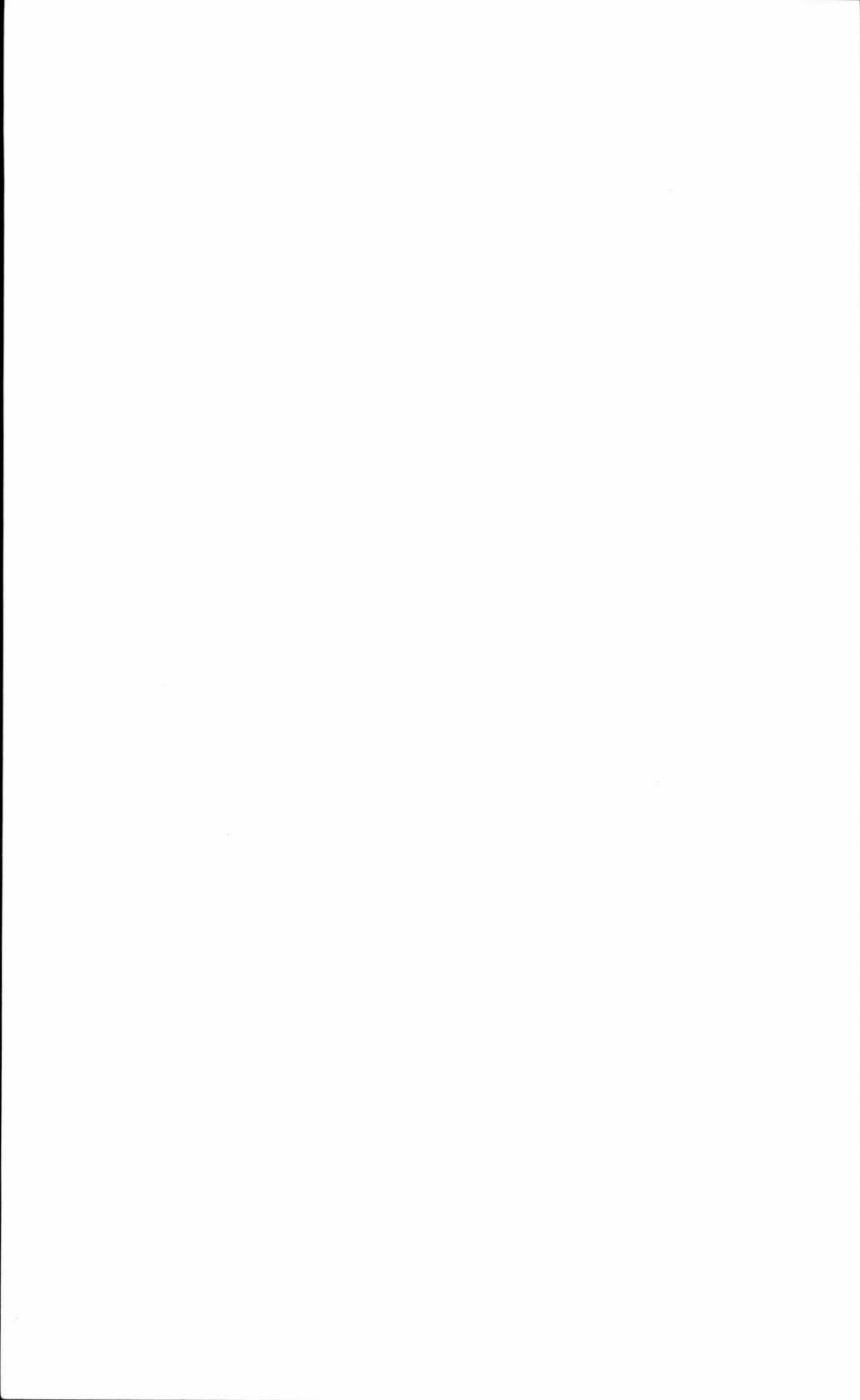
Ese es el camino recto y sano para construir la paz; el camino, también, deseado por la casi totalidad de los Chilenos. De esa abrumadora mayoría depende que el proceso electoral se oriente en esa sola dirección. A ellos les corresponde hacer moralmente imposible el insulto torpe, la provocación inútil, la acusación irresponsable, la alarma ficticia e interesada, el rumor manipulado, la burla hiriente de los que

no saben ganar, el rencor violento de los que no saben perder, armas bajas que nada tienen que hacer en un limpio pronunciamiento ciudadano. Chile lo necesita. Ningún candidato quiere votos arrebatados con ellas; nadie quiere ser Presidente de un Chile desgarrado por el odio, cabeza de un cuerpo al que le han robado el alma. El alma nacional es demasiado preciosa. Alma entretejida en mil sacrificios; alma de convivir respetuoso, realista, sensato; alma que en todo momento sabe, también, sonreír, esperar, perdonar y amar.

Sí: no tenemos por qué ser extraños ni enemigos los que caminamos juntos el mismo camino. No tenemos por qué odiarnos los que sólo tenemos vocación y tiempo para amarnos.

Mis agradecimientos a ustedes por permitirme decirle, a la patria que amo, esta palabra tan simple, tan tranquila, tan bienhechora, tan deseada: PAZ.

(Septiembre de 1970)



Funerales del Gral. René Schneider.

EL CAMINO DE LA JUSTICIA...

**El día 26 de octubre de 1970,
en los funerales del asesinado
Comandante en Jefe del Ejército,
el Cardenal pronunció la siguiente homilía:**

La patria está de duelo: un gran soldado del Ejército de Chile ha muerto, sacrificando su vida en el Altar de la Patria. Por eso nos vienen a los labios las palabras del Libro Santo que acabamos de escuchar: **NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA SU VIDA POR SUS AMIGOS.**

Palabra ésta del Señor y la única que puede transformar este instante de congoja en un signo de esperanza.

El Señor la pronunció horas antes de su propia muerte. La pronunció con alegría y con el ánimo de colmarnos de su propia alegría. La pronunció para enseñarnos que el dolor y la muerte pueden ser el más sublime, el más fecundo gesto de amor.

Esta Palabra ilumina nuestra congoja de hoy. Al que ha dado la vida por sus amigos se le llora,

pero no se le pierde. Su vida alimenta y se prolonga en la vida de los mismos por quienes murió. Y su sangre adquiere una conmovedora elocuencia.

Sí. Desde el comienzo de la Historia Humana, la sangre del hombre, derramada por su hermano, ha hablado un lenguaje elocuente. La envidia homicida de Caín es el símbolo del hombre incapaz de resistir la Luz y gozarse en la Justicia; símbolo, por eso, del hombre que pone su fe en la violencia asesina; símbolo, también —y de ello testimonian la Biblia y toda la experiencia humana— de la absoluta esterilidad de la violencia.

Desde el episodio de Caín y Abel hasta el Mártir del Gólgota: desde la muerte de Cristo, hasta la de aquellos profetas que en nuestros días mueren como Él, por dar testimonio de la Luz, la violencia se ha revelado como absolutamente estéril. Estéril digo, para quienes pusieron su fe en ella: siempre obtuvieron exactamente lo contrario de lo que pretendían. Ni sus conciencias encontraron paz, ni la Luz que combatieron fue oscurecida. Ni la Palabra que los molestaba logró ser acallada. Cuando pensaron reducir sus víctimas al silencio, la sangre de ellos se alzó para hablar con más elocuencia que todas las palabras. Y de sus mismas muertes surgió, inagotablemente fecundo, un manantial de vida.

Por eso lloramos, pero no perdemos al que da la vida por sus amigos.

Hoy son nueve millones de amigos, nueve millones de chilenos los que sienten renacer su hambre y sed de justicia, su pasión por la Verdad, su anhelo y vocación de Paz, su imperativo de fraterna Unidad y, sobre todo, su fe en la convivencia democrática. Una nueva vida palpita en el corazón de la patria; una conciencia se ha hecho común y definitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia.

Y tal vez no lo veríamos con tanta claridad, y nuestra comunión de sentimientos e ideales no sería tan firme y tan resuelta, sin el testimonio de esa sangre que hoy proclama, elocuente como nunca, la fecundidad de una vida entregada a la patria.

El tiempo juzgará de la sinceridad de nuestros sentimientos. Sabemos que nuestras emociones suelen ser fugaces y nuestros afectos, precarios. Pero en este momento, al menos, cuando nos sobrecoge todavía la presencia corporal del amigo y del mártir, sentimos que su nobleza nos obliga y su testimonio nos compromete.

Reunidos hoy en este Templo, donde la patria ha orado en todos los grandes momentos de su historia, no venimos sólo para llorar al padre, al amigo, al jefe, sino para proclamar nuestra fe en los grandes valores que su sacrificio encarna. La patria no ha muerto: llora emocionada, con noble entereza, ante un sepulcro que es también emblema de grandezas ciudadanas, y mudo y

elocuente testimonio de amor a las nobles tradiciones republicanas y democráticas de Chile.

General Schneider, noble soldado de Chile: TU DIOS Y TU PATRIA HOY TE CORONAN CON EL LAUREL DE LA INMORTALIDAD QUE HAS GANADO EN LA MÁS BELLA DE TODAS LAS CONTIENDAS: LA DE QUIENES DAN SU VIDA POR EL BIEN DE SUS HERMANOS.

Santiago, 26 de Octubre de 1970.

Homilía en el Te Deum Ecuménico.

UN MUNDO MÁS SOLIDARIO

**A las 11 de la mañana,
del día 3 de noviembre de 1970,
en la Iglesia Catedral,
se celebró un acto de Acción de Gracias para
orar y pedir por la Patria.
Asumía el mando de la nación el señor
Salvador Allende.
El Cardenal dijo estas históricas palabras:**

A la preman
Recién recibida la insignia del mando supremo de la nación, ha querido el Señor Presidente venir hasta este Templo y participar en esta Acción de Gracias. Es un gesto —que lo enaltece— de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile, representados aquí en los Pastores y Ministros de sus diversas comunidades de Fe.

En nombre de todos los que creemos en Dios, y que por eso amamos y respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica. Tres son las afirmaciones que parecen resumirlo: una antigua tradición nos congrega; una común alegría nos anima; una urgente misión nos compromete.

Justicia

“Abran la ruta, quiten los obstáculos del camino de mi pueblo”, nos ha urgido recién el Señor, por boca del Profeta Isaías. “Rompan las cadenas injustas, devuelvan la libertad a los oprimidos, arranquen todos los yugos”. Así suena, recio, exigente, el auténtico mensaje profético; así se encarna, y se prueba una fe religiosa verdaderamente vivida. Ritos y ceremonias, ayunos y penitencias agradan a Dios cuando los inspiran el anhelo y el deber de hacer justicia al hermano. “Compartir tu pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo-, y no esquivar al que es tu propia carne: ¿no es ése el ayuno que agrada al Señor?”. Así lo acabamos de escuchar: palabras de un Libro que es patrimonio de la Humanidad.

Los que creemos y vivimos de esa Palabra, no podemos temperarla. No nos es lícito atenuar en nada el rigor de su experiencia. No podemos desvirtuar la fe, convirtiéndola en pretexto para esquivar la miseria de quienes son nuestra carne. El Reino que esperamos comienza a construirse aquí, y uno de sus pilares es la justicia. Por eso es que en un acto netamente religioso, como el presente, no dudamos en hablar de una misión urgente que nos compromete a todos. A todos, sí: a todos los que han recibido un legítimo mandato del pueblo, y a los que hemos recibido un auténtico mandato de Dios. Dos mandatos que, por distintos y complementarios caminos,

apuntan a una misma, urgente tarea de liberación. El Dios que en Jesucristo se identificó con los pobres y oprimidos nos juzgará según nuestra fidelidad a ese mandato.

Alegría y compromiso

Este momento religioso no se limita, sin embargo, a recordarnos y urgirnos una misión: quiere animarnos, también, en una común alegría. No es la euforia fácil de quienes se embriagan con palabras y dan de antemano por resueltos todos los problemas. No es la ilusión ingenua de inaugurarse ya, y con mínimo empeño, un paraíso en la Tierra. Nuestra alegría de hoy es la alegría sobria y muy serena, la alegría también muy pura del que construye una obra bella.

Nosotros —todos— somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin frontera. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto, quisiera ser más inquisitiva que condenatoria; más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende, que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada. Y la alegría que nos invade hoy, es la

propia de quienes se consagran a la obra más bella: seguir creando la patria.】

Ese es también el clima de toda auténtica fe religiosa. Tal vez nunca, nadie, ha formulado exigencias tan severas como el Evangelio de Jesucristo; ciertamente nadie ha prometido, como Jesús, tanta alegría en el cumplimiento mismo de sus exigencias. Lo escuchamos recién en su Sermón de la Montaña, planteando a las masas su programa. Cómo les exige desprendimiento interior, señorío del corazón sobre el absolutismo del dinero; cómo les inculca la mansedumbre para conquistar la Tierra; la misericordia para obtener misericordia; cómo les aviva el hambre y sed de justicia, y los compromete a ser artesanos, constructores de paz y aun mártires de la justicia; cómo les pide un corazón puro, sin la turbiedad del egoísmo, para poder ver a Dios en el rostro de los pobres.

Tal vez nunca, nadie, se ha atrevido a exigir tanto de las multitudes. Pero ciertamente nadie ha prometido tanta alegría.【La alegría que sentimos, en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.】

Respeto

Sabemos por experiencia que estas tareas nos desbordan. Ellas requieren una sabiduría, una prudencia, una fortaleza de ánimo, una visión, una esperanza que la sola fuerza humana no es capaz de dar. Por eso, si es propio de todas las religiones el orar, costumbre ha sido siempre orar particularmente por quienes más necesitan esa prudencia y sabiduría, esa fortaleza, esa visión, esa esperanza: [los gobernantes. Más allá de sus personales ideologías o creencias, su legítima autoridad les confiere la suprema dignidad de servidores del pueblo; acreedores, por ese título, al respeto y cooperación de todos, en todo lo que sirva mejor a su pueblo.]

Este momento de oración se inscribe así en una antigua tradición religiosa; pero corrobora, al mismo tiempo, inapreciables tradiciones patrias. Tiene un carácter de símbolo y garantía de respeto: el respeto de los gobernantes por todas las formas de fe religiosa; el respeto de las Iglesias por la legítima autoridad de los gobernantes; el respeto recíproco entre múltiples confesiones religiosas.

[Es justo entonces que nos congreguemos para una Acción de Gracias. Hombres que reciben una tarea de liberación de sus hermanos; hombres que sienten la alegría de construir obras bellas; hombres que saben respetar porque se sienten respetados, no pueden menos que dar las gracias, porque todo eso es un privilegio.] Como es un

privilegio gustar este momento que une pasado, presente y futuro, gustar esta celebración que reúne a los constructores de la ciudad terrena y a las piedras vivas del Templo de Dios, en la alegría de una misma, hermosa tarea; en el fervor de una misma agradecida plegaria al Dios de quien procede todo don, por Cristo que es ayer, ahora y siempre. Amén.

Santiago, 3 de Noviembre de 1970.

Mensaje de Navidad

CRISTO EN LOS DESPOSEÍDOS

**Cada año, el Pastor saluda en Navidad
a los cristianos de Santiago.**

**En el año 1970, su mensaje fue claro, directo
y penetrante.**

Un niño, envuelto en pañales y recostado en un pesebre, ilumina esta noche a la Humanidad.

Por este niño empezaron los hombres a mirarse como hermanos.

Este niño es el Rey y Salvador prometido a los pobres.

La alegría del pueblo, la paz en la Tierra, nacen con este niño.

Nunca nadie fue tan esperado como Él. Y a nadie necesita hoy el mundo tanto como a Él.

Si hoy luchamos por los derechos de los pobres es porque Él, siendo rico, se hizo pobre.

Si el clamor de justicia se hace inacallable, es porque Él se ha encarnado en todos los desposeídos de este mundo.

Toda la esperanza que mantiene en marcha a la Humanidad, se funda en que Él vino y volverá.

Todo el amor que los hombres se entregan, responde a la ternura y pureza del amor de ese Dios hecho niño.

En este Niño tomó Dios la carne de los hombres, para que ninguna obra, ningún afecto de los hombres se perdiera en la nada.

La fe en este Niño, Dios humanado, es la victoria que vence al dolor y a la muerte.

Su nacimiento es una invitación a nacer. Esta noche ha de nacer, en nosotros, un Hombre Nuevo.

Para nosotros resuena, esta noche, la gozosa noticia de la Noche de Belén: “No tengan miedo, porque vengo a anunciarles una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy día les ha nacido un Salvador”.

No tengan miedo: no viene a condenar, sino a salvar. No tengan miedo: no viene para unos pocos privilegiados, perfectos o muy letrados. Viene para todo el pueblo.

Viene para todos los que necesitan ser salvados. Para los que quieren oír, ver, caminar.

Para los que se sienten manchados. Para los que se reconocen enfermos, débiles, pobres, marginados.

Para los que sufren hambre y sed de justicia. Para los que lloran ausencias, distancias, soledades. Para los que no saben, y quisieran saber. Para los que no esperan, y quisieran confiar. Para los que no aman, y quisieran amar.

En este Niño, retira Dios el velo que enluta a los hombres, y hace desaparecer la Muerte para siempre y enjuga las lágrimas de todos los rostros.

Esta noche nos ha nacido un Salvador. Esta noche hemos de nacer de nuevo. Niños, ancianos, adultos, adolescentes, creyentes y descreídos, justos y pecadores: todos necesitamos ser salvados. Todos tenemos derecho a comenzar de nuevo.

Por eso, la señal para ubicar al Salvador es reconocible por todos. Inspira confianza, deseos de acercarse. No atemoriza, no ofende a nadie. “Esto les servirá de señal: envuelto en pañales y acostado en un pesebre, encontrarán un niño”.

Ningún despliegue de fuerza, ningún alarde de espectacularidad. El Salvador no trae armas, dinero, imponente séquito. No pretende seducir por el lujo, dominar por presencia. Ni siquiera reviste la forma de un adulto, orador brillante, conductor de masas, imagen de fortaleza. Es simplemente un niño, frágil y dependiente como todos los niños.

Si esta noche celebramos al Salvador que nos ha nacido, seamos consecuentes: imitémoslo.

Los violentos no son niños

Sólo los que son niños, como Él, tienen acceso al Reino de Dios, que es justicia, paz y alegría de amar.

Nacer de nuevo, ser niños, significa para nosotros actitudes, mutaciones concretas. No es jugar con las palabras ni apelar a sentimientos fáciles.

Los violentos no son niños. Los que ambicionan imponerse y dominar, presionar las conciencias y oprimir, no son niños. Los carentes de humildad para aprender y recibir, los que no quieren oír, ni compartir, los que no toleran la discrepancia o la contradicción, no son niños.

Los que no son niños siembran desconfianza, fomentan recelos, introducen distancias. Hacen a los hombres sentirse extraños y enemigos. Alejan en lugar de acercar. Ofenden y hieren; pueden fríamente matar para coronar su intransigencia, en lugar de abrirse al diálogo y reconocer, en el otro, a un hermano.

Los violentos no son niños. Los que injustamente retienen lo que no les pertenece, los que arbitrariamente despojan a su hermano de su tierra o su casa, de su justo salario, su trabajo, su honra o su fama, niegan con sus hechos lo que, tal vez, celebran esta noche: el nacimiento de un Hombre Nuevo, de un Salvador que aparece como niño, muda y elocuente protesta contra todas las formas de violencia.

Seamos consecuentes. No juguemos con las palabras ni con sentimientos fáciles. Celebrar esta noche al Cristo Salvador que nos ha nacido implica vencer en nosotros esa violencia que él derrotó haciéndose niño.

Esa violencia nunca ha salvado a los hombres. Generó tensión y miedo, suscitó el odio, derramó la sangre; impuso una idea en lugar de otra, unos dominadores en lugar de los otros; destruyó adversarios, ganó batallas de un día. Pero eso no salva a los hombres. Los empantana más en sus rencores y desesperanzas.

Esta noche ha de nacer, en nosotros, un Hombre Nuevo. Un Salvador que, siendo niño, nos invita a ser niños. Capaces de sonreír, de confiar, de recibir y así acercar, dar confianza, acoger a los que están distantes.

Si esta noche hemos cambiado saludos de paz, hagamos nosotros esa paz que deseamos: convirtamos nuestras espadas de guerra en azadones, que preparan una tierra nueva.

Si esta noche hemos obsequiado y recibido regalos, que ellos sean símbolo de nuestras personas, estremecidos por una corriente de generoso amor.

Y si hemos compartido la mesa con los que son nuestra sangre, dispongámonos a ser comensales, abiertos y afectuosos, de esa gran familia que es Chile.

Aceptemos, esta noche, la invitación de Dios por
boca del Profeta: ¡Pueblo mío: en marcha!
¡Caminemos a la luz del Señor!

Santiago, 24 de Diciembre de 1970.

Homilía 1° de mayo de 1971

LA IGLESIA TIENE FE EN LA ORGANIZACIÓN SINDICAL

**Si una característica tuvo el
Cardenal Silva,
fue su cercanía con el mundo del trabajo.
Por eso, cada Primero de Mayo,
él les daba su palabra.**

Queridos Hijos:

Hace justamente quince años que el Papa Pío XII, ante 150 mil trabajadores congregados en la Plaza de San Pedro, en Roma, instituyó la fiesta litúrgica de San José Obrero. La intención del recordado Pontífice fue “que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes, fundadas sobre la equitativa repartición de derechos y deberes”.

Hoy, en la Santa Misa, recordamos de una manera especial a San José, que con el trabajo de sus manos y el dominio de su arte como carpintero, procuró cuanto fue necesario para el

sustento de la Sagrada Familia, experimentando el peso de la pobreza en el seno de su hogar.

Ayer, como hoy, nuestro pensamiento y nuestras intenciones están de una manera especial con los trabajadores de todo el mundo, y por razones muy especiales, con los de nuestro país. Con todos ellos, católicos o no, que se reúnen en concentraciones y deliberaciones para realzar el sentido del día Primero de Mayo.

Contrariamente a lo que suele entenderse, las organizaciones sindicales no levantan hoy sus banderas para recordar sólo una masacre de obreros habida en Chicago hace varias décadas, sino para celebrar la importante, aunque ahora paradójica, conquista del trabajo reglamentado a ocho horas diarias. Fue un movimiento de presión solidaria el que permitió el logro de una jornada humana de actividad. Fue una depuración de los intereses personales en beneficio del Bien Común, el que aseguró el respeto a la vida, la salud y estabilidad familiar de los obreros. Detrás de peticiones tan justas y solidarias, la mano de Dios está siempre protegiendo y señalando el mejor camino para las decisiones humanas.

La Iglesia quiere hoy ratificar su fe en la organización sindical. Los sindicatos han surgido —recordaba Pío XII a los obreros belgas en 1949— “como una consecuencia espontánea y necesaria del capitalismo, erigido en sistema económico”. La Iglesia recomienda la formación de sindicatos,

asociaciones y federaciones de gremios, y los considera del mayor interés para la marcha de las instituciones democráticas del país. Es a ellos a quienes corresponde ese “Llevad mutuamente vuestras cargas” (Gal. 6,2), y son ellos quienes deben resolver las formas de asociación en donde queden a salvo la justicia y las exigencias del Bien Común.

Como lo señalamos en la Carta Pastoral de Navidad (Inquietudes y Esperanza, diciembre de 1969), “estos grupos aportan a la Iglesia una nueva conciencia y un nuevo lenguaje nacido de la experiencia de la solidaridad y lucha obrera, le señalan nuevos puntos de aplicación para la justicia y el amor cristiano, le exigen una mayor coherencia entre las palabras y la vida, la requieren a romper con todos los seudovalores y falsos órdenes que en determinados sistemas culturales, económicos, sociales y políticos lograron a veces debilitar o amordazar su voz profética”.

Conforme a este testimonio, queremos transmitir nuestra palabra de adhesión y aliento a todos cuantos sufren la inquietud de la falta de un albergue, de una morada que silencie la indiferencia de la gran ciudad y proteja la intimidad de una familia que necesita —ahora más que nunca— conocerse, apoyarse y amarse. En cada núcleo que soporta la intemperie, hay una luz de esperanza. De esa esperanza que está insertada en nuestra historia como el triunfo que

obtiene Cristo por su Resurrección sobre todas las fuerzas del egoísmo, de la división y de la muerte. En los hermanos que hoy claman por un hogar debemos descubrir la eficacia de la Resurrección de Cristo. Debemos descubrirla, en fin, en todo empeño porque el oprimido tome conciencia de su valer y de su poder, como individuo y como grupo organizado, para transformar su condición económica, social y política.

Pero no sólo hay aflicción hoy en medio de las familias "sin casa". La incertidumbre pende sobre miles de hogares donde el jefe de familia está cesante, encarcelado o en huelga. El problema no es nuevo y su raíz arranca de la misma concepción de la economía en nuestros países latinoamericanos. "Los gobiernos deben procurar que los obreros tengan trabajo adecuado a su capacidad, reciban remuneración justa, tengan responsabilidad de la empresa, participen en la cultura y puedan formar sociedades intermedias que faciliten y fecundicen la convivencia ciudadana" (Pacem in Terris, Juan XXIII).

1º de mayo de 1971

Carta del Cardenal Silva a la
Central Única de Trabajadores, CUT

SOLICITAMOS CANONIZAR AL PADRE HURTADO

**El año 1971, el Cardenal Silva fue Invitado
por la CUT al acto del 1º de Mayo.
El Arzobispo respondió a la invitación,
afirmativamente, con la siguiente Carta.**

Santiago, 30 de abril de 1971

Señor

D. Nicolás López Suárez

SECRETARIO DE ORGANIZACIÓN

CENTRAL ÚNICA DE TRABAJADORES DE
CHILE.

Estimado amigo:

La Central Única de Trabajadores de Chile ha tenido a bien invitarme, por su intermedio, a la conmemoración del Día Internacional del Trabajo.

Es un gesto que me honra y que agradezco, por lo que significa de aprecio y confianza. Estaré

presente en la celebración, testimoniando así el mismo aprecio y confianza de la Iglesia para con el mundo del trabajo.

La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero. Así nació, y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y está entre los humildes.

Con profundo respeto saludo, en este Día, a los Trabajadores. Sus manos continúan el trabajo sagrado de Dios Creador. Su fatiga se suma a la Cruz salvadora de Cristo. Su unidad solidaria cumple admirablemente la Ley del Señor, que es llevar unos las cargas de los otros.

Les expreso, también, mi esperanza. La esperanza que brota del significado de este Día: que son los trabajadores mismos, en inquebrantable unidad, los principales protagonistas de su propio destino. Su participación responsable, la depuración de egoísmos, el afianzamiento de la solidaridad —rasgo distintivo del alma obrera— seguirán siendo las armas más eficaces, en esta lucha de los oprimidos por conquistar su lugar en la tierra.

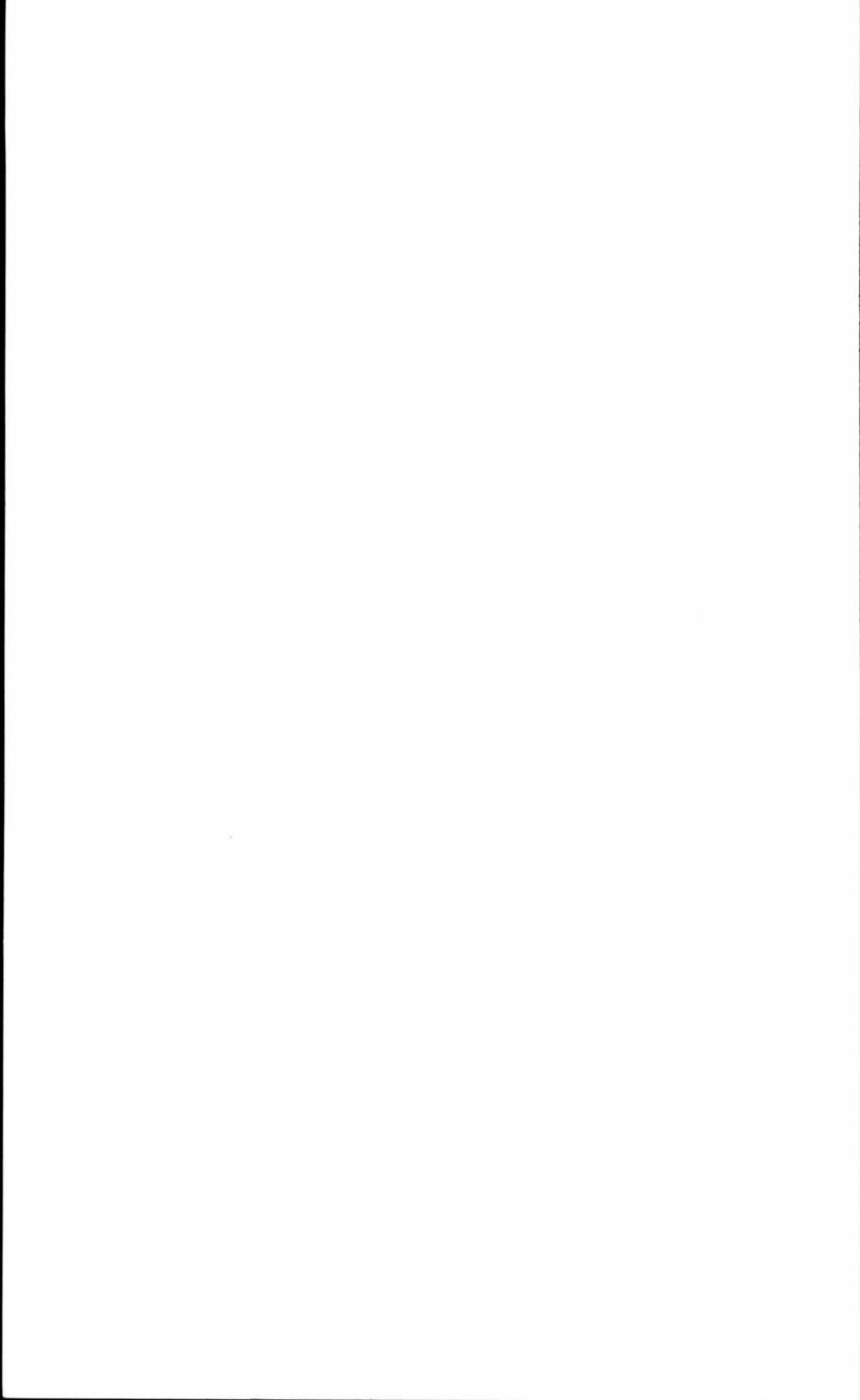
Finalmente un anuncio. He querido expresamente reservarlo para este Día. Los Obispos de Chile hemos acordado solicitar a Su Santidad, el Papa Paulo VI, la canonización del Padre Alberto Hurtado, fundador del Hogar de Cristo y apóstol incansable de la justicia social. La Iglesia chilena

quiere así proponer como modelo digno de imitarse, a quien, por fidelidad al Evangelio y con el mismo amor de Cristo, consumió su vida al servicio y para la liberación de los oprimidos.

De este modo, revalidamos, en el Día de los Trabajadores, nuestro más urgente deseo y deber: ayudar a construir una sociedad, en que nunca más el trabajo esté contra el trabajador, sino siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre.

Reciba usted mi más cordial saludo de Pastor y amigo,

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago



Intervención en el Claustro Pleno
el día 3 de mayo de 1971.

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA: SU RAZÓN DE SER

**En la primera semana de mayo de 1971,
la Universidad Católica,
se reunió en Claustro Pleno.
El Cardenal, como Gran Canciller
de esta Universidad,
expresó con claridad su pensamiento.**

EL CRISTIANISMO ANTE LA TAREA UNIVERSITARIA DE HOY

I. UNIVERSIDADES CATÓLICAS: LA PREGUNTA POR SU IDENTIDAD

1. La interrogante de fondo

Nuestra Universidad inicia en estos momentos una jornada de gran trascendencia. Como un caminante que detiene sus pasos para alegrarse de haber ya recorrido largos caminos o para prever lo que aún le espera, la Universidad, representada en nosotros, interroga su caminar. O aparece tal vez como el que, ante distintas avenidas, vacila y se debate por saber cuál es la

más adecuada; o como el que, impaciente por la meta, sólo anhela reunir más fuerzas para avanzar con mayor ímpetu.

No es un detenerse lo que aquí sucede. Es recorrer camino, abrir rutas, emprender otra vez la marcha. Con fuerza renovada, con fuerza depurada por el legítimo enfrentamiento de diversas inquietudes.

Lo que queremos es ver si nuestra Universidad está respondiendo a lo que con audacia se ha venido planteando; a lo que, desde distintos ángulos del pensar y del quehacer, intuimos que es su tarea. Una leal confrontación de acentuaciones nos plantea ante un sinnúmero de preguntas importantes. Sin embargo, me parece haber una interrogante de fondo, un tema candente, que se nos vuelve a plantear —de una o de otra manera— a través de todos los otros problemas escogidos como objeto de esta reflexión comunitaria: se trata de la pregunta por la identidad de nuestra Universidad. Sin saber quiénes somos y adónde vamos, sin una visión clara y compartida acerca de nuestra vocación específica como Universidad Católica, carecemos del criterio o perspectiva fundamental que debería ayudarnos y orientarnos hacia la verdadera solución de nuestros problemas parciales. Desde allí, a partir de una autodefinition clara, podremos desprender líneas conductoras ciertas y adecuadas, para que la comunidad universitaria llegue a ser, a su modo, auténtica servidora de los destinos históricos de nuestra patria.

2. La vocación universitaria en general

Sabemos que la idea de “Universidad” se encuentra, hoy día en todo el mundo, sometida a una seria revisión, y que entre nosotros, en los últimos años, han sido muchos los esfuerzos para conducir a su clarificación. Sin entrar en los detalles del debate, creo que todos podemos estar de acuerdo en considerar a las universidades como servidoras de la cultura de los pueblos. Es este “servicio cultural” el que constituye como el alma de su vocación. Una Universidad debe ser un lugar donde se elabore y se irradie cultura, tomando esta palabra en el más universal, pero también en el más pleno y vital de sus sentidos. Sin esa preocupación por una apertura a la totalidad de los problemas del hombre, no puede hablarse de auténtica labor de Universidad. Pero, por otro lado, si es cierto que la cultura es necesariamente universal, no menos cierto es que cada Universidad debe prestar su servicio propio en un pueblo, en un ambiente social y cultural determinado; es, por lo mismo, en primer lugar, la cultura de ese pueblo la que debe elaborar y es para ese pueblo que debe prestar su servicio de irradiación.

Una Universidad no puede cumplir su tarea prescindiendo del desarrollo histórico concreto del país en cuya vida se inserta. No puede pretender hacerlo ni tampoco podría nunca lograrlo: en la medida en que sus profesores y alumnos están condicionados en su pensamiento —en sus inquietudes y en su planteamiento de los

problemas— por el proceso social en medio del cual viven, necesariamente será, en primer lugar a partir de él y también para él, que reflexionarán y trabajarán. El desarrollo histórico y las necesidades concretas del pueblo al que sirve condicionan y orientan a la Universidad en su tarea, en la medida en que le señalan aquellos problemas más urgentes para los cuales se espera de ella iluminación y respuesta. Más aún, este servicio a la comunidad histórica concreta, de la cual la Universidad nace, es fundamento de su unidad, exigencia que permanentemente estimula la coordinación de sus múltiples quehaceres, todos ellos tan atractivos y útiles que, de no mediar la necesidad de hacerlos confluir en esta respuesta a las necesidades vitales de un pueblo, correrían peligro de permanecer parcializados. Sin contacto estrecho con la vida del país, carecería también la Universidad de los estímulos que más eficazmente agujijonean su trabajo y su búsqueda y terminaría por languidecer en un abstracto girar en torno a ideas desencarnadas. Su servicio no sería lúcido ni eficaz, porque no sabría concretamente ni a quién ni para qué está sirviendo.

Sin embargo, es esta misma voluntad de eficacia lúcida la que obliga a esa Universidad, abierta a dejarse orientar y estimular por los problemas y urgencias del país, a recordar que su vocación propia le exige ser ella la que principalmente oriente y estimule la evolución cultural del pueblo al que sirve. La Universidad representa, en el conjunto de la vida nacional, lo que la inteligencia

dentro del organismo humano. Es evidente que el hombre no vive para pensar, sino que piensa para vivir mejor, más humanamente. Por ello es normal que lo que haga objeto de su reflexión intelectual sean los problemas reales que constituyen su existencia concreta. Pero si bien es su vida real de cada día la que estimula y orienta sus esfuerzos de reflexión, es evidente que el sentido más hondo de éstos es el de hacer que termine siendo la razón la que estimule y oriente el conjunto de su vida. Es la vida la que señala las prioridades de urgencia, pero es la razón la que, además de buscar las soluciones concretas que esos problemas reclaman, los mide, integrándolos en el conjunto universal de los valores humanos, para atribuirles la importancia que —independientemente de su urgencia— objetivamente merecen. Proceder de otra manera significaría deshumanizar al hombre, instrumentalizando su inteligencia y someténdola servilmente a un pragmatismo que anularía su función propia de orientación superior y global de la vida.

Semejante es la situación de las Universidades: no pueden prestarle al país su servicio específico si en su anhelo de compromiso con la realidad nacional se convierten en simple instrumento para la realización de determinados objetivos políticos, económicos o sociales. La manera de servir más lúcida y eficazmente a esos mismos objetivos —y de una manera típicamente universitaria— es la de iluminarlos y ofrecerles respuestas concretas desde un plano más alto, a

base de una visión global de los problemas humanos y con la necesaria independencia interior como para poder convertirse, y verdaderamente, en conciencia crítica de la sociedad. No se trata de ser una conciencia atemporal, sino, precisamente, de situarse en una perspectiva de amplitud que permita ser, eficazmente, conciencia de lo temporal y de lo concreto.

De otra manera, la Universidad, en lugar de responder a los problemas de la sociedad a la que desea servir, termina contagiándose y siendo víctima de ellos. Sabemos que en nuestro país no se respira un ambiente de auténtico humanismo: si no fuera así, no podríamos explicarnos la situación inhumana de miseria y marginación en que viven tantos chilenos. Nuestra sociedad está impregnada —desde hace mucho tiempo— de una mentalidad “economicista”, según la cual tendemos a medir al hombre por lo que produce, y a absolutizar los valores y las relaciones de tipo económico, como si en ellos residiera el origen y la solución última de todos los males sociales.

Por eso mismo, una Universidad que desee prestar un aporte eficaz a la construcción de una nueva sociedad, auténticamente humanista, no puede dedicarse hoy día simplemente a responder a los problemas que el ambiente en que vive le somete. Muchos de esos problemas están falsamente planteados; se presentan en esa perspectiva economicista, reducida y coartada, que no puede aceptarse sin más, porque implica

una deficiencia humanista que la Universidad está obligada a corregir críticamente. La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos sus aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de los principios universales de un humanismo global. Y no es que lo haga dejándose llevar por una imagen preconcebida del hombre. Si la Universidad está vigilante para elaborar la cultura, que nace en el ímpetu vital mismo del pueblo, no puede dejar de oír o de palpar valores que, aunque no sean siempre los más conscientes ni los más ruidosamente proclamados, están sin embargo allí, reclamando ser también reconocidos, y sin el cultivo de los cuales no se obtendrá una sociedad plenamente renovada. Esto incide nuevamente, desde otro punto de vista, en la exigencia de la unidad interna de la Universidad, que sólo en el organismo completo de todas sus disciplinas puede comprender el latir vital íntegro de un pueblo y la experiencia humana de todos los siglos.

3. La vocación de las Universidades Católicas

Vista así la tarea de toda Universidad —como un servicio a la cultura— cabe plantearse la pregunta por la legitimidad y vocación propia de las Universidades católicas. Una Universidad católica podrá justificarse, en primer lugar, en la medida en que su “catolicidad” aparezca como una

cualidad que no desvirtúa la naturaleza de la Universidad en cuanto Universidad (por ej. instrumentalizándola para fines proselitistas que no se identifican ya con el servicio a la cultura) Pero también debe probarse que lo católico no representa un apellido inútil (que no daña, pero que tampoco agrega nada), sino, verdaderamente, una nota adicional que, dejando intacta la noción de Universidad, puede comunicar un nuevo y decisivo dinamismo a su tarea de servicio cultural.

Nos parece que después del Concilio se ha hecho más fácil la respuesta a esta pregunta. Casi quisiéramos afirmar que se ha vuelto evidente. En el Concilio Vaticano II la Iglesia —contemplándose a sí misma, reflejada en la actitud de su Señor y en la de María, su imagen y prototipo— se ha redefinido como una Iglesia servidora del mundo, servidora de cada uno de sus valores y de aquel conjunto de todos ellos que llamamos cultura. La Iglesia posconciliar, que se reconoce llamada a ser alma del mundo, a través del servicio humilde al Evangelio de Jesucristo, cree que la luz de la fe y la energía de la caridad, que de éste manan, pueden también ser alma de una Universidad en la medida en que la ayuden a hacerse más ella misma, más eficazmente servidora de la cultura.

La pregunta por la vocación de una Universidad Católica se ha transformado así en la pregunta por el servicio de la Iglesia, es decir, de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas, al mundo, a

la cultura. Trataremos ahora de precisar este servicio para ver de qué manera una Universidad, animada interiormente por esta vitalidad cristiana, lejos de desvirtuarse, puede llegar a convertirse —precisamente por ser católica— en una Universidad mucho más auténticamente tal.

II. EL SERVICIO DEL CRISTIANISMO A LA CULTURA

1. El respeto de la Iglesia a los valores humanos

En efecto, el hecho de ser católica le impone a una Universidad, en primer lugar, el deber de tener ante el hombre, ante sus valores y su cultura, un inmenso y amoroso respeto: el mismo que posee ante ellos el Dios del Evangelio.

Muchas veces, a lo largo de la historia, han surgido movimientos humanistas que se han creído en la obligación de tener que eliminar a Dios para poder afirmar así con suficiente elocuencia la grandeza del hombre. Dios les parecía un rival de éste, una amenaza, una enajenación. Sin duda se han proclamado dioses de esa especie. También el Dios de los cristianos ha sido deformado en esa dirección: a veces por doctrinas falsas que han insistido en la corrupción radical de la naturaleza humana, en la incapacidad de la razón para conocer la verdad y elaborar una ciencia válida, en un voluntarismo divino tal que imposibilitaría cualquier causalidad real del hombre sobre su

propia historia; otras veces ha sido la infidelidad práctica de los cristianos la que ha negado en la vida la imagen de Dios que les revelaba su fe.

Pero si abrimos el Evangelio, nos encontramos con un Dios que tanto amó al hombre y al mundo, que entregó por él a su Hijo unigénito; con un Dios que tanto amó la historia que quiso entrar en ella para compartirla con nosotros; morir para convertirla en historia de salvación y liberar y planificar así —al precio de su sangre— todo lo humano, hasta hacerlo sobrepasar infinitamente lo humano. Sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad! ¿Dónde se había escuchado de un Dios que, antes de violar esa libertad sagrada que Él mismo confió a su creatura, estuviera dispuesto a correr el riesgo de que el hombre lo rechazara y de que ese pecado terminara exigiendo su propia muerte en la Cruz?

Es un respeto que se diría raya en el absurdo si no supiéramos que nace de una misericordia y de un amor infinitos.

El Dios del Evangelio no es rival, ni amenaza ni enajenación para el hombre. Muy por el contrario, es su Creador y Libertador, el fundamento de cuanto en él hay de noble y hermoso, y el garante más celoso de sus derechos y dignidad. Si por salvar su libertad, Dios no se perdonó a Sí mismo, tampoco permanecerá indiferente ante quien

alevosamente la pisotee, la niegue o la manipule, desconociéndola bajo cualquiera de sus formas; como libertad de pensamiento (y, por lo mismo, de hacer cultura), como libertad religiosa, como libertad de expresión, como libertad de crítica, como libertad de asociación. Si Dios quiso morir para convertirse Él mismo en **MEDIO E INSTRUMENTO** de Salvación de la libertad humana, no podrá tampoco tolerar que nadie la mediatice o instrumentalice, sometiéndola al servicio esclavizante de objetivos políticos, económicos o ideológicos, que se erijan en pretexto para mutilarla. Dios no ha escatimado ningún recurso para proclamar, con una elocuencia que hace enmudecer a toda elocuencia humana, el valor infinito que Él concede al hombre y su libertad. Con su muerte en el Calvario, clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la historia jamás presenciara.

Hemos hablado de “valor infinito”. No se trata aquí de una metáfora ni de un superlativo literario. Para el Dios del Evangelio, la libertad humana tiene verdaderamente un valor infinito porque es vocación de infinito. Si Dios la defiende con tan inusitado y —casi diríamos— angustioso celo, es porque esa libertad le ha sido dada al hombre como camino hacia el amor, para que pueda entregarse desde el fondo de sí mismo a los demás hombres y constituir con ellos una familia de hermanos, pero una familia destinada no solamente a convertir la Tierra en un hogar digno de ella, sino a trascender el tiempo y la

historia para llegar un día —en la fuerza transfiguradora de la Resurrección de Cristo— a ser asumida en el seno mismo de la vida trinitaria. Para eso creó Dios libre al hombre, para hacerlo su hijo en Cristo, para hacer a la Humanidad su Familia en Cristo, para que todos y cada uno de los hombres lleguen a participar de la libertad y del amor infinitos que constituyen la vida misma del Dios Trino, de la comunidad perfecta de las Tres Personas, donde la libertad perfecta de cada una se resuelve en la armonía de su amor también perfecto, superación ontológica y definitiva de todas las tensiones entre libertad individual y solidaridad comunitaria. Ese es el sentido de la defensa que Dios hace de la libertad humana: defensa de su vocación al amor y a la felicidad infinitos.

Quien crea en ese Dios del Evangelio —no sólo con una fe teórica sino con una fe que signifique verdadero compromiso de vida con Él— deberá, necesariamente, en la medida en que esa fe sea auténtica, compartir la misma actitud de Dios ante el hombre, ante su libertad, ante todos sus valores y conquistas, ante su cultura: actitud fundamental de la Iglesia, como comunidad de los creyentes. Así ha querido ella proclamarlo al redefinirse en el Concilio como pueblo de Dios: ella es el pueblo llamado a ser en la historia signo vivo visible que continúe proclamando en todos los tiempos —como prolongación de la voz misma de Dios— el respeto y el amor increíbles que Dios tiene ante el hombre; y ella es también —como pueblo de Dios— el instrumento que prolonga a

lo largo de los siglos la lucha de Dios por el hombre, por defender su libertad y su amor, por ir haciéndolo madurar, a través de todos los vaivenes de la historia, hacia la plenitud de su vocación definitiva.

Una Iglesia impregnada de esa actitud y que en esa forma define su propia misión, es una Iglesia apta para inspirar una Universidad: porque su tarea aparece —constitutivamente, por esencia— como servicio al hombre, como servicio a su cultura. No podemos temer ni mediatización ni instrumentalización de la Universidad para otros fines ajenos a su vocación específica: La vocación de la Iglesia va exactamente en la misma línea de la vocación de la Universidad por tratarse de la Iglesia del Dios del Evangelio, de aquel Dios Servidor del hombre, cuya gloria consiste, precisamente, en que sus criaturas logren alcanzar la plenitud de vida a que Él mismo, al crearlas, las ha orientado.

Nadie puede, por lo mismo, aspirar a ser más celoso en el respeto a la autonomía de los valores humanos, que esta Iglesia del Dios del Evangelio. Ella reconoce con humildad esa autonomía de la creación y de la cultura con respecto a ella. Sabe que no es ella la que constituye la dignidad de lo humano, sino que es Dios —independientemente de ella y antes que ella existiera— quien participó de su propia bondad y belleza a la creación y quien, así, fundamenta todo lo noble que existe en el Universo. El mundo y el hombre no son autónomos frente a Dios, pues proceden de Él y a

Él están destinados, si bien esta dependencia de ninguna manera anula la causalidad propia de las criaturas y de la libertad humana que el mismo Dios permanentemente suscita.

La Iglesia reconoce y admira esos valores propios conferidos por Dios al hombre y su mundo y se siente llamada a servir su dignidad. La sirve no para desviarla hacia un fin nuevo y extraño, sino para ayudarla a madurar en el sentido de la vocación más profunda que desde su comienzo Dios inscribió en su naturaleza. La Iglesia es el signo que revela al hombre y al mundo esta vocación profunda, que poseen sin saberlo, y que representa la dimensión más importante de su dignidad. Ella es también el instrumento que los conduce hacia su plena consecución.

Por todo esto, creemos que ninguna Universidad sobre la Tierra debería poder exhibir más títulos de garantía de su respeto a la dignidad y la libertad de la cultura humana, que las universidades católicas. Cualquier intento de manipulación es para ellas no solamente un error o una desviación lamentables, sino un pecado y una infidelidad flagrante frente a aquel Dios enamorado del hombre de cuya actitud ellas se han comprometido a ser testigos. El adjetivo de “católica”, si es responsablemente asumido, nos parece así ser el mejor y más eficaz seguro para que la palabra “Universidad” salve toda la pureza del sentido de servicio a la cultura que quisiera significar.

2. El servicio que presta la fe cristiana a la Universidad

Nos parece que sólo esto bastaría ya para justificar una Universidad católica. Pero el servicio que la inspiración cristiana puede prestar a una Universidad va mucho más allá todavía: no sólo la ayuda a no dejarse desviar de su tarea específica, sino que fecunda en forma positiva el servicio de la Universidad, a la cultura de los pueblos, haciéndolo más seguro, más decidido, más pleno.

En efecto, la tarea de servir a la cultura es difícil. Implica no sólo esfuerzo creador para buscar respuestas adecuadas a los múltiples problemas que la sociedad plantea a la Universidad sino que también —y previamente— un esfuerzo de valoración tanto de los problemas mismos como de las soluciones que la Universidad descubre y quisiera proponer. Y en un mundo complejo como nuestro mundo moderno, en una sociedad que vive en medio de un vertiginoso y constante proceso de cambios, donde no sólo las estructuras económicas, políticas y sociales se encuentran en permanente evolución, sino donde también cambian sin cesar las categorías de pensamiento e, incluso, el lenguaje, la tarea de valorar, de discernir lo humano de lo antihumano, lo que es avance y lo que significa retroceso cultural, se vuelve extremadamente ardua y fatigosa.

Es en este contexto en el que surge la fe cristiana como una luz segura en el camino. No se trata de

querer reflexionar todo lo humano según el método de la teología y de la fe. No: ya hemos reconocido la autonomía de la cultura y proclamado nuestro respeto ante ella. Eso exige que cada disciplina particular del saber humano sea también autónoma en aplicar los métodos que su propia naturaleza le exige.

La fe cristiana presta a las ciencias humanas un servicio que en nada invade su campo propio y que, sin embargo, puede resultarles de inmenso valor. Podríamos comparar su papel al de la intuición que guía el trabajo de los genios.

Los grandes genios de la Humanidad han dispuesto para sus investigaciones y descubrimientos más o menos de los mismos recursos mentales y de los mismos métodos científicos que los demás. ¿Por qué, sin embargo, han visto y encontrado lo que antes nadie descubrió? Ha sido porque “una especie de instinto intelectual” orientó su búsqueda hacia nuevos caminos, hacia combinación de factores que cualquiera podría haber hecho, si es que, en el momento preciso, esa misma voz o luz misteriosa hubiera orientado en ese mismo rumbo sus investigaciones. El chispazo del genio no anula el método científico: lo fecunda instándole a abandonar los caminos falsos —ya mil veces recorridos por otros sin lograr resultados— pero, principalmente, señalándole la dirección en la cual se encuentra la verdad. Esta misma función de “instinto” o “intuición de

verdad” al servicio de los métodos de la ciencia es la que le cabe a la fe cristiana dentro de una Universidad que se reconozca “católica”. Pero con una diferencia: que la fe no es un instinto que señale la dirección del verdadero humanismo con una certeza solamente “genial, sino con una certeza “divina”, porque la fe nos connaturaliza con la visión que el mismo Dios tiene de las cosas.

Así, por ejemplo, mostraremos más adelante cómo el espíritu cristiano llama a una Universidad a centrarse de preferencia en los más pobres, que son objeto de la especial predilección de Dios. Esto sorprende a la intuición normal del hombre. Sin embargo, con esta orientación se asegura que lo que interesa a la Universidad es verdaderamente el hombre en sí mismo, en su realidad personal y existencial, independiente de otras determinaciones o valores que son accidentales. En este caso, por la fe, llegamos a la raíz misma del hombre.

¿Cómo se realiza en concreto este servicio que acabamos de describir? Para los cristianos, el Evangelio de Jesucristo equivale a una norma divina de auténtico humanismo. No porque sea en sí mismo una doctrina sobre el hombre, su mundo y su cultura. El Evangelio es otra cosa: es la Revelación de Dios mismo sobre el sentido último del hombre y del Universo, a los que proyecta mucho más allá de sí mismos, trascendiendo lo temporal y la historia. La naturaleza íntima de lo temporal y de lo histórico

—considerada en cuanto tal— no es revelada por el Evangelio y permanece como el campo propio de la investigación científica y filosófica. Pero algo nos dice acerca de ellos el Evangelio: que por ser un mismo Dios el que creó la temporalidad y la historia y el que conduce al hombre y al universo hasta un fin situado más allá de ellas, no puede haber contradicción entre una cosa y otra, entre las leyes inmanentes a la realidad humana terrena y su fin trascendente. Dios conduce al hombre y al mundo hacia una perfección que los sobrepasa infinitamente, pero que, a la vez, va exactamente en la línea de sus anhelos naturales y más genuinos de perfección. Es por eso que el Evangelio puede ser invocado como criterio seguro de humanismo: los cristianos podemos presuponer que lo que vaya en contra de los grandes valores humanos que él proclama es necesariamente falso y que, por el contrario, es auténticamente humano y concorde con la naturaleza del hombre lo que vaya en la línea de los grandes fines que el Evangelio señala como verdadera plenitud del hombre, de la sociedad y del mundo.

Pero esta presuposición funciona de la manera ya dicha: no al modo de un freno dogmático que coarta a priori la libertad de la búsqueda científica, sino como un instinto orientador. En caso de aparente conflicto entre la ciencia y la fe, no va a ser siempre la ciencia la que tendrá que ceder ante una determinada afirmación de la fe: muchas veces será la fe la que tendrá que reexaminarse a

sí misma y reconocer que estaba mal formulada, que su sentido más profundo era otro y que ha sido gracias al desafío y la ayuda de la ciencia que ha llegado a descubrirlo. Fe y ciencia podrán ayudarse así, mutuamente, sin invadir ninguna ni el campo ni el método de la otra.

Pero lo que por ahora nos interesa es el servicio que la fe pueda prestar a la ciencia y a la cultura. Como "instinto de auténtico humanismo" la fe opera, en primer lugar, como norma negativa no porque prohíba investigar en determinados sentidos, sino porque hace intuir que ciertos caminos son falsos, ya que el tipo de humanismo a que por ellos se llegaría contradice la imagen y el sentido del hombre revelados en el Evangelio. En este sentido, la inspiración de la fe marca desde el comienzo un rumbo certero a la investigación, evita pérdidas de tiempo y ahorra, sobre todo, experimentos humanos cuyo fatal desenlace nos permite prever desde antes. Como ejemplo, podemos mencionar todo lo referente a la moral y naturaleza del matrimonio: es ésta una realidad humana, pero que el Evangelio sumerge en el misterio más hondo del amor de Dios a los hombres. La fe nos dice que la naturaleza del matrimonio y su dimensión cristiana no se contradicen: ésta supone y planifica aquélla. Por eso todo lo que vaya contra la imagen evangélica del amor esponsalicio, nos dice la fe que va al mismo tiempo contra la naturaleza del matrimonio. Es ésta una luz, un criterio de valoración importante, que nos previene ante

ensayos de falso humanismo que, relajando los vínculos matrimoniales, no pueden sino conducir —como las tristes experiencias de otros pueblos ya lo prueban— a la total disolución y al naufragio de la familia.

Pero la fe cumple, fundamentalmente, un papel de inspiración positiva. Significa —como lo decíamos más atrás— la irrupción como de un “chispazo del genio divino” que ayuda a presentir al hombre la verdadera dirección de las soluciones humanistas que busca.

En primer lugar, porque la fe es una fe encendida de esperanza, porque es una fe de caminantes, pero anhelantes ya de la plenitud final, impide que el hombre se contente con soluciones parciales, impulsándolo a tender siempre a la totalidad, a integrar y medir según ella cada valor humano particular. Basta recorrer con una rápida mirada lo que ha sido la historia de las civilizaciones para apreciar el valiosísimo servicio que, dentro de la tarea universitaria de elaborar e irradiar cultura, representa esta tendencia de la fe y de la esperanza cristianas hacia una visión orgánica del problema humano en su conjunto total. Por un misterio de la sicología del hombre, la historia avanza a través de vaivenes que recuerdan las oscilaciones de un péndulo. En cada época, el hombre descubre ciertos valores nuevos que tiende a absolutizar. Luego siente las limitaciones de esos ídolos que se ha forjado y busca otros nuevos en la dirección contraria que,

como un terreno virgen y cargado de promesas, atrae sus ansias de felicidad insatisfechas. Y han sido estas absolutizaciones de valores auténticos pero parciales, las que han costado a la humanidad sus peores catástrofes, sus conflictos sociales y bélicos más sangrientos. La fe en el Dios verdadero es el mejor seguro contra los ídolos: ella inspira en el corazón del auténtico creyente un ansia de totalidad que lo inmuniza ante el peligro de absolutizar lo relativo, de caer en el espejismo de las exageraciones propias a cada época, de sacrificar al hombre y la sociedad en aras de humanismos mutilados. La fe, en este sentido, es fuerza de equilibrio, garantía de visión amplia, impulso siempre insatisfecho que desenmascara lo parcial y provisorio, estimulando a descubrir soluciones cada vez más plenas y globales.

También la fe conduce a una humanización de la ciencia, en la medida en que sabe que las leyes de lo real (que la ciencia investiga) son, en último término, leyes de amor, ya que en Dios, fundamento y fuente última de toda realidad, el ser y el amor se identifican. Ello avisa al cristiano que nunca puede ser científicamente verdadero lo que amenace al amor; aun cuando pareciera que política o socialmente se revele como útil, ninguna doctrina que propicie el odio o las divisiones o que sacrifique el amor a la eficacia o a cualquier otro tipo de valor inferior, puede pretender ser ciencia auténtica, intérprete adecuado de las leyes del ser. Por el contrario, debe ser necesariamente en la línea de la

perfección del amor hacia donde debe ser buscada la verdad más profunda, el rostro genuino de la realidad.

Además de estas orientaciones generales, la fe, por la visión de la totalidad a que tiende, puede insinuar los caminos hacia la solución de muchos problemas concretos, donde el hombre ha permanecido a veces, a lo largo de siglos, prisionero de su tendencia infantil a un simplismo de carácter dualista y maniqueo, que le lleva —cada vez que se encuentra en presencia de dos valores en tensión— a caer en la tentación de negar uno de ellos para salvar el otro, que le parece principal.

Tensiones de este tipo podríamos nombrar muchísimas: por ejemplo, la tensión hombre-Dios, inmanencia trascendencia, acción contemplación, ortodoxia-ortopraxis, gracia-naturaleza, persona-sociedad, etc. En todos estos casos, la fe invita a resolver la tensión buscando la verdadera armonía de los dos extremos, sin sacrificar ninguno en aras del otro, bajo pena de terminar, fatalmente, negando a los dos. El dilema persona sociedad, por ejemplo, ha ocupado el espíritu de todos los filósofos y sociólogos de la historia. Espontáneamente, cada doctrina o cada sistema tiende a preferir uno de los dos extremos, y la historia muestra que la preferencia se transforma, por dinámica propia, en una absolutización práctica que conduce a verdaderos desastres culturales. La fe nos muestra, en la

imagen del Dios Trino, la solución ideal de esta tensión: ni las personas ni la sociedad son primero, sino que las personas son perfectas porque son un solo Dios y ese único Dios es perfecto por ser Trino y comunitario. Para el creyente, será esta imagen de Dios la que orientará la búsqueda de un modelo social verdaderamente humanista y la que le insinuará el rechazo a los planteamientos dualistas, con sus soluciones necesariamente monistas y sus resultados nihilistas.

Por último, quisiera volver a destacar que la fe, al con-naturalizarnos con la visión que Dios tiene de las cosas y del hombre, nos facilita el hacer nuestro su especial interés y predilección por los pobres. El Dios del Evangelio es aquel que muestra la gratuidad de su amor ensalzando a los humildes y confundiendo a los poderosos; el Dios que realiza sus obras más grandes precisamente a través de los más pequeños. En un país como Chile, aquejado de tan grandes problemas sociales, la inspiración cristiana debe necesariamente convertirse en un impulso que mueve a la Universidad —repetiendo la actitud de nuestro Dios— a hacer especialmente suyos los problemas de los pobres, de su opresión, de su marginación, de sus ansias de liberación y solidaridad. Una Universidad católica debe entender su servicio a la cultura, principalmente, como un servicio a los pobres; debe elaborar con especialísima dedicación las interrogantes dolorosas y urgentes nacidas de la llamada

“cultura de la pobreza” y entender su tarea de irradiación cultural, en primerísimo lugar, en el sentido de ofrecer soluciones que permitan hacer llegar a esos mismos pobres —preferidos de Dios y, por lo mismo, de toda Universidad que se llame católica— el beneficio del progreso científico y técnico y del espíritu de auténtico humanismo de que se siente depositaria.

3. El servicio que presta la caridad cristiana a la Universidad

La tarea de elaborar y de irradiar cultura no exige, sin embargo, solamente criterios claros que señalen una dirección segura al esfuerzo de investigación y valoración. Este mismo esfuerzo —y más tarde el de transmitir y hacer llegar al país los resultados obtenidos— exige también una gigantesca energía moral. Es aquí donde el cristianismo puede colocar al servicio de la tarea universitaria todo ese caudal de fuerza y de voluntad de entrega que encierra aquella otra actitud fundamental suya (prolongación también de la actitud de su Dios): la de la caridad.

Es imposible servir sin amar. Y el servicio universitario exige mucho amor, porque impone difíciles y largos sacrificios —de todo tipo— tanto a los profesores como a los alumnos y a todos los que componen la comunidad universitaria. El amor, además, sensibiliza y vuelve receptivo para captar con mayor lucidez los problemas de quienes se ama y a quienes se desea servir. El

amor proporciona también la inmensa energía moral necesaria para la objetividad del trabajo universitario. Sabemos que ésta no depende únicamente de la agudeza de nuestra inteligencia, pues la razón humana se encuentra —bajo muchísimos aspectos—, apreciablemente condicionada por la sensibilidad y el corazón del hombre. Las pasiones, los intereses, los defectos personales, deforman necesariamente la visión que cada uno se forja de las cosas. Para ser verdaderamente objetivos, para abrirnos a todas las caras de la realidad, necesitamos una inmensa libertad interior y una apertura sincera ante todos los grupos humanos, ante todas las doctrinas y corrientes de pensamientos.

Cada hombre, cada grupo, cada idea, cada causa noble, encierra un rayo de verdad y es tarea y deber de la Universidad el recogerlos todos —sin desperdiciar uno solo— hasta obtener la suma de la verdad total. ¿De dónde sacar la fuerza para vencer todos los prejuicios y las antipatías, las ideas preconcebidas y los “slogans” que enturbian no sólo nuestra mirada personal sino también la de nuestra época? Una mirada objetiva y pura sólo puede provenir de un corazón también puro, de un corazón abierto en un amor universal como el de Cristo, de un corazón que —por estar centrado en el Dios verdadero— ha sido liberado del peligro de idolatría y absolutización de valores o de grupos humanos parciales.

Sólo un amor universal como el de Cristo permite también que la verdad, una vez reconocida, se

irradie en un servicio que verdaderamente llegue a todos. Hemos dicho que una Universidad católica debe ser una Universidad fundamentalmente servidora de los pobres. Pero el único modo de entender esta predilección en un sentido que no sea exclusivista, nos parece ser el verla como prolongación de la caridad de Cristo, del Dios enamorado de los pobres, de los débiles, de los marginados, pero que ofrece el mismo pan de verdad que regala a los mendigos y a los leprosos, también a Mateo, el publicano, o a sus amigos Nicodemo, Zaqueo y Lázaro, de cuya mesa bien provista muchas veces participa. Hoy vivimos en un mundo dividido por un espíritu clasista que no es ni humano ni cristiano. Se ha acusado a las universidades —y no sin razón— de haber sido hasta ahora clasistas. Este espíritu exige ser superado, pero lo será mediante una actitud de solidaridad verdaderamente abierta, capaz de vencer las tendencias a caer en nuevas formas de exclusivismo marginante. ¿Y de dónde, de qué doctrina o de qué fuentes obtendremos las energías necesarias para permanecer —no obstante nuestro declarado amor a los pobres— como una Universidad auténticamente servidora del país entero?

Sinceramente, no vemos otro camino que el de luchar por hacer nuestro el amor universal y vencedor de todos los egoísmos del Dios del Evangelio. El ambiente que nos rodea tiende a contagiarnos a este respecto con el dualismo que ya denunciarnos, inclinándonos a absolutizar sea

el uno o el otro de los extremos. Por eso, nos parece que una Universidad de sincera y decidida inspiración cristiana está hoy en las mejores condiciones para ofrecer la garantía de objetividad imparcial y, a la vez, de servicio universal a todos los miembros de la comunidad nacional, que el pueblo chileno —es decir, el conjunto de todos sus grupos tiene derecho a esperar de ella. Optar por Jesucristo —el Dios que ofrece su amor a todos los hombres— significa, entonces, para una Universidad, volver a confirmarse en su vocación original de servicio abnegado y amplio a la cultura de un pueblo.

4. Conclusión

Verdaderamente la fe, la esperanza y la caridad de Jesucristo —don de Dios para la iluminación y animación del mundo— pueden ser también —y muy fecundamente— la luz y alma de una Universidad; garantía de respeto total a la naturaleza de su misión específica; fuerza orientadora y estimulante para el pensamiento que investiga y anhela ser —tanto negativa como constructivamente— conciencia crítica del proceso histórico que vive el pueblo; y, por último, energía moral para superar todos los sacrificios que el servicio universitario impone, y asegurar la objetividad y amplitud que de él se espera. En cuanto “Universidad” y en cuanto “Católica”, una Universidad católica nos parece, por todo lo dicho, doblemente servidora de una cultura y del pueblo.

III. DEL IDEAL A LA REALIDAD

1. Nuestra situación actual

Evidentemente no estamos nosotros todavía a la altura de ese ideal. Más aún, la misma esperanza cristiana nos prohíbe caer en la ilusión de soñar con la posibilidad de una fidelidad integral y asegurada al espíritu del Evangelio aquí en la Tierra. Sabemos que, mientras dure la historia, permaneceremos caminantes, y el ideal de la Universidad Católica —de esa Universidad auténtica y doblemente servidora de la cultura— permanecerá también como estrella que nos guía, pero que nunca nos deja coger en nuestras manos la totalidad de su luz. Sin embargo, mientras con mayor claridad resplandezca, tanto más segura y decididamente podremos marchar a su siga. No importa que nunca la alcancemos para hacerla plenamente nuestra; lo que importa es que ella nos marque el rumbo y que hacia él avancemos, conquistando cada vez más esa identidad propia que ella nos exige.

Los últimos años, y esta misma asamblea, son testigos de nuestra fidelidad a esta vocación de peregrinos, de incesantes buscadores de caminos nuevos, que nos permitan expresar mejor —y de acuerdo a las nuevas circunstancias— nuestro anhelo de fidelidad a esa estrella. Es normal — como lo decíamos al comenzar— que en medio de la marcha nos sintamos muchas veces como ante una encrucijada de caminos. Pero si es la misma la estrella cuya luz todos queremos seguir,

tarde o temprano armonizarán la dirección y el compás de nuestros pasos.

No debe preocuparnos el haber llegado, hasta este Claustro, agrupados en distintos frentes. Para nosotros, como cristianos, la variedad no tiene el sentido dualista que ya denunciarnos en relación a la mentalidad clasista moderna. La variedad no nos duele como les duele a todas las ideologías monistas, que identifican siempre un solo grupo, un solo polo, uno solo de los extremos en tensión, como portador exclusivo de sus rigidismos dogmáticos, de la verdad y del bien absolutos. Para nosotros, la Verdad y el Bien absolutos están sólo en Cristo. Es por eso solamente Él quien puede plantearnos la disyuntiva: “Quien no está conmigo, está contra mí”.

Nadie fuera de Dios —ningún grupo ni partido ni clase social ni corriente ideológica— puede plantear en esos términos disputa alguna. Solamente en la opción por la Verdad y el Bien absolutos puede ser verdaderamente absoluta la disyuntiva. En todos los otros casos, cada opción representa, necesariamente, una verdad y un bien relativos que no pueden excluir la presencia de otras verdades y bienes relativos en las opciones contrarias.

Nadie —fuera del Dios verdadero y de los falsos dioses— puede pretender el monopolio total de la verdad y del bien, ni emplazarnos con la amenaza de que no tomar un partido, por el sólo hecho de no hacerlo, significa ya estar tomando el contrario. Si las opciones son relativas y, por lo

tanto, con necesarios puntos de coincidencia, entonces es perfectamente posible y legítimo adoptar posiciones nuevas que apoyen solamente lo coincidente de las otras en pugna. Para nosotros, como cristianos, las diferencias y variedades significan, como ya lo hemos dicho, simplemente tensiones: tensiones más o menos intensas, pero que no necesariamente entrañan una contradicción absoluta, a ser resuelta exclusivamente mediante la supresión radical de todas las alternativas, salvo una. Dios conduce la historia mediante un juego múltiple de estas diversas tensiones, a través del cual estimula la libertad del hombre y le va creando siempre nuevas posibilidades de decisión y fecundidad. Por eso —mientras no se absoluticen— no podemos temerlas, sino verlas más bien como el camino a través del cual la Providencia divina nos fuerza a avanzar hacia horizontes nuevos para la libertad, para la ciencia, para la Universidad. La presencia de diferentes corrientes de pensamiento en nuestro claustro no es obstáculo al trabajo, sino signo de riqueza de vida, promesa de fecundidad, exigencia de no quedarnos en la superficie, de bajar hasta aquella zona profunda donde los anhelos de todos coinciden.

2. La importancia del espíritu

Tenemos que emprender, por lo tanto, con confianza y optimismo el trabajo de estos días, guiados por esa estrella que todos perseguimos, por el ideal de una Universidad católica. Pero es

necesario estar conscientes de una verdad fundamental: ese hermoso ideal que hemos tratado de recordar en esta mañana, no depende en cuanto a su realización, solamente de las decisiones que este Claustro o que otras instancias universitarias pudiesen tomar. Una Universidad no puede ser "católica" por decreto, así como ningún hombre puede convertirse en cristiano por simple vía administrativa. Aquí se trata de un espíritu. Evidentemente toda vitalidad espiritual exige estructuras adecuadas que favorezcan su desarrollo, y es deber de las autoridades universitarias atender a que existan todos los elementos de orden jurídico y académico que permitan una inspiración cristiana de nuestra Universidad. Es evidente que la existencia de una Facultad de Teología y la posibilidad de formación cristiana de todos los estudiantes de otras disciplinas aparece como indispensable para esto. También tiene que ser posible una labor pastoral que tenga por finalidad directa mantener vivo el espíritu cristiano en nuestra Universidad. Pero todas estas condiciones pueden existir y este espíritu permanecer ausente: porque el espíritu cristiano depende de todos, de cada profesor, de cada alumno, de cada miembro de nuestra comunidad universitaria.

Aquí me estoy refiriendo, en primer lugar, al espíritu de un humanismo cristiano, en el que deberíamos comulgar todos los cristianos y, también, los miembros no creyentes de nuestra Universidad. La fe no puede ser obligatoria para

nadie, pero nuestra Universidad quiere ser signo de un humanismo amplio e integral. Porque queremos ser amplios debemos estar abiertos a todos los aportes valiosos de las diferentes doctrinas y corrientes de pensamiento. Pero no podemos dejarnos contagiar de los elementos de dogmatismo estrecho que muchas de las corrientes modernas implican. En este sentido, no podemos aceptar —si es que fuera efectiva— la afirmación de que ciertas Unidades Académicas de nuestra Universidad son de orientación marxista. No se trata de negar ninguna de las contribuciones importantes del marxismo al pensamiento contemporáneo, pero sí de precisar que humanismo cristiano y humanismo marxista no son idénticos. En nombre de la libertad, de la cultura y de la libertad de una fe que en nada menoscaba a aquélla, no debemos aceptar entre nosotros ideologías absolutistas que pretendan imponer una manera única de pensar o esquemas monolíticos que significarían la esterilización de la búsqueda universitaria. Aportes sí aceptamos; imposiciones que coarten la libertad, no; vengan de izquierda o de derecha o de donde quieran.

Sin embargo, aquí estamos de nuevo frente al problema del espíritu que Dios creó libre y que, por lo mismo, no puede imponerse sino tan sólo suscitarse libremente. Así como no podemos imponer por decreto un humanismo cristiano, tampoco podemos prohibir por decreto la marxización (en la medida en que ella signifique oposición al cristianismo) de nuestra Universidad.

Aquí se trata de procesos vitales incontrolables desde arriba. Si fuera cierto que este peligro de marxización existe y crece —porque la mentalidad de ciertos grupos dentro de nuestra Universidad es cada vez más marxista y menos cristiana— no queda otro camino para contrarrestar esa corriente que robustecer la vitalidad de nuestro humanismo cristiano, fortaleciendo la vitalidad de la fe, de la esperanza y de la caridad que lo animan.

La dura verdad es ésta: si nuestra Universidad aparece en peligro de descristianizarse, es porque la fuerza vital de nuestro propio cristianismo es débil y se muestra, por ello, incapaz de inspirar un humanismo amplio e integral que pueda hacer frente y recoger —integrándolos en su visión de conjunto— los aportes parciales de las diferentes doctrinas.

La Universidad Católica podrá cumplir su gran ideal, su vocación a ser doblemente servidora de la cultura y del pueblo de Chile, en la medida en que todos —tengamos fe o no— luchemos por un humanismo auténtico, respetuoso de la totalidad de los valores humanos. Y esto será tanto más fácil cuanto los cristianos de la Universidad hagamos realmente vida el compromiso de nuestra fe. Sin un compromiso vital y existencial con el Dios servidor de los hombres (expresado en un esfuerzo de diálogo y de contacto personal con Él) y sin un compromiso vital con la Iglesia servidora del mundo (expresado, a su vez, en el esfuerzo

por penetrar su doctrina y participar de alguna manera en su acción pastoral), nuestra fe no se hará nunca verdadero compromiso con nuestra Universidad, como servidora de nuestra cultura y de Chile.

Santiago, mayo de 1971

El día 10 de junio de 1971
se realizaron los Funerales de
don Edmundo Pérez Z.

HAY QUE MATAR EL ODIO

**El martes, 8 de junio de 1971,
a las 10, 30 A. M. fue asesinado
el ex Vicepresidente de la República
y ex Ministro de Estado,
señor Edmundo Pérez Zujovic.
El Cardenal Silva, al celebrar las exequias en
la Iglesia Catedral,
llamó a erradicar el odio y la violencia.**

Hermanos:

Hoy venimos a este templo con el alma transida de dolor. Junto a nosotros yacen los restos exánimes del amigo leal y sacrificado. Del hombre público, enérgico y justo. Del esforzado e inteligente creador y dirigente de empresas. Del ciudadano honesto y consciente de sus deberes cívicos. Del padre de familia amante y ejemplar. En una palabra: del cristiano sincero. Del hombre convencido de su fe y que la ha vivido con generosa entrega, con noble dedicación y sacrificio.

Ha muerto Edmundo Pérez Zujovic, traspasado por las balas enemigas. Su cuerpo, como emblema de la patria en campo de batalla, ha sido acribillado por el odio de sus adversarios.

Junto a los suyos, que lo lloran inconsolables, la patria entera se estremece y gime horrorizada.

Pocas veces hemos gustado tanta amargura. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas, pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ¡ya es demasiado! Tenemos que matar el odio antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Estamos bebiendo, hoy, el mismo cáliz del Señor. También nuestra alma siente tristezas y angustias de muerte. Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fratricidas. Nos parece como que las oscuras fuerzas del odio quieren conducir a nuestra patria a enfrentamientos irreconciliables, en que

algunos ponen, como condición de triunfo, la destrucción de los otros.

Tememos —y ojalá nos equivoquemos!— que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminemos a la destrucción de los valores más nobles en Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

Hoy, ante los restos mortales de un Ministro, como al nacer de la República, los chilenos tenemos que escoger nuevamente nuestro camino. Y en este momento, la voz de la Iglesia se levanta amonestadora y suplicante, pidiendo a todos los hombres y mujeres amantes de la patria, que serenen sus ánimos; que no se dejen conducir por el odio; que, depuestas las antiguas querellas y unidos en un grande amor a Chile, construyamos su grandeza. Que haya paz entre hermanos; que encontremos, en el tesoro de nuestras más nobles tradiciones, caminos de convergencia nacional. Que nuestra más fuerte y hermosa realidad: ser una gran familia de hermanos, haga imposibles los brotes del odio.

Hermanos, todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio.

¡Es hora de despertar! En el mismo momento en que gustamos, con amargura, el cáliz del Señor,

escuchamos también su reproche y amonestación: “¿No han podido vigilar una hora conmigo? Velen y oren, para que no caigan en la tentación”.

Sí. Estamos expuestos a la tentación de la violencia. De buscar al margen de la ley, civil y natural, lo que sólo se encuentra respetándolas. Y es posible que esa tentación haya ganado en nosotros más terreno de lo que quisiéramos reconocer. Hoy sentimos que no podemos ceder a ella. Hoy se nos revela lo único que por ese camino se alcanza a lograr: la muerte personal y colectiva. El llanto que aquí nos sobrecoge es un signo del dolor de toda una nación. Lloramos el sacrificio cruel de uno de sus hijos, y la vergüenza de que una, dos veces, el odio haya podido desgarrarnos. Una y dos veces, también, vino el Señor a reclamar la presencia vigilante de sus discípulos, y los encontró dormidos, con sus ojos cargados de tristeza.

¿Necesitamos esperar una tercera llamada? ¿Nos haremos, también, acreedores a esa suave ironía del Maestro: “Ahora ya pueden dormir y descansar”? ¿Dejaremos que el Hijo del hombre, un solo hijo del hombre, un solo chileno más, sea entregado e inmolado en manos del odio?

¿No es hora de despertar y vigilar, de abrir los ojos y cuidar la patria como se cuida el propio hogar; como se cuidan la mujer amada y los hijos de ese noble amor, como se cuida lo que más se ama en la vida? ¿Hay alguna meta, algún plan,

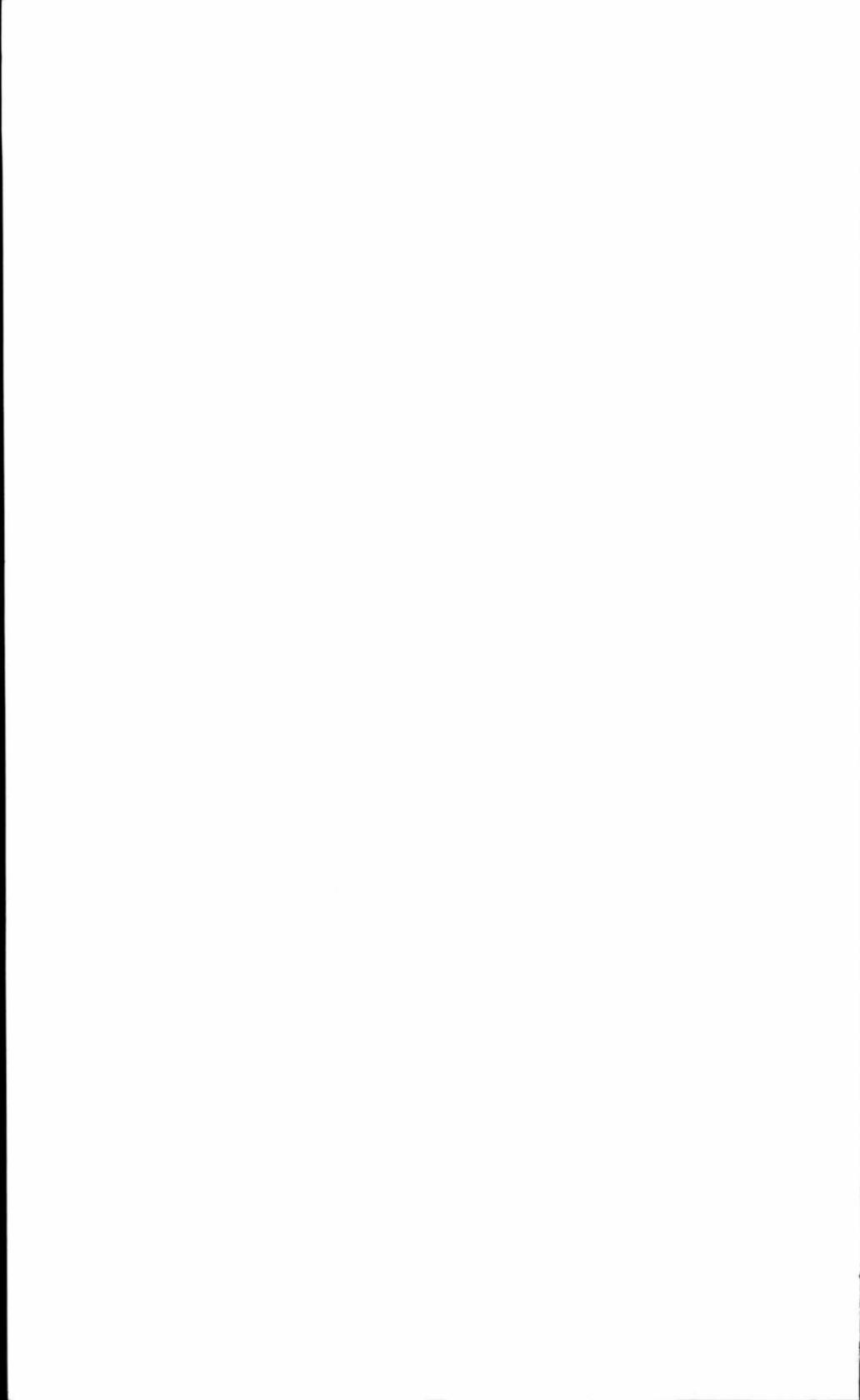
alguna medida que justifique y valga el sacrificio de un inocente, la angustia de una familia, el luto consternado de una nación?

“Vigilen y oren, para que no caigan en tentación. Porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil.”

Por eso, recogemos esta amonestación del Señor mientras celebramos esta Eucaristía. Su Carne vendrá para robustecer la debilidad de nuestra carne. Y su Sangre llenará este cáliz, hasta ahora rebosante de tristeza y angustia, para que aquí, entre nosotros, se reactualice el asombroso misterio de la Cruz. Esa Cruz en la que —como nos dijo el Apóstol— Jesucristo destruyó las barreras de los hombres, y dio muerte en su persona al odio.

En el nombre de Jesús, bajo el signo de su Cruz redentora, despedamos al hermano. Y en nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile.

Así sea.



Palabras a la viuda del
General René Schneider

UN CRISTIANO Y UN MÁRTIR

**Al celebrarse el día de la
Virgen del Carmen, el 14 de julio 1971,
el Cardenal dirigió las siguientes palabras a
la señora Elisa Arce vda. de Schneider,
al recibir de ella la Biblia, la Cruz y el
Escapulario del General asesinado.**

Estimada señora:

Al recibir de sus manos la Biblia, la Cruz y el Escapulario, tres emblemas que pertenecieron a su digno esposo y orientaron su peregrinar, creo justo añadir, a una emocionada acción de gracias, un intento de interpretación de su gesto, tan delicado y pleno de significación.

El gesto que agradecemos es significativo, ante todo, por la persona del obsequiante. Teniendo el legítimo derecho de esperar y recibir de los demás, se ha empeñado en dar. Nos ha dado, desde hace meses, el testimonio de su digna entereza. Nos ha entregado un ejemplo de fidelidad a lo que su compañero representó y sigue

representando. Nos ha mostrado cómo enfrenta al dolor y a la muerte la esposa de un General, de un cristiano, de un hombre, de un servidor, de un mártir.

No satisfecha con eso, se desprende ahora de aquellos objetos en que está grabada y vive, como en un espejo, la imagen de su esposo.

El Escapulario, desde luego, Manto de la Virgen, Uniforme de quienes al reconocerla por Madre, le confían su educación y la escogen como ideal de vida. Parece que es patrimonio de guerreros; mientras más riesgosas son sus batallas y más arduas sus responsabilidades, tanto más triunfa en ellos la necesidad de ser hijos y confiar. O'Higgins y Freire, Bulnes y Baquedano, Arturo Prat: los guerreros de decisivas batallas nos acostumbraron a no acometerlas sin antes situarnos, como niños, en las manos y el corazón de la Madre. Tradición inalterada porque se funda, no en la época ni en el sentimiento, sino en la verdad: la Virgen poderosa, la Virgen fiel es nuestra Madre. Y María, nuestra Madre, es olvido de sí. Es obediencia a la Palabra y apertura al don de Dios. Es fe sencilla y pronta, es lealtad que no claudica, es amor comprometido hasta la Cruz. Difícilmente un militar encontrará, más nítidamente dibujado, su ideal de vida.

Y por ese motivo el Escapulario se hace acompañar, natural y necesariamente, de la CRUZ Y DE LA SANTA BIBLIA. Quien ama a María se deja educar y llevar por ella hacia la Cruz. Quien

se abre, como María, a la Palabra de Dios, la siente como una espada de dos filos que traspasa el corazón y nos pide rendirnos a sus exigencias de absoluto.

La Biblia, la Cruz y el Escapulario, son un mismo y único emblema de amor que se da. Como se da el amigo, en el grado más sublime del amor: dar la vida por su amigo.

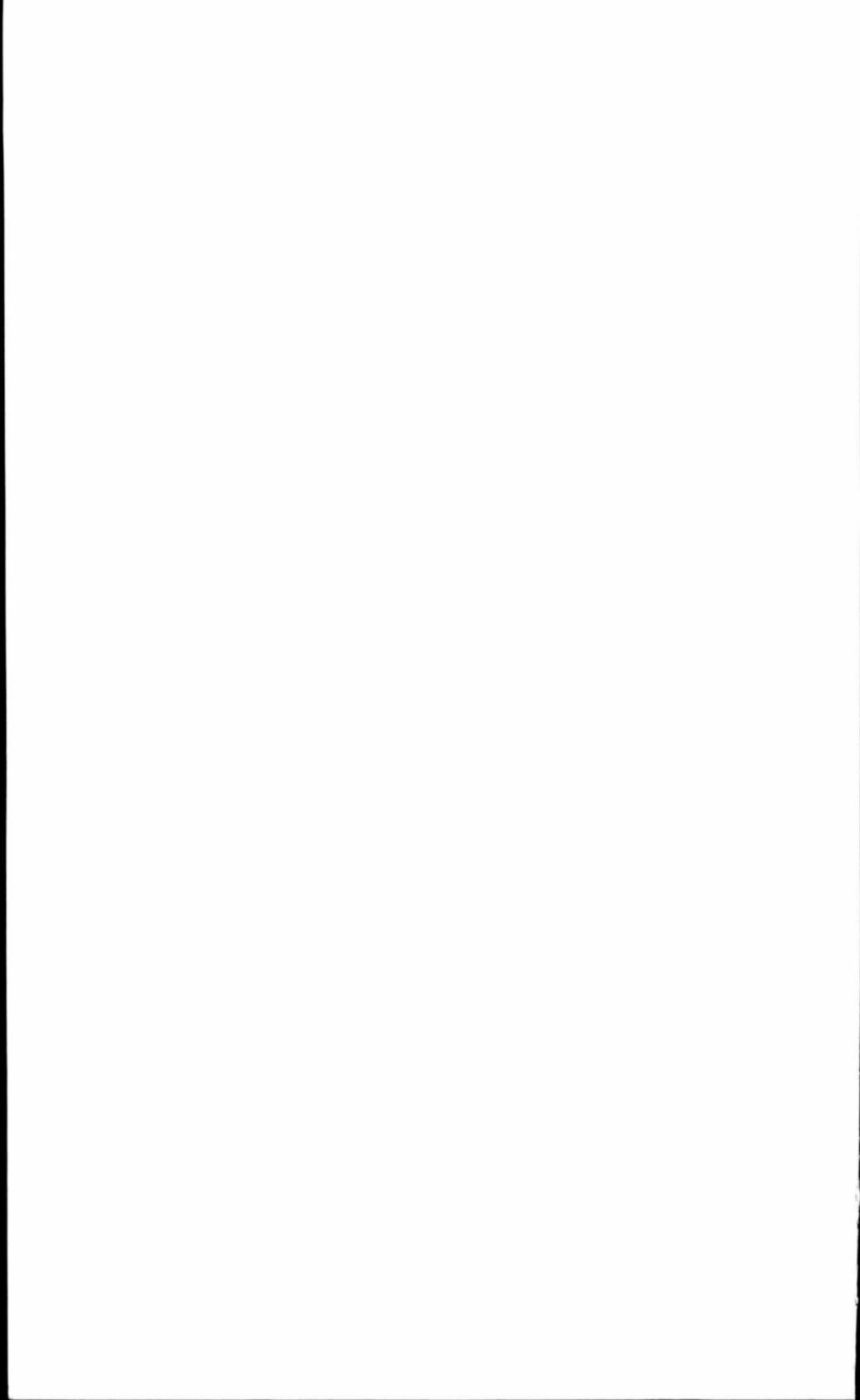
Así lo entendió el hombre que dio su vida por nueve millones de amigos.

Son también un compromiso. Esta Biblia, esta Cruz, este Escapulario, han de recordarnos perennemente, a nosotros y a las generaciones futuras, que el crecimiento de la patria se forja en un corazón hambriento de la Palabra de Dios, ávido de inmolarsse hasta la sangre, y sencillo y puro como la Madre que lo lleva en el suyo.

Acepte, señora, nuevamente nuestro respetuoso sentimiento de gratitud, que quisiéramos prolongar y hacer sensible en esta Biblia y Escapulario que, a nuestra vez, ponemos en sus manos.

Sírvase ver en ellos el testimonio de esta comunidad cristiana y de todo el pueblo de Chile, deseosos de construir la patria sobre el mismo fundamento y con el mismo espíritu con que su esposo la engrandeció.

Santiago, 16 de Julio de 1971

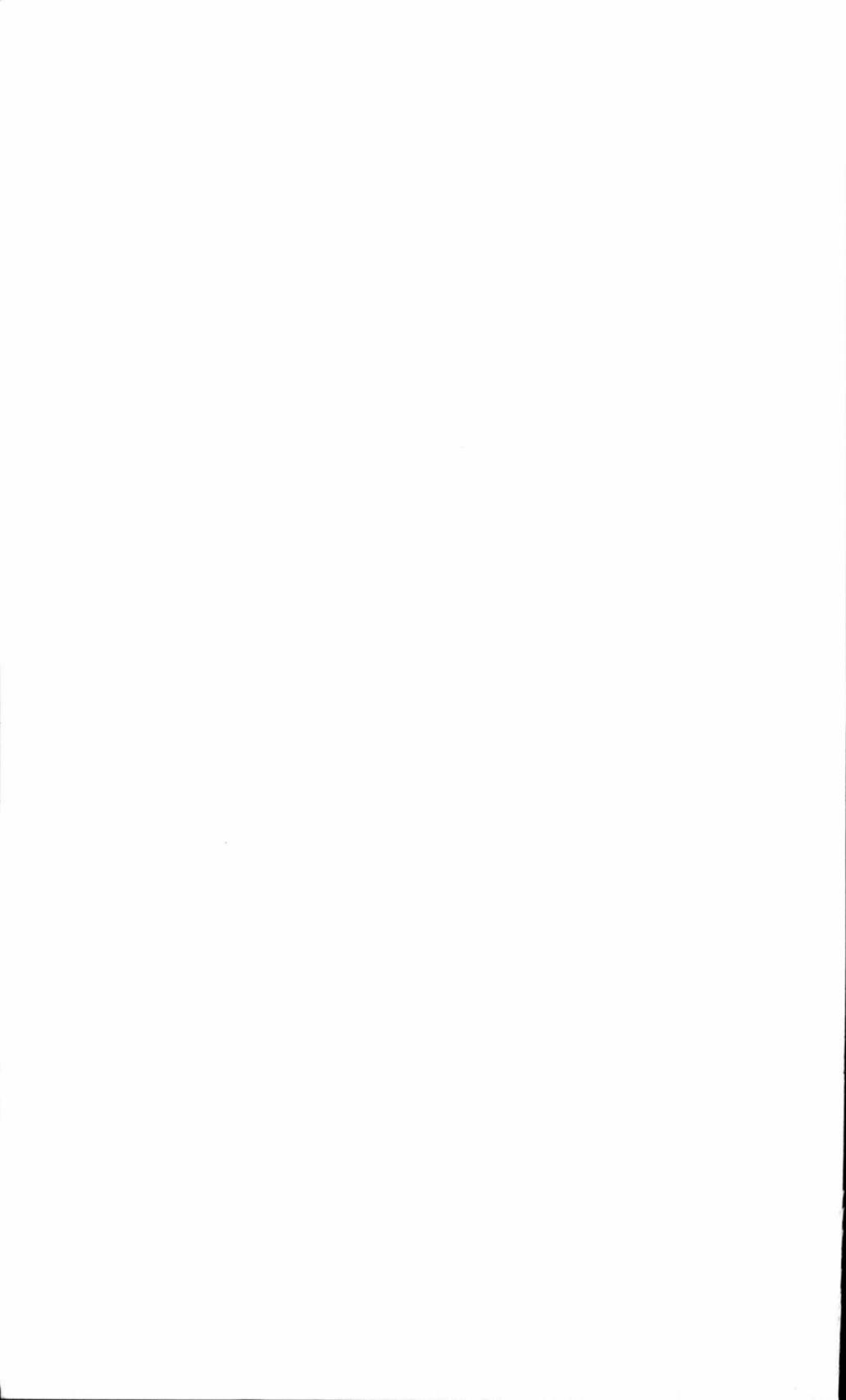


Índice

- Presentación p.5
- Un Hombre Providencial p. 9
- Biografía del Cardenal Raúl Silva Henríquez p.23
- Mensajes del Arzobispo de Santiago 1961-1973 p.29
- “ Apacienta mis Ovejas ” Mensaje, Junio de 1961 p.31
- “ El Arzobispo se confiesa ” Entrevista, Julio de 1961 p.37
- “ Debes mostrarte Intrépido ” Mensaje, Febrero de 1962 p. 45
- “ Carta desde Roma ” Mensaje , Noviembre de 1963 p. 49
- “ Libertad Religiosa ” Conferencia, Septiembre de 1964 p.59
- “ Fraternidad Americana ” Discurso, Febrero de 1965 p.65
- “ Los Derechos Humanos en el Antiguo Testamento ” Conferencia, Julio de 1965 p.75
- “ Tiempos de Cambio ” Entrevista, Mayo de 1966 p.91

- “ Ser unos en Cristo ”
Homilía, Jueves Santo de 1966 p. 99
- ¿ Hace Política la Iglesia ?
Entrevista, Enero de 1968 p. 117
- “ Perdonamos a los que nos ofenden ”
Mensaje, Agosto de 1968 p. 125
- Doctorado a Pablo Neruda
Discurso, Junio de 1969 p.129
- El Estilo del Concilio
Entrevista, Enero de 1970 p.133
- “ Acelerar Nuestra Liberación ”
Mensaje, Mayo de 1970 p. 139
- “ Anunciar la Buena Nueva ”
Homilía, Mayo de 1970 p.145
- “ Tierra para los Campesinos ”
Discurso, Mayo de 1970 p.153
- “ Deponer toda Violencia ”
Mensaje, Abril de 1970 p.161
- “ Iglesia, Sacerdocio y Política ”
Mensaje, Julio de 1970 p.167
- “ Proteger la Vida ”
Mensaje, Agosto de 1970 p.173
- “ Lo que nos une ”
Mensaje, Septiembre de 1970 p.177
- “ El Camino de la Justicia ”
Homilía, Octubre de 1970 p.185
- “ Un mundo más Solidario ”
Homilía, Noviembre de 1970 p.189

- **“Cristo en los Desposeídos”**
Mensaje de Navidad, 1970 p.195
- **“ La Iglesia tiene Fe en la
organización Sindical”**
Homilía, Mayo de 1970 p.201
- **“ Solicitamos Canonizar al
Padre Hurtado”**
Carta, Mayo de 1970 p.205
- **“La Universidad Católica:
Su razón de ser”**
Conferencia, Mayo de 1971 p.209
- **“ Hay que matar el odio”**
Homilía , Junio de 1971 p.243
- **“ Un cristiano y un mártir ”**
Homilía, julio de 1971 p.249
- **“ No puedo aceptar la división
del mundo obrero ”**
Carta, 1973 p.253
-



ÍNDICE ANALÍTICO Y ONOMÁSTICO

acción apostólica,	63
Adán,	83
alma de Chile,	175
alma juvenil,	175
América Latina,	52,59,61,62,95;
Pueblos latinoamericanos,	62;
América,	69,70,73;
integración Americana,	70;
fraternidad americana,	73
Arturo Prat,	250
ateísmo,	130
Antiguo Testamento,	75,87,88
Asaf,	82
Bautismo,	53
Bernardo O'Higgins, 250	
Bereshit,	79
Bien Común,	62,93,97,137,202,203
bienes eclesiásticos,	109
Buena Nueva,	147, 163
Capitalismo,	202
Cardenal José María Caro,	32, 46
Cardenal Léger,	62
caridad,	109,233;
Cáritas-Chile,	42;
caridad de Cristo,	234,235
c elibato,	53, 106;
castidad sacerdotal,	55
Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT)	2 05
ciencias humanas,	224
civilización moderna,	57
Colegio Apostólico,	52, 53

compromiso con la realidad nacional,	213
Comunicación social (instrumentos de la),	56, 148,
	150, 151
Comunidad Judía de Santiago,	75
Comunión,	51, 53
Concilio Vaticano Segundo,	49-53, 57, 60,76,
	92, 105, 111, 114, 115, 135, 216, 221
convivencia democrática,	187
cooperativas,	94
Creación del Hombre,	78, 80
Cristo Salvador,	199
cristianismo social,	93;
Cristiandad,	49
Cultura,	216, 217, 242; servir a la, 223;
autonomía de la,	224;
cultura de la pobreza,	232
Cuerpo de Cristo,	100;
Cuerpo Místico,	32, 104
Curia Romana,	55
Chile,	232,245,247
decálogo,	85,86
Diaconado,	52,53
Diálogo entre Dios y el Hombre,	83
Dilema persona-sociedad,	231
Divina Gracia,	104
Dios del Evangelio, 218, 219, 220, 221, 222, 231,235	
Doctrina de la Iglesia Católica,	55, 56
Doctrina Social de la Iglesia,	93
ecumenismo,	130
Edmundo Pérez Zujovic,	243
educación sexual,	124
Elohim,	80
Episcopado,	53;
Colegio Episcopal,	55

Esquema de la Iglesia,	56, 63
Estado,	60
Esperanzas cristianas,	229
Evangelización,	62, 64;
Evangelio de Jesucristo,	192, 216
familias "sin casa",	204
fe tradicional,	62;
fe cristiana,	224
General René Schneider,	185, 249;
Sra. Elisa Arce, viuda de Schneider,	249
Gobierno de las Diócesis,	55
Hijo Divino,	54;
del Carpintero,	206
Hogar de Cristo,	207
Hombre Nuevo,	198
Humanidad,	56, 75, 224;
Redención de la,	54
humanismo global,	215;
amplio e integral,	241;
auténtico humanismo,	226, 227, 242;
humanismos mutilados,	229;
humanización de la ciencia,	230
Iglesia Católica,	41, 76;
Iglesia de Santiago,	126, 134, 136
Iglesia Protestante,	41;
protestantes,	53, 64;
Protestantismo,	54
Instituciones democráticas,	203
Israel,	78;
pueblo de,	82;
Dios de,	84;
historia de,	85
Justicia Social,	34, 207;

Justicia,	46, 182
laicos,	56, 118;
laicado,	57
latifundio,	88
la Tora Mosaica,	80
Lázaro,	234
Ley de Cristo,	173
Libertad Religiosa (Declaración),	59-64, 130;
libertad,	62;
Libertadhumana,	220
Liberación,	192
Louis Bouyer,	83, 84
Manuel Bulnes,	250
Manuel Larraín (Obispo),	91
Martín Buber,	83
Mateo,	234
Marxismo,	130, 240
Mater et magistra,	71
Mensaje de Cristo,	33
mentalidad economicista,	214
Misterio Eucarístico,	112
Moisés,	79, 82, 83, 85
Monseñor Crescente Errázuriz,	172
Monseñor Emilio Tagle Covarrubias,	32
Monseñor Ramón Angel Jara,	73
Moralidad,	56
Mundo del trabajo,	140
Naciones Unidas,	61
Nicodemo,	234
Nicolás López Suárez,	205
Nueva sociedad,	215
orden cristiano,	34
obediencia sacerdotal,	108
Pablo Neruda,	129

Pacem in Terris,	71
Padres Conciliares,	50, 51
Padre Pastor,	55;
Pastores,	57,59
Padre Alberto Hurtado,	206
Papa Paulo VI,	91, 206
participación social,	94
Partido Conservador Unido,	40
Partido Demócrata Cristiano,	40
Patria,	191,192
patriarcas,	83
Paz,	178,179,180,181,183,187,192;
reinado de la,	46
Pedro y Pablo,	77;
Pedro el Pescador,	36;
persona de Cristo,	63;
persona humana,	62, 85, 169
Pío XII,	33, 37, 201, 202
plan divino,	77
pluralismo,	64,130;
pluralista,	61
Potestades civiles,	60, 62
Primero de Mayo,	202;
Día Internacional del Trabajo,	205, 207
Presbiteriado,	52,101,102
Presidente Salvador Allende,	189
Profeta Isaías,	190
proselitismo,	63,64;
fines proselitistas,	216
Pueblo de Dios,	76, 87, 112, 221
Ramón Freire,	250
Reforma Agraria,	91, 94, 96, 154, 155, 157
reforma litúrgica,	121
Reino de Dios,	50, 63, 198
Resurrección de Cristo,	63, 204, 220
Religión de Cristo,	107

Sacerdocio de la Nueva Ley,	99, 104;
de Cristo,	99
Sacramento de la Unidad,	170
Sagrada Biblia,	77, 79, 81
Salmos de David,	81
San Francisco de Sales,	133
San Gregorio VII,	31
San José Obrero,	201
San Pablo,	158
Santidad sacerdotal,	110
Santísima Virgen María,	53, 54, 55
sectarismo,	130
sectores populares,	41
Senado de la Diócesis,	102
Sermón de la Montaña,	192
Shabat,	81
sindicatos,	202
Sociedad Civil,	61;
Sociedad democrática,	62
solidaridad comunitaria,	220
testimonio de Cristo,	63
Trabajadores (trabajo),	206
Trinidad Santa,	54
Universidades Católicas,	123, 130, 209, 210, 242;
Conciencia crítica de la sociedad,	214;
Vocación de las universidades,	216, 221;
Catolicidad,	216;
Servicio universitario,	233, 236;
Comunidad universitaria,	233
Vocación sacerdotal,	105
voluntarismo divino,	218
Yahvé,	87, 88, 89
Zaqueo,	234

Agradecemos a todos los amigos
e instituciones que nos han colaborado
en la reconstrucción
de la memoria del
Cardenal Raúl Silva Henríquez y,
hacen posible estas publicaciones.

En forma especial agradecemos
a las siguientes instituciones:

Banco del Desarrollo,
Conferencia Episcopal de Italia,
Casa Generalizia Salesiana,
Adveniat,
Fundación Invica,
Procura Saleciana de Bonn.